



Università
Ca' Foscari
Venezia

Corso di Laurea magistrale (*ordinamento ex
D.M. 270/2004*)

in Interpretariato e Traduzione Editoriale,
Settoriale

Tesi di Laurea

—
Ca' Foscari
Dorsoduro 3246
30123 Venezia

Traducción y análisis traductológico
de la novela *Los caracoles no saben
que son caracoles* de Nuria Roca

Relatrice

Ch.ma Prof.ssa Laura Brugè

Correlatrice

Ch.ma Prof.ssa Claudia Caburlotto

Laureanda

Marta Seno

Matricola 986707

Anno Accademico

2012 / 2013

Ringraziamenti

Un grazie alla professoressa Laura Brugè per avermi dedicato tempo, pazienza e disponibilità in questi mesi e per i preziosi consigli e suggerimenti, fondamentali per la riuscita di questa tesi.

Un grazie alla professoressa Claudia Caburlotto per la sua collaborazione e per la costante disponibilità.

Un grazie a Greg per aver saputo starmi vicino e per aver saputo dire la cosa giusta al momento giusto.

Un grande grazie alla mia famiglia, senza il cui appoggio e il cui sostegno non sarei riuscito a superare i vari ostacoli. Questo elaborato è interamente dedicato a loro, perché siano partecipi di uno dei miei più grandi traguardi. Grazie!

ÍNDICE

Abstract.....	p.3
Introducción.....	p.4
1. El proceso de la traducción.....	p.6
1.1 La traducción y el traductor.....	p.6
1.2 La traducción literaria.....	p.12
2. Nuria Roca <i>Los caracoles no saben que son caracoles</i> : propuesta de traducción	p.14
2.1 El texto original.....	p.15
2.2 La traducción al italiano.....	p.69
3. Análisis del texto original.....	p.125
3.1. Nuria Roca: entre televisión y literatura.....	p.125
3.2. <i>Los caracoles no saben que son caracoles</i> : resumen del texto.....	p.127
3.3. El tipo de texto.....	p.128
3.4. La función del texto.....	p.129
3.5. El lector modelo.....	p.129
3.6. Estilo y registro.....	p.130
4. Análisis del texto de llegada.....	p.133
4.1. El léxico.....	p.133
4.1.1. La transposición.....	p.133
4.1.2. La modulación.....	p.135
4.1.3. La adaptación.....	p.137
4.1.4. La omisión.....	p.138
4.1.5. La explicitación.....	p.138
4.2. Los extranjerismos, préstamos y calcos.....	p.139

4.3. Los realia	p.142
4.4. Los nombres propios	p.143
4.4.1. Los antropónimos	p.143
4.4.2. Los topónimos	p.143
4.4.3. Los acrónimos	p.144
4.5. Las interjecciones	p.145
4.6. Las locuciones	p.148
4.6.1. Las locuciones verbales	p.149
4.6.2. Las locuciones adverbiales	p.151
4.7. La sintaxis	p.152
4.8. Las perífrasis verbales	p.152
4.8.1. Las perífrasis temporales	p.153
4.8.2. Las perífrasis aspectuales	p.154
4.8.3. Las perífrasis modales	p.156
4.9. <i>Lo</i> no enfático	p.158
4.9.1. El <i>lo</i> como introductor del sintagma preposicional	p.159
4.10. Los marcadores del discurso.....	p.160
4.11. El leísmo	p.162
4.12. Construcciones con el gerundio	p.164
Conclusión	p.166
Glosario	p.168
Bibliografía.....	p.173

Abstract

This paper intends to provide a possible translation from Spanish into Italian of the novel *Los caracoles no saben que son caracoles* written by the Spanish TV presenter and writer Nuria Roca, and published in 2009.

The novel belongs to the genre of chick-lit and tells the story of Clara, a 35-year-old woman who goes through a series of important events that lead to the most important discovery: the discovery of herself.

This thesis is divided into three main chapters. The first chapter focuses on defining and presenting the general aspects and principles of translation, like the concepts of equivalence, frame and fidelity. Moreover, some basic aspects of literary translation and the various problems that it presents will be explained.

After the first chapter comes the translation of the initial part of the novel.

The second chapter presents an analysis of the source text, focusing especially on the style, the register, the language of the novel and the type of reader to whom the novel is addressed.

The third and last chapter is divided into two sections. In the first one, a detailed analysis of the vocabulary of the novel will be presented, focusing on the various choices of translation that have been made and explaining those choices using practical examples. The second section is dedicated to the analysis of the morfo-syntactic structures of the novel and their relative translation.

At the end of the thesis, a small glossary containing the main significant Spanish vocabulary of the novel and its translation to Italian and English can be found.

Introducción

En este trabajo se propone la traducción de una parte de la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* de la autora y conductora de la televisión española Nuria Roca, publicada en 2009. Se presentará también un análisis traductológico relativo al texto traducido.

La decisión de traducir una novela se debe, principalmente, a mi pasión por la literatura. No obstante el género de esta novela no es entre los que prefiero, me ha apasionado entrar en contacto con la autora y con su manera de ver el mundo a través de la traducción de obras de narración.

La novela pertenece al género de la *chick-lit*, un género que se ha desarrollado al final de los años noventa. La figura central de estos tipos de novelas es la mujer moderna, soltera y en carrera. Los elementos son aquellos de la novela romántica “rosa”, pero el estilo es de humor y a veces irreverente, sobre todo cuando se habla de asuntos de sexo. La obra cuenta la historia de Clara, una mujer de 35 años, pluriempleada, divorciada y con dos hijos. Tiene una vida normal, con problemas y preocupaciones normales, pero la muerte de su hermana trastornará esa normalidad y, gracias a algunos eventos y descubrimientos, Clara hará el descubrimiento más importante: descubrirá a sí misma.

La presente tesis está dividida en tres capítulos. En el primer capítulo se introducirán los fundamentos del proceso de traducción, concentrándose en los conceptos más relevantes, como, por ejemplo, el concepto de equivalencia, el de *frame*, y los de traducción intralingüística, interlingüística e intersemiótica. Luego se presentará una breve introducción a la traducción literaria, analizando las características y los principales problemas que esta tipología de traducción puede involucrar.

En el segundo capítulo se propondrá un análisis del texto original. En particular, se describirá el tipo de texto, el lenguaje, el registro de la obra y el tipo de lector al cual este texto se dirige.

En el tercer capítulo, que es el capítulo conclusivo, se presentará un análisis traductológico del texto traducido. Este capítulo se divide en dos partes: la primera dedicada al léxico y la segunda a la estructura morfo-sintáctica, donde se comentarán y

justificarán las propuestas traductivas elegidas. En la parte sobre el léxico se introducirán las diferentes técnicas de traducción que se han utilizado a lo largo del trabajo, es decir: la omisión, la explicitación, la modulación, la transposición y la adaptación. Luego, se expondrán algunas particularidades léxicas que se encuentran en el texto, los relativos problemas de traducción que se han encontrado y cómo se ha decidido traducir las diferentes expresiones, en particular, en los ámbitos de los extranjerismos, los nombres propios (antropónimos, topónimos y acrónimos), las locuciones, las interjecciones y los realia.

En la parte dedicada a la sintaxis, se centrará la atención sobre algunas de las principales estructuras morfo-sintácticas que caracterizan la obra traducida. En particular, se comentarán las diferentes tipologías de perífrasis verbales y su relativa traducción, adoptando la siguiente clasificación (Fernández, 2012): perífrasis temporales, perífrasis aspectuales, perífrasis modales y perífrasis de voz pasiva. Otros aspectos relativos a la sintaxis que se comentarán son: el fenómeno del leísmo, el *lo* no enfático, el valor de algunos marcadores del discurso y las construcciones de gerundio.

1.

EL PROCESO DE LA TRADUCCIÓN

1.1. La traducción y el traductor

La traducción es una actividad muy antigua que nació junto a la escritura, pero solamente en la segunda mitad del siglo XX se ha empezado a considerar la traducción como una disciplina. En precedenza, la traducción siempre había sido vista como un aspecto intrínseco del estudio de una lengua extranjera y por lo tanto, nunca se había profundizado su estudio. En la formulación de una teoría sobre la traducción interviene, entre otros investigadores, el lingüista André Lefevere (en Gentzler, 1998:87) que propone que el objetivo principal de los *Translation Studies* es el de elaborar una teoría general que pueda ser utilizada como directriz para la producción de traducciones.

Susan Bassnett (2002:2), otra investigadora que se dedicó a la formulación de los *Translation Studies*, propone la siguiente definición para el término traducción:

What is generally understood as translation involves the rendering of a source language (SL) text into the target language (TL) so as to ensure that (1) the surface meaning of the two will be approximately similar and (2) the structures of the SL will be preserved as closely as possible but not so closely that the TL structures will be seriously distorted.

Lo que al principio puede parecer una definición sencilla, en realidad esconde un proceso complejo que no comporta solo el conocimiento de la lengua de partida (*source language*, SL), sino también un conjunto de conocimientos culturales. Además, el lingüística Edward Sapir (en Bassnett, 1991:13) afirma que cada comunidad, a través de la lengua, comunica su propia manera de ver el mundo:

No two languages are ever sufficiently similar to be considered as representing the same social reality. The worlds in which different societies live are distinct worlds, not merely the same world with different labels attached.

Como afirma Newmark (2006:18), traducir no es solo utilizar los términos de manera adecuada y correcta, es también ampliar su visión del mundo para mejorar continuamente su propia manera de escribir y ampliar el vocabulario.

La intérprete y escritora Danica Seleskovitch (en Newmark, 2006:21), dijo que “todo lo que se dice en un idioma se puede expresar en otro, a condición de que los dos pertenezcan a culturas con un grado semejante de desarrollo”. Sin embargo esta afirmación puede considerarse correcta solo en parte, porque la traducción es siempre posible, también entre culturas diferentes, aunque en estos casos no es posible reproducir el mismo efecto que provoca el texto original.

En estos últimos años, muchos investigadores han propuesto diferentes modelos para describir el proceso de traducción. Entre estos destacan Eugene Nida y Roger T. Bell. El modelo que propone Nida (en Katan, 1999:123), se basa en tres fases: la primera consiste en la descodificación del texto de partida (*decoding*) por parte del traductor; la segunda consiste en el análisis del texto (*analysing*); la tercera consiste en la reformulación del mensaje del texto de partida utilizando otras palabras de la lengua de llegada (*encoding*). A diferencia de Nida, Bell (en Katan, 1999:124) sugiere que el traductor, antes de traducir, debe crear una “representación semántica” del texto; este proceso tiene lugar en la mente del traductor, donde él analiza el texto según un código universal no escrito. Solo después, podrá sintetizarlo y convertirlo en la forma escrita de la lengua de llegada. De la teoría de Bell se han desarrollado otros enfoques que incluyen el concepto de *frame*, o sea, un proceso mental a través del cual el oyente o el lector actúa una selección interpretativa de las palabras o frases que oye o lee. Viene esto a subrayar los enlaces que hay entre lenguaje e imaginación. En el ámbito de la traducción se utilizan los *frame* para elaborar nuevas informaciones a través de situaciones ya conocidas. El traductor debe saber recrear en el lector del texto de llegada interpretaciones mentales similares a las que se crean en la mente del lector del texto de partida.

Como se puede deducir, hay una importante diferencia entre el modelo del *coding-encoding* propuesto por Nida y el modelo de los *frame*; una diferencia que se puede sintetizar con las palabras de Bell (en Katan, 1999:125), quien afirma que el texto

traducido no es tanto una copia, cuanto una nueva creación que deriva de una atenta lectura del texto de partida. De hecho, como afirma Carmen Valero Garcés (1995:161), la traducción es un trabajo sujeto al principio de individualidad; el traductor “reflejará inevitablemente elementos subjetivos y estilísticos a través de ciertos usos léxicos y sintácticos” en su trabajo.

Además de diferenciar los métodos de traducción, es también necesario aplicar una distinción entre los varios tipos de traducciones. Para hacer esto es necesario introducir el concepto de traducción interlingüística desarrollado por el lingüista Roman Jakobson. Jakobson (en Bassnett, 1991:14) detecta tres tipos principales de traducción: la *traducción intralingüística*, donde los signos verbales se reformulan mediante otros signos verbales en la misma lengua, la *traducción interlingüística*, donde los signos verbales de una lengua se reformulan mediante signos verbales de otra lengua, y la *traducción intersemiótica*, donde se pasa de un código lingüístico a uno no lingüístico, como por ejemplo el pasaje de la lengua escrita de una novela al lenguaje polisémico del cinema en la transferencia de libro a película. Por lo tanto, la traducción interlingüística, llamada también *proper translation*, es el pasaje de una lengua de partida (*source language*, SL) a una lengua de llegada (*target language*, TL). Lo que Jakobson añade para este tipo de traducción es que, no obstante se pueda transferir el mensaje de una lengua a otra, no puede existir una equivalencia total entre los dos textos.

Uno de los ejemplos más evidentes del problema de la equivalencia es la traducción de los *idioms* o modismos, porque estos, al poseer una componente cultural muy fuerte, en general, cambian de cultura a cultura. Un sistema lingüístico, por ejemplo, puede utilizar un determinado campo semántico para expresar un significado mediante un modismo, mientras que otro sistema lingüístico, para expresar el mismo significado, puede adoptar otro campo semántico. Popovič (en Bassnett, 1991:25) ha propuesto que en el proceso de traducción pueden distinguirse cuatro tipos de equivalencia diferentes: la *equivalencia lingüística*, la *equivalencia paradigmática*, la *equivalencia estilística*, y la *equivalencia textual*. La primera se observa cuando términos de la lengua de partida se pueden traducir con términos de la lengua de llegada con un cierto grado de homogeneidad. La segunda se realiza cuando la equivalencia se expresa en el nivel sintáctico. La *equivalencia estilística*, en cambio, se da cuando los elementos lingüísticos mantienen el mismo significado y parte de la expresividad de los del original. En fin, la *equivalencia textual* se encuentra cuando la equivalencia se expresa entre las estructura

sintagmáticas de los textos, o sea cuando existe una equivalencia en la forma de las dos lenguas.

Por lo tanto, hablar de equivalencia en una traducción no quiere decir reproducir de forma idéntica al texto de partida el texto de llegada, porque esto sería del todo imposible. La equivalencia en el proceso de traducción, si nos basamos en los tipos propuestos por Popovič, se debe intentar realizar mediante la *invariante (invariant core)*, o sea, mediante todos aquellos elementos semánticos del texto que son estables y básicos.

Junto al problema de la equivalencia, en el proceso de traducción surge también el problema de la intraducibilidad, que Catford (en Bassnett, 1991:32) divide en dos categorías: *intraducibilidad lingüística* e *intraducibilidad cultural*. Por lo que concierne a la intraducibilidad lingüística, Catford la define como algo que ocurre cuando en la lengua de llegada no hay ninguna estructura léxica o sintáctica que pueda sustituir una estructura de la lengua de partida. A nivel lingüístico puede ocurrir que una lengua no tenga una estructura gramatical típica de otra lengua. Por lo tanto, el traductor tendrá que traducir aplicando las reglas y las estructuras gramaticales de su propia lengua, también si eso puede comportar un cambio en el orden de las palabras o una adición u omisión de elementos lingüísticos. En cambio, la intraducibilidad cultural es un aspecto que presenta más problemas. Según Catford (en Bassnett, 1991:32), ese tipo de intraducibilidad se debe a la ausencia en la cultura de llegada de una situación adecuada para describir la que se presenta en el texto de partida. En este caso no estamos hablando de gramática, sino de léxico y de significados intrínsecos que algunos términos pueden adquirir en diferentes lenguas, según el contexto y el uso que los hablantes hacen de estos términos.

También Popovič (2006) afronta el problema de la intraducibilidad cultural en la traducción y no sólo a nivel lingüístico. Como afirma Genzler (1998:98), “Popovič accetta il fatto che, a causa delle intrinseche differenze nei valori intellettuali ed estetici delle due culture, le perdite, gli acquisti e le modifiche siano parte inevitabile del processo”. Dos culturas, por parecidas que sean, presentan importantes diferencias y, a la hora de traducir un texto, es inevitable modificar, perder o también adquirir algo para que el texto de llegada sea entendido y aceptado por el nuevo lector.

Por lo tanto, el traductor tiene que enfrentarse con una serie de problemas y elecciones que no son fáciles. Además, hay que recordar que el traductor no escribe por sí mismo, sino que, como afirma Federica Scarpa (2001:203-204)

Nella traduzione intesa come attività sociale di servizio il traduttore deve infatti lavorare nell'interesse della comunicazione e quindi la sua responsabilità è non solo nei confronti del contenuto cognitivo del testo di partenza [...] ma anche, in egual misura, nei confronti del committente della traduzione e dei destinatari del testo di arrivo.

Adoptando esta afirmación se puede decir que el traductor cumple una obra de mediación entre el autor del texto original y el lector que habla otra lengua (en general la lengua materna del traductor, a la que él traduce). Este concepto del traductor como mediador ha sido desarrollado en particular por Basil Hatim e Ian Mason (en Katan, 1999: 14). Los autores proponen que el traductor-mediador debe tener una “visión bi-cultural” (*bicultural vision*), porque él es la persona que se encuentra en la posición privilegiada para resolver la disparidad entre los signos y los valores que se encuentran en dos culturas diferentes. El traductor debe tener las capacidades y los medios para solucionar las diferencias culturales que una traducción presenta; tiene que mediar entre una lengua y otra. Además, según Hatim y Mason, el traductor es un “lector crítico” (*critical reader*), porque él es un lector privilegiado, porque puede leer el texto muy atentamente para poder entregar al lector del texto de llegada una perfecta comprensión de los contenidos del texto original. Adoptando el concepto del traductor como mediador, Katan (1999:125) afirma que un buen traductor es quien es capaz de recrear en el texto de llegada todos aquellos elementos culturales presentes en el texto de partida, adaptándolos a la visión del lector final.

En relación con la figura del traductor, Popovič (2006) pone su atención sobre las tareas del traductor, afirmando que entre el texto de partida y el texto de llegada hay una tensión dialéctica entre fidelidad y libertad (en Gentzler, 1998:99). Por lo tanto, entra en el debate sobre el proceso de traducción el concepto de fidelidad a la obra de partida. El traductor tiene que ser fiel no tanto al autor del texto de partida, sino a su propio texto.

El punto de partida de cualquier traducción es, sin duda, el texto. Normalmente, como sugiere Newmark (2006:20), en un texto intervienen diez aspectos que el traductor debe considerar y que son:

1. El estilo del autor del texto de partida.
2. La gramática y el léxico, que varía según el tipo de texto.
3. La presencia de fraseología, que está relacionada con la cultura de la lengua de partida.

4. La tipología del prototexto (libro, periódico, revista, etc.).
5. Las expectativas del lector de la lengua de llegada. Hay que considerar su conocimiento del tema del que trata el prototexto y el tipo del lenguaje que lo caracteriza.
6. Las elecciones gramaticales y léxicas del metatexto.
7. La presencia de fraseología que, en este caso, está relacionada con la cultura de la lengua de llegada.
8. La tipología del metatexto.
9. Lo que se escribe independientemente, cuando posible, del texto de la lengua de partida o de las expectativas del lector.
10. Los pensamientos, puntos de vistas, prejuicios del traductor.

Para poder desenredarse entre este laberinto de fuerzas, el traductor, como sugiere David C. Nilson (en Puggioni, 2006: 229,230) debe entender el sentido y el significado del texto de partida; debe conocer perfectamente las lenguas con las que trabaja; debe evitar la traducción palabra por palabra; debe elegir palabras de uso común en la lengua de llegada; y debe elegir y organizar las palabras para reproducir el tono del texto original.

A la hora de traducir, una vez leído y entendido el texto, el traductor debe elegir qué método de traducción utilizar. Según la división de Newmark (2006: 70-72) existen ocho diferentes modalidades de traducción: *la traducción palabra por palabra*, donde las palabras se traducen según su significado más corriente fuera del contexto; *la traducción literal*, que se podría elegir como proceso de pretraducción, en cuanto según este método, las estructuras gramaticales de la lengua de partida se traducen con sus correspondientes más cercanos en la lengua de llegada; *la traducción fiel*, se realiza cuando el traductor reproduce el significado contextual exacto del original utilizando las construcciones de la lengua de llegada; *la traducción semántica*, se parece a la traducción fiel, sólo que pone más atención en el valor estético del texto de la lengua de partida; *la adaptación*, es la forma más “libre” de traducción donde hay una transferencia de cultura; *la traducción libre*, donde se reproduce el contenido del texto original utilizando estructuras diferentes; *la traducción idiomática*, reproduce el “mensaje” del original, pero pone mayor atención en la fraseología; *la traducción comunicativa*, se utiliza cuando el traductor quiere reproducir el significado contextual exacto del texto original.

Newmark (2006:29-30), adoptando los principios de Nida, distingue cuatro tipos de texto: *la narración*, donde el énfasis la reciben los verbos; *la descripción*, que se

caracteriza por la presencia de oraciones copulativas, donde los predicados son adjetivos o nombres; la *argumentación*, donde se subrayan los conceptos y los elementos del ámbito mental; el *diálogo*, el énfasis recae en los elementos coloquiales y fáticos.

1.2. La traducción literaria

La traducción literaria se diferencia mucho de otros tipos de traducción, como por ejemplo, la traducción técnico-científica. Lo que cambia en estos dos tipos de traducción es el acercamiento del traductor. A diferencia del traductor científico, el traductor literario encuentra una primera problemática muy importante: la imposibilidad de detectar reglas morfosintácticas o léxicas dentro de los textos literarios (Rega, 2001:51). De hecho, el texto literario, como afirma Scarpa (2001:69), es por su naturaleza un texto “abierto”, en el que son posibles diferentes y varias interpretaciones y las “pérdidas” de una lengua a otra son inevitables. Los textos literarios son textos donde intervienen, en la mayoría de los casos, las interpretaciones del traductor, a causa de las frecuentes referencias culturales y modismos.

Bassnett (1991:110-115) observa que, cuando el traductor debe traducir un texto literario, suele empezar por el principio, traduciendo una frase tras otra. De esta manera, sin embargo, como comenta la autora, se corre el riesgo de crear un texto incoherente y lejos de ser fiel al original, porque se separa el contenido de la forma, que, en cambio, son vinculados en este tipo de texto. En un texto literario cada frase forma parte de una estructura más amplia y más compleja. Traducir sin prestar atención a la estructura general de un texto lleva a una “pérdida de dimensión”.

Para evitar errores de este tipo, Hilaire Belloc (en Bassnett, 1991:116,117) propone seis reglas generales a las que el traductor debería atenerse:

1. El traductor debería considerar su trabajo como una unidad integral y traducir por secciones.
2. El traductor debería reproducir los modismos con otros modismos; hay que mantener la fraseología en la lengua de llegada.
3. El traductor tiene que representar una intención con otra intención; aquí Belloc se refiere al efecto que una expresión puede provocar en el lector del texto de partida, que podría ser ineficaz en el lector del texto de llegada, si traducida literalmente.

4. Hay que prestar mucha atención a los falsos amigos, aquellas palabras que parecen coincidir en ambas lenguas, pero en realidad tienen distintos, a veces muy diferentes, significados.
5. El traductor debería ser audaz, es decir, interpretar el texto sin estar demasiado dependiente de este.
6. El traductor nunca debería adornar.

En general, el trabajo del traductor, en particular el del traductor literario, es un trabajo donde nunca se acaba de aprender. Es precisamente por ese motivo que la traductora Giuliana Zeuli (en Puggioni, 2006:224) define al traductor, sobre todo al literario, como a un “eterno aprendiz”. La autora motiva esta definición centrándose en el lenguaje que se utiliza en los textos literarios y afirma que la terminología que se utiliza en literatura es infinita y además hay diferentes registros, aspectos culturales, referencias más o menos directas hacia una realidad en continua mutación; una realidad que se presenta según la observación del autor. Por lo tanto, siempre es diferente, nuevo, y nunca puede asociarse a algo que se ha hecho o visto, leído o traducido.

El traductor, como afirma Rega (2001:154), debe entender, pero, al mismo tiempo, debe continuamente adaptar sus conocimientos del léxico de la lengua de llegada para reformular el texto de partida de manera más adecuada posible, aunque a veces puede recurrir a procesos de resemantización o de neología.

En conclusión, si se quiere realizar una traducción adecuada, el traductor debería conocer muy bien no sólo la lengua del texto original y la del texto de llegada, sino también un conjunto de elementos que van del contexto cultural al contexto social, del estilo personal al estilo del autor, y además las expectativas del lector al que el texto está dirigido. Una buena traducción no es un objetivo imposible, de hecho, como afirma Mounin (en Bassnett, 1991:36):

Translation may always start with the clearest situations, the most concrete messages, the most elementary universals. But as it involves the consideration of a language in its entirety, together with its most subjective messages, through an examination of common situations and a multiplication of contacts that need clarifying, then there is no doubt that communication through translation can never be completely finished, which also demonstrates that it is never wholly impossible either.

2.

Nuria Roca

Los caracoles no saben que son caracoles:

propuesta de traducción

2.1.

EL TEXTO ORIGINAL

Me parece que voy a llegar tarde. Como siempre. Tengo que ir al tanatorio y no sé qué ponerme, no tengo ni idea de la ropa apropiada para ir a un lugar así. Me gustaría llamar a mi hermana para ver qué llevará ella. No es la primera vez que nos presentamos en un sitio vestidas igual. Además, así le pregunto si prefiere que la recoja o mejor nos vemos directamente allí.

Nunca sé cómo comportarme cuando hay muertos de por medio. Me refiero a cuando tengo que ir a un tanatorio, a un funeral o a un entierro. No sé de qué hablar con la gente, me parece que cualquier conversación es inapropiada, no sé si hay que mostrarse muy apenada ni tampoco si es bueno exagerar. Sobre todo si el muerto no es alguien muy cercano. Seguro que esto me pasa porque nunca se me ha muerto nadie a quien de verdad quería. Además, siempre me bloqueo cuando tengo que dar el pésame, no soy capaz de aprenderme ninguna de las frases hechas como «te acompaño en el sentimiento», «lo siento mucho», «no somos nadie» o «así es la vida». Me pongo muy nerviosa y me hago un lío. En el entierro de mi tío Vicente le di el pésame a mi tía diciéndole: «Siento tu sentimiento, porque la vida no es de nadie». A mi hermana, que estaba detrás, le entró un ataque de risa que no tardó en contagiarme y no pudimos parar hasta que metieron al pobre de mi tío Vicente en el nicho. La risa incontrolable, aparte de estar prohibida, ha de compartirse. Tiene que haber al menos dos cómplices para contagiarse y en eso mi hermana y yo somos especialistas. Siempre hemos compartido la risa porque a las dos nos hacen gracia las mismas cosas. No hace falta apenas hablar, no hay que explicar nada. Si estamos juntas y sucede algo que a una le provoca risa, es seguro que a la otra le está sucediendo lo mismo. Es el mismo resorte en nuestro interior el que enciende el

interruptor de las carcajadas por las mismas cosas y al mismo tiempo. La risa es el mayor punto de unión que tengo con mi hermana. Su risa es también la mía.

Creo que lo mejor será ir de negro porque como voy ahora no me siento cómoda. No tengo muchas ganas de nada y mi hermana no me contesta.

Me llamo Clara y tengo treinta y cinco años. Mi hermana María es tres años mayor que yo, es más alta que yo, más delgada que yo y dicen que es también más guapa que yo. Las tres primeras cosas son indiscutibles, aunque la última puede que no esté tan clara. La verdad es que nos parecemos bastante y si no fuera porque ella es diez centímetros más alta, mucha gente pensaría que somos gemelas. Da igual, porque toda la familia en general y mi madre en particular decidieron hace ya unos treinta años que la guapa de las dos hermanas era ella y eso ya es inamovible de por vida.

No fue ésa naturalmente la única decisión de mi familia, ni mucho menos. También decidieron que yo era más nerviosa, ella más inteligente, yo más sosa y que ella tenía mejor pelo. En ese reparto de roles, María se llevó indiscutiblemente la mejor parte, salvo que al parecer yo tengo más sentido del ritmo que mi hermana. El baile era la única actividad en la que la superaba. La profesora de ballet se lo dejó claro a mi madre cuando éramos niñas, aunque ella contestó: «Qué pena que esté tan gordita, porque por muy bien que baile, no le luce». Es verdad que siempre me han sobrado tres o cuatro kilos, a veces hasta cinco o seis. Qué se le va a hacer.

Estoy divorciada desde hace dos años de Luisma, mi novio de toda la vida y padre de mis dos hijos, Mateo y Pablo. Ellos son las dos personas que más quiero en el mundo. Después va mi hermana, después mi madre y mi padre y después Luisma. No puedo evitar ordenarlo todo de mayor a menor. Hago listas en mi mente de los discos, las películas o las ciudades que más me gustan de más a menos. Es una manía. Una más. También las personas que quiero tienen su orden de importancia.

Ha venido un montón de gente de mi trabajo, mi jefa, los compañeros. No falta nadie.

Trabajo en una productora de televisión, que, para quien no lo sepa, es una empresa en la que se hacen programas y series para distintas cadenas. Yo trabajo en el departamento de producción, en el que a veces soy jefa, otra auxiliar, otras secretaria, otras contables y en ocasiones hasta transportista o sastra. Soy de la más antiguas de la empresa, aunque estoy segura de que los dueños de la productora no saben ni cómo me llamo. No tengo un horario estricto, pero casi nunca me voy de allí antes de las seis. Algunas tardes, cuando los niños están con su padre, trabajo en un estudio de fotografía

en el que casi siempre retrato alimentos para los carteles de ofertas de unos grandes almacenes. Cuando usted vaya a una gran superficie de alimentación y vea un cartel con langostinos fotografiados en el que pone «langostinos a siete euros el kilo», posiblemente esa foto la haya hecho yo. Con la fotografía saco mi lado más creativo, aunque todavía no haya tenido mucha suerte con los encargos que me hacen en el estudio. También hago reportajes de bodas algunos sábados. Me encargo de las fotos de la iglesia, de las fotos del banquete y también de las fotos que se hacen entre la iglesia y el banquete: las fotos del parque. Ésas tan ridículas que la pareja se hace siempre entre árboles y matorrales mirando al infinito con sus manos enlazadas. Fotografiar novios me proporciona un sobresueldo y muchas risas con mi hermana. A María se le ocurrió hace tiempo guardar las fotos más ridículas que yo descartaba de mis reportajes de boda y cada vez que le entrego una nueva remesa para su colección tenemos garantizadas dos horas de risa compulsiva.

Entre la productora, las fotos y los niños no tengo tiempo para nada. Menos mal que está Sornitsa, mi asistente búlgara, a la que cada uno llamamos de una manera. Yo intento pronunciar bien su nombre, pero me sale un sonido raro. Mi madre la llama Soraya, los niños la llaman Sorrita y mi padre Sarcosí. Si no fuera por ella, mi vida sería mucho peor y algunas veces me dan ganas de ponerla la primera en mi lista de personas queridas. A pesar de su ayuda, me paso todo el día corriendo y siempre llego tarde a todas partes.

Después de separarme de Luisma lo pasé bastante mal, pero en el último año me he desmelenado un poco con los tíos. Es normal después de tanto tiempo con la misma persona. Tenía quince años cuando le conocí, un año después empezamos a salir formalmente y diez más tarde nos casamos. Después de tantos años nos separamos échandole la culpa a la monotonía. Una excusa como otra cualquiera, porque la monotonía nos ha acompañado desde el primer día, aunque hayamos tardado casi veinte años en reconocerlo. Este tipo de conclusiones se las debo en gran parte a Lourdes, mi psicóloga, a la que veo desde hace dos años y que es para mí de gran ayuda. Las veces que la entiendo, claro. Porque hay veces que me cuesta mucho entender lo que quiere decirme. De todas formas, he mejorado y en los últimos meses, supongo que en parte gracias a ella, estoy casi siempre más contenta. ¿Por qué no? Tengo dos hijos maravillosos, un trabajo como el de cualquiera, un sobresueldo con las fotos, un ex marido con sus cosas, una madre con las suyas, una asistente con nombre raro, cuatro

kilos de más y a mi hermana María, a la que quiero con toda mi alma. Necesito que conteste.

-Dadle un poco de agua a ver si se reanima.

-Pobre, está destrozada.

-Se ha desmayado de repente.

-Debe de ser terrible perder a una hermana.

-Y tan joven.

-Ningún año nuevo será feliz para ella.

-Además, estaban tan unidas.

-Mira, parece que reacciona.

-Incorporarla y sentadla aquí.

-Ya vuelve.

Recuperé el conocimiento y seguía en el tanatorio vestida de fiesta junto al ataúd de mi hermana María.

Tengo las medias rotas y sigo en esta absurda blusa plateada de lentejuelas que se está deshaciendo por momentos. Las lentejuelas diminutas que parecen purpurina se van desprendiendo de la tela una a una, van cayendo al más mínimo movimiento. Unas al suelo, la mayoría en mi falda arrugada, otras se pegan en las medias, cada vez más raídas, y otras en el terciopelo negro de los zapatos.

María y yo habíamos decidido vestirnos igual para celebrar la Nochevieja. Fuimos de compras la semana anterior para elegir un modelazo y a las dos nos gustó la misma blusa, la misma falda y los mismo zapatos. Siempre hemos tenido gustos parecidos, sobre todo con la ropa, pero también en la comida y hasta con los chicos, a pesar de lo diferentes que han sido nuestros novios. Decidimos comprarnos lo mismo, como tantas veces desde que éramos niñas. La única diferencia era, como siempre, la talla: ella de la 38 y yo de la 42. Ésa, y que a mí me tuvieron que acortar un poco la falda en la tienda. A María nunca había que arreglarle la ropa, solo algunas veces meterle un poquito de cintura. Cuando de adolescentes íbamos de compras y salíamos las dos del probador con los mismo vaqueros, una simple mirada de mi madre dejaba clarísima las diferencias entre el cuerpo de María y el mío. A ella la miraba con orgullo y a mí de reojo, como sin querer mirar. Luego me consolaba diciendo cosas como: «No te preocupes, hija, tú también eres muy mona de cara».

No pasaba nada por ir vestidas igual, porque esta Nochevieja no íbamos a vernos. Yo cenaba en mi casa con mis padres, Mateo y Pablo. María iba a cenar en la suya con la familia de Carlos, su marido. Hablé con ella a las once y media para felicitarlos el año, que después de las doce se saturan las líneas y es imposible comunicarse. No hubo nada especial. María habló con los niños, yo le mandé un beso a Carlos, y antes de colgar se despidió de mí diciendo «mañana hablamos». Nada más, nada importante. La muerte no le dio ninguna pista a María de su presencia, no nos dio la oportunidad de decirnos adiós. Media hora después estaba muerta.

Los médicos han dicho que fue un fallo del corazón. Sin más. También nos dijeron que la muerte súbita es más frecuente de lo que parece. En unos días nos enviarán el

informe completo de la autopsia, pero no hay nada raro en la muerte de María. Al parecer, cayó desplomada nada más brindar por el año nuevo. Todavía tenía la copa de champán en la mano. El juez ha autorizado enterrarla y cuando venga el coche fúnebre saldremos para el cementerio.

No he podido cambiarme de ropa en estos dos días, tampoco he querido. Mi blusa se sigue deshaciendo y la ropa de María está dentro de una bolsa que me entregaron en el hospital y de la que no puedo desprenderme. La misma blusa de lentejuelas diminutas, la misma falda negra y los mismos zapatos de terciopelo están dentro de esta bolsa de plástico que tengo agarrada con mi mano sudorosa. Las lentejuelas no paran de desprenderse de mi camisa. Yo misma también me estoy deshaciendo.

Pablo está radiante saltando en el sofá con su disfraz de Spiderman, pero Mateo sabe que ha ocurrido algo. Uno de los regalos que le han dejado los Reyes son unos patines negros con una sola fila de ruedas, como los que llevan los mayores. Su tía María le había prometido enseñarle a patinar, así que esos patines fueron lo primero que apuntó en la carta a los Reyes Magos. Al levantarse esta mañana ha sacado de las cajas con desgana el resto de juguetes, pero ni tan siquiera se ha acercado a los patines. Tampoco ha preguntado todavía por la tía María.

Mi hermana no tenía hijos. Había estado muy ocupada para tenerlos. Los estudios de medicina, luego el MIR, después la especialidad en traumatología, más tarde conseguir la plaza fija, luego abrir su propia clínica privada. María siempre ha hecho las cosas bien. Y por orden. Hasta casarse lo hizo en su momento y con la persona adecuada. Carlos es traumatólogo, igual que ella, muy trabajador y muy elegante, a juicio de mi madre. Siempre va con corbata, muy bien peinado y con un afeitado tan apurado que le provoca un brillo en la cara un poco artificial. Está algo gordito y cojea un poco de una pierna, aunque no me acuerdo muy bien de cuál. Creo que cada vez cojea de una distinta, aunque a lo mejor es que yo no me he fijado bien. Luisa y él nunca se han llevado bien. Desde que se conocieron Carlos se dirige a mi ex llamándole Luis Mariano, algo que Luisa no puede soportar. A Luisa le avergüenza llamarse Luis Mariano y acepta con agrado que la gente piense que se llama Luis Manuel, como casi todos los Luismas.

A los niños les encantaba ir a casa de la tía María. En su urbanización de chalets hay piscina, jardines, un parque con columpios y un campo de fútbol pequeño. Mi hermana iba a enseñar ahí a patinar a Mateo. Dentro del chalet todo es automático, hasta

las cortinas se abren y cierran con un mando a distancia. Siempre que vamos allí hay un aparato nuevo, el último móvil, el ordenador más pequeño o una cafetera de diseño. Además, hay un montón de televisiones, una en cada cuarto, que cuelgan de las paredes. En nuestra casa, sin embargo, sólo hay una tele en el salón y para correr las cortinas hay que acercarse a ellas y desplazarlas con la mano. No se puede comparar.

Cuando María y yo éramos niñas vivíamos en la zona de un buen barrio. Un barrio de clase media alta que tenía algunos bloques de pisos de clase media baja. En estos últimos estaba nuestra casa. A nosotros nos iba un poquito mejor que a las familias que vivían inmediatamente al lado y un poco peor a las que vivían doscientos metros más allá, en pisos muchos más nuevos y algunos hasta con piscina. Eso a finales de los setenta o principios de los ochenta era desde mi punto de vista ser rica. Mi infancia fue feliz, que yo recuerde. Mis padres se separaron cuando yo tenía cinco años, algo que no supuso para mí ningún trauma. Es más, a mí me parecía todo de lo más normal, a pesar de que en aquella época, finales de los setenta, no era nada frecuente que los matrimonios se separaran. María y yo vivíamos con mi madre, pero mi padre iba a vernos casi todas las tardes. Los viernes, al salir del colegio, María y yo nos íbamos con mi padre a casa de mis abuelos y allí dormíamos hasta el domingo. Mis padres se llevaban tan bien que nadie podía entender el motivo de su separación. María y yo tardaríamos muchos años en saberlo.

Desde la muerte de mi hermana, Luisa se ha ocupado por completo de los niños, que han estado de vacaciones de Navidad. Yo estoy demasiado hecha polvo para estar con ellos, así que mi ex se ha quedado en casa todos estos días. Esta tarde, como cualquier 6 de enero, vendrán mis padres para ver qué han dejado los Reyes Magos a sus dos nietos. No les he visto desde el entierro y tengo miedo de que la escena nos supere a todos, también a los niños.

-¡Los abuelos! – grita Pablo entusiasmado al oír el timbre de la puerta.

Corre por el pasillo y abre contentísimo.

-¡Abuelos, han venido los Reyes!

Mi madre parece más entera, pero la tristeza ha transformado la expresión de mi padre. Al vernos, nos abrazamos los tres sin decir nada. Mi padre no quiere mirarme a los ojos porque sabe que de hacerlo no podrá contener el llanto. Mi madre me besa en la

mejilla. Creo que les cuesta mucho trabajo moverse, que a partir de ahora les va a costar demasiado esfuerzo vivir.

Mateo está viendo los dibujos por la tele, le encanta la Pantera Rosa y casi no se da cuenta de que han llegado los abuelos. Luisa sigue haciendo esfuerzos para que los niños no noten nada. Pablo no para.

-Abuelo, soy Spiderman y puedo subir por las paredes.

-Claro que sí, cariño – dice mi padre con la voz entrecortada.

-Mateo, ¿dejaste turrón a los Reyes? – le pregunta mi madre.

-¡Los Reyes no existen! ¡No existen! – grita Mateo histérico antes de comenzar a llorar con rabia, tapándose la cara con un cojín.

Mis padres y yo nos sentamos junto a él en el sofá. Luisa se lleva a Pablo.

-¿Qué pasa, cariño? – le digo.

-La tía María se ha muerto – contesta sin separar el cojín de su cara.

A mi padre se le humedecen los ojos. Yo no sé qué decir. Mi madre se lanza.

-Sí, cariño, la tía se ha ido al cielo.

-¡Y claro que existen los Reyes! – interrumpo yo-. ¿Qué tontería es ésa? ¿No ves que han venido?

Dan igual mis intentos para que Mateo recupere una parte de la inocencia que se le ha escapado en la última semana, pero sí logro que deje de llorar. El silencio no lo es del todo porque en la tele sigue la Pantera Rosa haciendo de las suyas. Se agradece esa musiquita.

-Mamá, ¿por qué se ha muerto la tía?

-No lo sé, hijo.

-Las personas buenas – se rehace mi padre – cuando se mueren van al cielo, allí se está fenomenal.

-¿Tú has dio? – dice Mateo, que parece que ha vuelto a tener siete años.

La tarde transcurre cada vez más calmada. Mateo poco a poco se ha ido sintiendo mejor, mi padre ha logrado reírse jugando con Pablo, Luisa ha subido un roscón de la tienda de abajo y mi madre ha comenzado a criticar el desorden de la casa. Todos necesitamos un poco de normalidad para olvidar la pena, todo lo que duele la ausencia de María. Estoy deseando volver a trabajar, que los niños regresen al cole, que vuelva Sornitsa de sus vacaciones en Bulgaria y pedir hora con Loudes.

Cuando mis padres se están poniendo el abrigo para marcharse, nos damos cuenta de que Pablo se ha quedado dormido en el sofá con el dedo en la boca, todavía vestido de Spiderman. Mateo se acerca por fin a los patines y los saca de la caja.

-Mira, abuelo. De una sola fila, como los de los mayores.

-¡Qué bonitos!

-¿Me enseñas tú a patinar?

-Claro, cariño. Yo te enseño.

Mi mejor amiga desde que me separé de Luisa es Esther. Yo cuando estaba casada no tenía muy buenas amigas. Por eso no podía contarle a nadie lo mal que me iba con él. Salvo a María, pero con ella tampoco me gustaba profundizar en mis problemas porque contándoselos me sentía un poco inferior. Como a ella le iba tan bien con Carlos... Además, María era mi hermana y no cuenta. Igual que Lourdes, que aunque muchas veces yo me empeño, mi psicóloga no puede ser mi amiga.

Esther trabaja en la productora como coordinadora de guiones, una especie de jefa de guionistas. Nuestra relación laboral, al margen de que estamos sentadas enfrente, se debe a que Esther es la encargada de transmitir al departamento de producción en el que yo trabajo las necesidades que se tienen para hacer cada uno de los programas o capítulos de las series y nosotros lo intentamos conseguir si entra en el presupuesto.

Por ejemplo, si a los guionistas se les ocurre que los dos protagonistas de la serie de adolescentes que producimos ahora para Telecinco se escapan una semana de sus casas porque tienen la ilusión de recorrer Nueva Zelanda con la mochila al hombro, nosotros en producción debemos decir que no, que le den una vuelta al guión y que la escapada podría ser a Salamanca, mucho más cercana al público al que nos dirigimos.

Estaba deseando volver a trabajar. Ni siquiera aproveché los tres días de vacaciones que me correspondían por la muerte de mi hermana. Son derechos que se tienen. Qué paradoja. Lo normal es asociar las vacaciones con algo bueno y no como un premio por estar jodida. La primera semana en la productora todo el mundo estaba extrañamente pendiente de mí. Creo que en los primeros días me invitaron a más de diez cafés de máquina por día, que, naturalmente, provocaron una revolución en mi intestino. Lo de la fibra de los yogures es una broma comparado con el café de máquina. Cada rato tenía que salir precipitadamente al baño, corriendo por el pasillo, algo que las compañeras interpretaban a su manera.

-¡Pobre!, no quiere que la veamos llorar.

Mi jefa ha decidido que debo formar parte del equipo que va a viajar la próxima semana a Sevilla para hacer un cásting a niños artistas de toda Andalucía para un nuevo programa.

Mi jefa se llama Carmen y es una buena persona. Si no fuera mi jefa, creo que sería mi segunda mejor amiga, detrás de Esther. Carmen quiere que vaya a coordinar el viaje a Andalucía, hoteles, trenes, convocatoria de los niños artistas y de sus madres, coches de producción, etc. «Así te despejas un poco y ocupas tu mente en otras cosas», me dijo.

A mí no me gusta viajar en el trabajo porque, fuera de la productora, no suelo desenvolverme demasiado bien con los compañeros. No me relajo nunca. Siempre quiero parecer simpática y enrollada y me pado todo el día con una sonrisa puesta que me agota. Lourdes me dice siempre en la consulta que esa necesidad de agradar a la gente es inseguridad en mí misma. Que sea más desagradable, me dice. Lleva razón. Lourdes siempre lleva razón.

Si coordinar el cásting de los niños cantores no me apetece nada, coordinar a mis suegros, a mis padres, a Luisa y a Sornitsa para quedarse con los niños me produce un cansancio insuperable. Los horarios de Mateo y Pablo son muy complicados porque uno va al colegio y el otro todavía a la escuela infantil, no salen ni entran a la misma hora, y para que a la semana no le falte de nada, su padre apuntó a Mateo a fútbol los lunes y miércoles y a Pablo a natación los martes y jueves. Luego los baños, los deberes, la cena... Yo me lo sé todo, pero soy la única. Si yo estoy de viaje es posible que Pablo acabe en la clase de fútbol, a Mateo se le recoja una hora más tarde y que los dos pierdan por la mañana el autobús escolar. Además, Sornitsa volvió un poco rara de sus vacaciones en Bulgaria porque ha sufrido otra crisis con su marido. Su «marrido», como dice ella. Cuando Sornitsa se pelea con su «marrido» se distrae y hasta que se le pasa me quema con la plancha un par de camisetas y destiñe ropa de los niños al mezclar la de color y la blanca. Las crisis del matrimonio siempre las motiva ella, que cree permanentemente que su marido le es infiel, aunque no tiene ninguna prueba. De todas formas, ella está «segura» de que su hombre tiene un par de amantes.

La distracción de Sornitsa no hace de éste el mejor momento para que yo desaparezca de casa una semana entera. Además, Mateo sigue estando demasiado sensible con lo de mi hermana. Tiene pesadillas casi todas las noches y no hay día que no amanezca en mi cama. Poco a poco se irá recuperando, pero todavía es pronto para él. Es pronto para todos.

Esta mañana he llegado a la estación de Atocha muy pronto. El Ave que nos llevará a Sevilla sale a las once y yo llevo aquí desde las nueve y media. Siempre llego tarde a todas partes, pero esta mañana Sornitsa dejó a los niños en la ruta y con el metro me he plantado aquí en un momento. Voy a llamar a mi madre para repasar los horarios de los niños.

-¿Diga?

-¿Mamá?

-Dime, Clara.

-Hola, mamá, soy Clara.

-Ya sé que eres Clara. Te lo estoy diciendo.

-Es verdad.

-Bueno, ¿qué?

-¿Tienes claro lo de los niños?

-Sí, Clara.

-Esta tarde Mateo tiene fútbol y Pablo sale a las seis... Bueno, de Pablo no te preocupes, que lo recoge Luisma... Bueno, de Mateo tampoco, que lo lleva Sornitsa... Bueno, pero que cenem bien, ¿eh?

-Sí, Clara.

-Vale, es que quería repasarlo.

-De acuerdo, hija.

-¿Y tú cómo estás?

-Bueno, ahí vamos. De vez en cuando me entra el llanto y no puedo parar.

-Tienes que salir más. Podrías ir a la peluquería y repasarte el tinte, que el otro día tenías la raíz blanca.

-Bueno, ya iré.

-Irás hoy, que quiero que los niños te vean guapa.

-Vale, hoy voy. ¿A qué hora sale tu tren?

-A las once.

-Ten mucho cuidado.

-Adiós, mamá.

-Adiós, Clara. Y no comas muchos dulces que se te van todos al culo.

-Jo, mamá.

-Es que yo también quiero que los niños te vean guapa.

Hasta que no me monto en el Ave no me doy cuenta de que a este viaje viene Esther como responsable de guión. Lo decidió Carmen a última hora y ayer mismo le sacaron el billete. Sé que a ella no le ha hecho ninguna gracia, porque estaba detrás de ser guionista en un nuevo programa de sketches y eso de estar aguantando a niñas cantando copla le pone bastante de los nervios. Esther es una guionista de humor. Todos los guionistas que conozco se consideran guionistas de humor, aunque la mayoría tenga una gracia bastante limitada. Luego acaban en concurso y magazines de tarde, que no está mal, pero que no es lo mismo. Esther sí tiene gracia de verdad. A mí me la hace. Más que ella, lo que escribe. Siempre dice que le encantaría escribir una novela y yo estoy segura de que algún día lo hará. Que Esther venga a Sevilla es la buena noticia de este viaje, pero en la cafetería del tren descubro que también hay una mala, como en los chistes.

La mala noticia se llama Miguel, es un realizador y ha vuelto a trabajar para mi productora. Concretamente le han llamado para este programa cuya producción yo coordino. Migue y yo tuvimos una historia al poco tiempo de dejarlo con Luisma.

No sé cómo definir aquella relación con Miguel, posiblemente «lío» sea la mejor palabra. Miguel es alto, fuerte, moreno, con los ojos verdes y una dentadura muy blanca y muy perfecta. Está más cerca de ser guapo que feo y a pesar de todo no es un tío atractivo. A primera vista llama la atención por su imponente físico, pero al rato deja de atraerte. Quizá sea la ropa, siempre con pantalones de pinzas un poquito altos; a lo mejor es su apuradísimo afeitado y su falta de prudencia con la cantidad de aftershave que utiliza; puede que lo que echa un poco para atrás sea un cordón de oro que lleva en el cuello o su pelo tan perfectamente cortado y peinado. No sé qué será, pero a Miguel le falta algo. Posiblemente, la que mejor definió físicamente a Miguel fue Esther nada más conocerle: «Tiene cara de yerno».

Mi relación con Miguel fue un desastre, sobre todo por mi culpa, un acto falido, como dice Lourdes, que casi estaba olvidado. Eso creía yo, pero es que Miguel es otra vez

mi compañero de trabajo. Lo tengo a mi espalda en la barra de la cafetería del Ave y me acaba de tocar la espalda.

-Hola, Clara.

-¡Hombre, Miguel! No te había visto.

-Siento lo de tu hermana. Me enteré hace unos días.

-Gracias.

-Vamos a trabajar juntos otra vez.

-Ya veo.

-Nos veremos muchos estos meses. Así podremos hablar.

-Claro, ya hablaremos.

-Por ejemplo, de por qué dejaste de llamar.

Así fue: le dejé de llamar sin darle ninguna explicación. ¿Qué iba a decirle si ni yo misma sé lo que me pasaba en esa época? Cuando rompí con Luisma me desequilibré. En un mismo día podía sumirme en una honda tristeza y a las pocas horas estar eufórica, deseando reír y con ganas de bailar. Bailar se me da bien desde pequeña y cuando estoy contenta bailo, con música o sin ella. En aquellos primeros meses como mujer separada tenía unas ganas terribles de estar con otro hombre que no fuera Luisma. Ganas y miedo, porque sólo imaginarme con otro me paralizaba. Yo siempre le fui fiel a Luisma. Desde que empezamos a salir hasta la separación nunca estuve con otro chico. A lo largo de todos esos años conocí a algunos que me gustaban, la mayoría compañeros de trabajo, pero nunca pasó nada con ninguno. Dos veces estuve a punto, pero al final me eché atrás. No tiene nada que ver con una cuestión de principios y no me siento especialmente orgullosa. Simplemente no lo hice. Es más, ahora mismo no sabría explicar por qué y si pudiera volver atrás seguro que hubiera sido infiel por lo menos una vez. Habría estado bien.

En el último año con Luisma nos acostábamos cinco o seis veces como mucho. Cinco o seis sábados después de salir a cenar con otras parejas. Cinco o seis trámites que había que cumplir. Y hasta la próxima vez. En los últimos tiempos el sexo no era mucho y tampoco era bueno. No recuerdo cuánto tiempo estuve sin tener un orgasmo y si tuve alguno tampoco lo recuerdo. Después de dejarlo con Luisma tenía miedo a no saber besar. Ése era mi mayor miedo antes de estar con otro tío. Como cuando eres una adolescente. Hacía mucho tiempo que Luisma y yo no nos besábamos como se besan las personas que se desean. Es triste que alguien no sepa besar con más de treinta años, pero es más triste que se le haya olvidado.

Sevilla me parece una ciudad preciosa y aunque nos pasemos la mayor parte del tiempo en un plató que está en un polígono industrial a las afueras de la ciudad, por las noches cenamos por el centro y ya tengo fotos en la Giralda, la Torre del Oro, la Catedral y la Maestranza.

Los cástings de los niños artistas avanzan con la dureza normal. Niños riquísimos que no saben cantar, niños espantosos que sí saben, madres que protestan porque dicen que el jurado ha cometido una injusticia con su hija, la hija que acaba llorando, la abuela que se emociona al ver a su nieto bailar *El lago de los cisnes*. Lo normal. Llevo tres días aquí y con tanto niños, echo mucho de menos a los míos. Me acuerdo de ellos, pero también me acuerdo de mí cuando era pequeña y de mi madre y de María. En la mayoría de los casos las madres que llevan a sus hijas a hacer un cásting para que salgan en la tele cometen un error. La mayoría no son objetivas y piensan que su niña tiene algo especial que casi nunca tiene. Otras madres ven en sus niñas una oportunidad para ganar un dinero fácil que les saque de ese lugar en el que no quieren seguir. Muchas simplemente lo hacen para que vivan una experiencia. Lo que sucede casi siempre es que el dinero nunca llega y la experiencia suele ser frustrante. Salvo excepciones, los cástings no son una buena cosa para un niño. A mí las madres que llevan a sus hijas a hacer una puebra me caían muy mal, me provocaban un gran rechazo y yo, que nunca discuto en el trabajo, siempre que tenía que trabajar en un cásting infantil acababa a gritos con más de una. Era un problema que tuve que hablar con Lourdes, mi psicóloga.

-Esas madres humillan a sus hijos, los utilizan como mercancí.

-¿Tú crees que los humillan?

-Por supuesto. Ponen en ridículo a los niños y a las niñas pensando que van a salir de pobres.

-¿Tú crees que es para eso?

-Si no es para ganar dinero, lo que querrán es que su niñita sea famosa para presumir delante de las vecinas.

-¿Tú crees que no hay ninguna otra razón?

-No hay razones que valgan. Joden a las niñas obligándoles a hacer cosas que en el fondo no quieren hacer.

-¿Tú crees?

-¡Joder, Lourdes! Deja de preguntarme si creo lo que creo. Te lo estoy diciendo: detesto a esas madres.

-Vale, vale. Es que a mí hay algo de esas madres que me gusta.

-¿Cómo?

-¿Tu madre te hubiera llevado a ti a un cásting?

-¿Y eso qué tiene que ver?

-Tú bailabas bien, te podría haber llevado.

-En mi época no había cástings.

-¿Te habría llevado o no?

-No

-¿Por qué?

-No lo sé.

-No te habría llevado porque, según tú, tu madre pensaba que eras una niña gorda.

-Un poco gorda sí estaba, la verdad.

-La diferencia es que esas madres que tanto detestas creen que su hijas son maravillosas.

Desde que llegamos estoy evitando a Miguel. Durante el día le veo poco y lo que hablamos tiene que ver exclusivamente con los cástings. Por las noches, cuando cenamos todo el equipo, me siento en el otro extremo de la mesa para no coincidir. Sé que tengo que hablar con él, pero todavía no es el momento.

Llevo tres noches en Sevilla y las dos primeras me sirvieron para leerme unas cuantas revistas. Para mí, devorarme el *¡Hola!* sola en la cama antes de dormir es uno de los mayores placeres de la semana. Anoche, sin embargo, dediqué la media hora antes de dormir a otro tipo de placer igual de solitario. Hacía meses que no lo hacía y era ya más una cuestión de necesidad. Estaba a punto de quedarme dormida cuando escuché que una redactora que duerme en la habitación de al lado llegaba con compañía. Las risas mientras abrían la puerta me desvelaron y aunque al principio me enfadé un poco, me pareció divertido escuchar lo que sucedía al otro lado del tabique. Intentaba a través de las voces averiguar quién era él, porque seguramente se trataría de alguien del equipo, pero no lo identifiqué. Las voces y las risas cesaron y después de unos minutos de silencio en los que supongo que andarían en los preliminares, volví a escuchar a la redactora. Primero bajito, luego un poquito más alto y después gritando sin complejos. Fue corto, pero de final muy intenso. Después otra vez el silencio y a los pocos minutos otra vez los jadeos de la redactora, que iba definitivamente a por el segundo. Que a él no se le oyera me hacía imaginar lo que ocurría y esa imagen me excitaba mucho. Cuando la redactora por fin tuvo el segundo, lo mío tampoco tenía ya vuelta atrás. Muy poco después mi vecina empezó otra vez, pero ahora los jadeos también eran de su amigo. La cama empezó a moverse y a golpear con un ritmo acompasado en mi tabique. El mismo ritmo cogí yo y no lo abandoné hasta el final. Fui la primera en terminar, después acabó la redactora por tercera vez y después el chico. Lo de anoche fue lo más parecido a un trío que he hecho en mi vida. El amigo sin identificar se fue pronto de la habitación y me dieron ganas de salir yo también a la puerta para despedirle. Me lo pasé tan bien que me he activado para esta noche y estoy deseando que me salga un plan.

Esther quiere que hoy pasemos del equipo de la productora y nos vayamos las dos a cenar a un restaurante argentino con dos amigos suyos que vienen esta noche desde Cádiz. En realidad, ella conoce sólo a uno de ellos, con el que se acuesta un par de veces al mes. El otro es un amigo que viene para que seamos pares. Todo muy evidente. El amigo del amigo, según Esther, debe de ser un cañón. No tiene ninguna prueba, salvo que practica surf en Tarifa. «Nena», me dice, «¿tú has visto alguna vez a un surfero que no esté bueno?».

Mientras me maquillo para salir esta noche con el amigo surfero del amigo de Esther vuelvo a pensare en mi hermana María. Ha pasado un mes desde su muerte y me acuerdo de ella mil veces al día, mientras trabajo, cuando me río, cuando me enfado, al jugar con los niños. Su recuerdo y mi tristeza están ahí todo el rato, pero cuando verdaderamente me parece estar con ella es mientras me maquillo cada día delante del espejo. Es casi una alucinación y durante ese ratito no estoy triste. La raya de mi ojo se la pinto a ella, mi corrector corrige sus ojeras y mi pintalabios intensifica el rosa de los suyos. Ese rato de locura me asusta un poco, pero me gusta tanto que de momento no se lo voy a contar a Lourdes. No me lo vaya a fastidiar con la terapia.

Esta noche me apetece el plan de la cena de parejas y esa cita casi a ciegas con el sufero. Estoy guapa y más delgada porque en el último mes he perdido mucho peso. Me gustaría que María me viera con dos tallas menos, aunque si ella no hubiera muerto, no las habría perdido. Ese pensamiento no me lo deja nada bien. Ése sí tendré que hablarlo con Lourdes.

En mi vida no ha habido muchos hombres. Besé a tres chicos antes de conocer a Luisma. Les besé y me tocaron las tetas, pero no les dejé pasar a mayores. Yo, por supuesto, nunca toqué a aquellos tres adolescentes en ningun otro sitio que no fuera el cuello. María me enseñó que a los chicos hay que tocarles la nuca mientras les besas y eso hacía yo. Con una mano tocaba sus nuca y con la otra les impedía subir más arriba de los muslos y más abajo de mi ombligo. Eso era lo que había que hacer, no fuera a pensare el chico de los granos que yo era una cualquiera. El cuarto adolescente al que besé fue Luisma y con él estuve hasta hace un par de años.

Esa escasísima variedad de hombres la pagó Miguel, que fue el primero con el que estuve después de dejar a Luisma. Miguel y yo fuimos los últimos que nos quedamos en

una fiesta final de no me acuerdo qué programa. Bebimos más de la cuenta y antes de que cerraran la discoteca nos enrollamos en uno de sus sillones. Después de un beso de lo más excitante me propuso ir a su casa. Yo acepté como mujer adulta e independiente que soy y allí que no fuimos. En el taxi no paramos de besarnos y tocarnos. No me acordaba de la última vez que había estado tan excitada. A pesar de su cordón de oro en el cuello y su conjunto de pantalón de tergal marrón y su camisa de manga corta beige de cuadros a juego, Miguel era un hombre y en ese momento con eso era más que suficiente.

Hasta que salimos del taxi todo iba bien, pero cuando abrió la puerta de su casa y empezó a desnudarme nada más cerrar me puse muy nerviosa. Tanto que la excitación fue dejando paso a una especie de ataque de pánico que acabó en una risa compulsiva y estúpida que no podía controlar. El pobre Miguel pensó que me estaba riendo de él y paró cuando estaba a punto de desabrocharme el sujetador. Le dije que me disculpara, que estaba muy nerviosa, y él, amablemente, me dio un par de minutos de tregua. Cuando volvió a besarme el cuello, en vez de excitarme me hizo cosquillas y empecé otra vez a reírme, algo que a Miguel ya sí empezó a molestarle de verdad. Paró en seco y me invitó a sentarnos en el sofá para que me tranquilizara un poco. Pasaron los nervios, pero la relajación hizo más evidente que esa noche había bebido más de la cuenta y empecé a marearme un poco. El estómago se me fue revolviendo mientras Miguel ponía un poco de música. Intenté ocultar mi malestar para que él no pensara que yo era un imbécil, que en realidad era exactamente lo que estaba pareciendo. Él puso un CD que no recuerdo y se sentó junto a mí para reiniciar nuestro encuentro. Mi cabeza daba muchas vueltas, pero nada comparable a las que daba mi estómago. Miguel estaba a punto de acercarse de nuevo para besarme con su cara de bueno cuando todas las copas de más que había tomado esa noche se hicieron presentes en forma de vómito. Le puse perdida su alfombra, sus zapatos y sus pantalones de tergal marrones. Después empecé a llorar. Miguel tardó en rehacerse, pero lo hizo con dignidad. Sin decir nada, se levantó, cogió un cubo y una fregona y comenzó a recoger todo aquello mientras venía el taxi que me pidió por teléfono. Yo no paraba de llorar y de decir que lo sentía y él no paraba de decir que no me preocupara. Esa noche Miguel se portó conmigo como un caballero. Esa y las otras que vinieron después.

Esther está llamando a la puerta de la habitación para irnos a cenar al argentino, yo estoy a medio vestir y todavía no he llamado a Sornitsa para que me dé el parte diario.

Quiero hablar con los niños antes de que se duerman. Siempre que el teléfono suena en casa lo coge Pablo.

-¿Diga?

-Hola, Pablo. Soy mamá.

-¡No estás!, ¿sabes?

-Claro, cariño, sigo de viaje.

-¿Cuándo vienes?

-Pasado mañana.

-Hoy ha venido el abuelo y le he marcado un gol.

-Muy bien, cariño. Eres un campeón. Dile a Mateo que se ponga y acuéstate pronto que mañana hay cole.

-Hola, mamá.

-Hola, Mateo, ¿qué tal, cariño?

-Bien. Hoy ha venido el abuelo a vernos.

-¿Y qué tal?

-Ha jugado a fútbol con Pablo, pero luego se ha hecho mucho daño y se ha tenido que ir.

-¿Cómo que se ha hecho daño?

-Sí. Cuando me iba a enseñar a patinar me ha dicho que le dolía una pierna y que ya me enseñará otro día. Y le dolía mucho, mamá, porque se ha puesto a llorar.

-No pasa nada, hijo, seguro que ya se le habrá pasado.

-Yo le he dicho que se tome Dalsy.

-Claro, vida, entonces ya se ha curado.

Quando cuelgo me pongo a llorar otra vez pensando en lo mal que lo está pasando mi padre. Esther me dice que si no me apetece no salimos, pero que el plan de los gaditanos me va a venir bien. Pronto me animo al escuchar a mi amiga. «Termina de arreglarte y píntate otra vez los ojos que esta noche se te tiene que correr algo más que el rímel».

No soy una gran lectora y eso me hace sentir un poco culpable. Cuando en cualquier conversación aparece el tema libros, no suelo estar a la altura. Lo que compro habitualmente son *best-sellers* y, siendo sincera, la mayoría no me los acabo. Además, los que logro terminar se me olvidan y a los pocos meses no me acuerdo ni de lo que iban.

Naturalmente, conozco el nombre de los autores más importantes y suelo relacionarlos con sus obras, pero con eso aguanto un par de minutos de charla literaria. Transcurrido ese tiempo, desaparezo de la conversación, no vaya a notarse del todo mis carencias culturales. Así me pasé toda la noche en la cena del argentino: desaparecida. Esther, su amigo y el surfero se la pasaron hablando de libros. Lo último que yo me esperaba. Desde el último Premio Planeta hasta la poesía de Neruda, pasando por un montón de escritores de los que no me sonaba ni el nombre.

Yo permanecí escuchando casi todo el rato, poniendo cara de interés y con un poquito de nervios por si alguno me pedía mi opinión, por ejemplo, sobre los autores británicos contemporáneos que más me gustan. Las únicas frases que pronuncié durante toda la noche fueron, que yo recuerde, y por este orden: «No, ése tampoco lo he leído»... «Qué interesante eso que dices»... «Ponme más vino»... «Voy un momento al servicio» y «¿Por qué le llaman a esto bife de chorizo si no es chorizo?».

El surfero, tal y como suponía Esther, estaba bueno, como todos los surfers. Por lo menos aparente, buen cuerpo, delgado, moreno en febrero, la nariz perfecta, ojos claros y una calculada barba de tres días. Además de deportista, es culto y creativo, porque, según contó, su afición por la literatura no es sólo teórica y hace sus pinitos escribiendo poesía. Sobre el papel era el tipo ideal para una noche ideal. Lo que ocurre es que estábamos ya en los postres y el surfero no había mostrado por mí el más mínimo interés. Ni caso me hizo, ni un poquito de esfuerzo hizo por seducirme, ni una mirada, ni un detalle, ni una sonrisa. Son cosas que pasan.

Después de cenar propusieron ir a tomar una copa, pero yo dije que me iba al hotel a descansar. El surfero, como suponía, no se ofreció a acompañarme y prefirió continuar de marcha con ellos. Esther se despidió de mí con un beso que tenía más dosis de compasión de la que hubiera deseado. Llegué al hotel y me metí en la cama. Tenía la esperanza de que los ruidos de la habitación de al lado volvieran a inspirarme, pero en esta ocasión escuché a la redactora llegar a su habitación sin compañía. Nada terminaba de salir bien esta noche. Apagué la tele, apagué la luz, se apagaron del todo mis ganas y volví a sentirme sola. Me puse a llorar sin saber por qué lloraba. Si por mi soledad, por María, porque nadie follaba en la habitación de al lado, por mi padre, por pena, porque yo tampoco follaba, porque el surfero culto me había ignorado o porque me daba la gana llorar. Yo qué sé por qué lloraba, yo qué sé qué me pasa. Solo quiero estar bien... Y no me sale.

Esta semana tengo que pasarme por el estudio de fotografía a ver si hay algún trabajo. Me da igual que sea una sesión de ofertas para el Carrefour o una boda, pero este mes necesito más dinero para pagar el dentista de Mateo. Luisa ha puesto con un amigo una tienda de móviles que todavía no está dando demasiados resultados y lleva tres meses sin pasarme nada para los niños. Desde que conozco a Luisa ha participado con distintos amigos en dos bares de copas, un videoclub, una empresa de mensajería y otra de limpieza. Los amigos con los que montó esos negocios dejaron de serlo, nunca ganó dinero con ninguno de ellos y cada vez que llegaba el momento del cierre le tenía en casa un mes deprimido.

Luisa es electricista de profesión, pero no le gusta. Sólo la ejerce entre un fracaso empresarial y otro y esos son los únicos meses en los que gana algo de dinero. Ahora vive con mis suegros hasta que la tienda de móviles termine de ser rentable. Entonces alquilará un pisito y me pagará la pensión de los niños, incluidos los meses que me debe. Como plan está bien, incluso si me lo creyera, pero como el primer pago del aparato de los dientes de Mateo hay que hacerlo este mes, necesito que me salgan un par de trabajos. El estudio me paga bien por cada boda que hago, aunque ellos luego les cobran a los novios el triple de lo que yo cobro. Yo me ocupo de seleccionar las fotos y entregarlas al estudio para que ellos monten los álbumes y cobren a los novios. Si retrato bodegones de ofertas (langostinos, berberechos, bragas, bicicletas...), me pagan por horas.

Alguna vez he pensado montármelo por mi cuenta, pero tendría que dejar el trabajo en la productora y hacer una inversión para un local, otra cámara, un ordenador y una impresora profesional que valen una pasta. Teniendo en cuenta los antecedentes de éxito empresarial de mi ex, es mejor no jugársela.

Desde el día del entierro de mi hermana no he vuelto a ver a mi cuñado Carlos y aunque no me apetece nada tengo que hacerlo. Me ha dejado algunos mensajes para que vaya a su casa a recoger un par de cajas en las que hay cosas para mí, sobre todo, fotos de

familia, recuerdos, algunos descartes de las bodas que tanta gracia hacían a María. No tengo ganas de volver a su casa y tampoco creo que esté preparada para abrir esas cajas que me van a hacer más daño que otra cosa.

Carlos y yo nunca nos hemos llevado bien y María y Luisma tampoco. La cosa es que Carlos y Luisma no se soportaban y cada una de nosotras nos poníamos de parte de nuestros respectivos maridos. Esa circunstancia, a pesar de lo que pudiera parecer, nunca nos afectó ni lo más mínimo a María y a mí en nuestra relación. Lo de llevarse mal con el cuñado era un poco forzado, creo que tenía mucho de pose para complacer a nuestros maridos hablando mal de su rival. Carlos humillaba a Luisma pavoneándose con su éxito y su dinero y Luisma se defendía metiéndose con el físico de Carlos y su singular cojera de ambas piernas.

Mi madre me ha acompañado a casa de María. Mejor pasar el trago acompañadas. Mi cuñado, bastante desaliñado para lo que acostumbra, nos abre la puerta. Es sábado y hoy no abre la clínica, pero son casi las dos de la tarde y sigue en pijama. Es la primera vez en mi vida que le veo sin afeitarse y así debe de llevar algunos días. Me sorprende descubrir que tiene la barba con muchas canas, al igual que el pelo, todavía sin peinar. Mi madre se sorprende mucho al ver con ese aspecto al más elegante de sus dos yernos.

-¡Jesús, María y José! ¡Estás horroroso!

-¡Mamá, por favor! – intento corregir su falta de diplomacia.

La verdad es que ver a Carlos así es impactante. Parece un vagabundo que se ha colado en esa casa tan lujosa.

-Pasad, pasad. ¿Queréis tomar algo?

-No, tranquilo. ¿Cómo estás tú? – le pregunto.

-¡Horroroso! – interrumpe mi madre, que sigue a lo suyo.

-Estoy jodido, la verdad – dice Carlos mientras se sirve un whisky, que no debe de ser el primero de esta mañana.

-Ya sabes que puedes venir a casa cuando quieras.

-Sí, sí, claro. ¿Qué tal los niños?

-Bien, hoy se han quedado con su padre.

-¡Qué jodío Luis Mariano! Si en el fondo es él el que tiene suerte.

-Si no te apetece, podemos llevarnos las cajas y abrirlas en casa.

-No, no os preocupéis. Están en el armario de la habitación del centro de la segunda planta. Subid y quedaos todo el tiempo que queráis.

Carlos se queda en el salón apurando el whisky mientras mi madre y yo subimos por las escaleras de la casa hasta llegar a la habitación del centro.

La casa es preciosa, lo sigue siendo. Los muebles, los cuadros, las telas y las lámparas mezclan estilo clásico y moderno con mucha clase. Todo combina a la perfección, desde una antigüedad a una mesa de diseño, desde una alfombra persa a otra lisa verde pistacho, todo parece fabricado para estar en ese lugar concreto de la casa. A mí la decoración se me da peor y a mi casa no termino de cogerl el punto. Las cosas que me gustan en las tiendas luego no pegan en mi casa. Una jarra de agua roja, por ejemplo, en mi casa parece robada. La misma mesa de diseño que hay en el pasillo del chalet de María en la mía quedaría fatal. Debería empezar por el pricipio y pintar todo de blanco, alisar definitivamente las paredes, cambiar el tapizado de los sofás. Lo de mi casa debería ser un cambio radical.

En el armario semivació de la habitación del centro hay dos cajas de cartón de rayas de las que se compran, no de las que sobran de cuando te traen la compra. Mi madre y yo las sacamos del armario, las ponemos encima de la cama y respiramos hondo antes de abrirlas. En las dos hay álbumes de fotos, bolsas de plástico con sobres dentro, algunos anillos sin aparente valor que recuerdo habérselos visto puestos hace años, algunos discos de vinilo, más sobres con fotos, en casi todas estamos juntas María y yo.

Mi madre y yo vamos vaciando las cajas sin profundizar en su contenido. Encima de la cama se van mezclando los álbumes, los sobres, los recuerdos de una y otra caja. Comprendemos que si nos ponemos a mirar con detalle todo aquello se nos hará de noche, así que decidimos recogerlo y llevarlo a mi casa. Al volver a guardarlo todo en las cajas, mi madre repara en una foto concreta que hay junto a otras en un sobre. La saca y en ella aparecen María, mi padre y una señora pelirroja. La foto es reciente. Mi madre mira la foto por delante, por detrás, la levanta buscando la luz de la ventana, la acerca y la separa de sus ojos. Desde luego, está sorprendida.

-¿Quién es? – me intereso por la señora de pelo naranja que hay en la foto.

-Una muerta.

-¿Cómo que una muerta?

-Es Maite.

-¿Maite? ¿Maite, la de papá ?

Maite fue una amante que tuvo mi padre cuando nosotras éramos pequeñas y el principal motivo de la separación de mis padres. Mi madre lo descubrió cuando la Guardia Civil llamó por teléfono a casa un sábado por la tarde para comunicar que mi

padre había tenido un accidente en la Nacional V, a la altura de Navalcarnero, donde solía ir a comprar vino. Cuando mi madre llegó al hospital, descubrió a través del atestado de la Guardia Civil que en el coche, un Seat 128 Sport blanco, viajaba también una mujer llamada Maite. Lo de mi padre no fue muy grave, sólo una pierna rota y una breca en la cabeza, pero Maite se debatía entre la vida y la muerte. Ella era camarera en el bar de abajo de mi casa, al que mi padre bajaba cada día a tomar café. Mi padre fue dado de alta a los dos días, pero Maite no pudo superar las heridas del accidente y falleció una semana después en el hospital. Aunque en aquella época la mayoría de mujeres no tomaba ese tipo de decisiones, mi madre dejó a mi padre y nosotras nos convertimos en las primeras niñas de padres separados de nuestro barrio.

-Es imposible, mamá.

-Te digo que es Maite.

-Pero si estaba muerta.

-La verdad es que ha evejecido fatal.

Si mi madre llevaba razón, Maite seguía viva y seguía viendo a mi padre. Y lo más sorprendente es que mi hermana María lo sabía. Ahí están los tres sonriendo a una cámara con la catedral de Almudena al fondo.

En mi familia no pueden pasar cosas así. Mi familia es una familia normal y éstas son cosas que sólo pasan en las películas. No es normal que mi padre esté liado con una pelirroja muerta durante años y yo no me haya enterado. No puedo creer que mi hermana lo supiera y no le dio tiempo contármelo. El único que puede aclararlo todo es mi padre.

Llevo un tiempo distanciada de Esther. Desde el viaje a Sevilla estoy enfadada con ella. Lo que hizo no estuvo bien. No me gustó su comportamiento en la cena del restaurante argentino. Sabía que no estoy pasando por mi mejor momento y me dejó tirada por un tío con el que se podía haber acostado cualquier otra noche. Ahora la veo menos porque definitivamente se ha metido en el programa de sketches y ha dejado *Menudo Talento*, que así se va a llamar el programa de niños artistas.

A Esther la ha sustituido como responsable de guión un tal Roberto, que por lo que he podido observar estas semanas es un tipo que se lo tiene más creído de lo aconsejable. Habla muy alto y tiene demasiado afán de protagonismo, aunque al parecer es un guionista de prestigio. Eso dicen, aunque muy bueno tampoco será si está en *Menudo Talento*.

Estos últimos días ando peleada con medio mundo. No sólo estoy distanciada de Esther, también de Luisma, que me tiene harta con su falta de madurez y sus sueños de empresario. Para colmo, Sornitsa casi no me dirige la palabra. Cuando mi asistenta búlgara y yo nos enfadamos deja de llamarme «Clarra» y se dirige a mí como «señorra». El motivo de su enfado esta vez es que su sobrina Ivanca quiere participar en *Menudo Talento* y pretende que yo hable con los jefes para ayudarla. Sornitsa no comprende que yo no puedo hacer nada, pero tampoco ha debido de reparar mucho en el aspecto de su sobrina. Ivanca tiene quince años, por lo que está dentro del límite de edad del concurso, que es hasta los dieciséis. Desde luego, es el único requisito que cumple para presentarse al programa. Ivanca medirá más o menos un metro cuarenta y cinco centímetros y debe de tener una talla 140 de sujetador. Tiene unas tetas tan grandes que te impiden mirarle a la cara con naturalidad. No se sabe bien en qué lugar tiene más vello, si en el bigote o en el entrecejo, pero ambas líneas de pelo forman dos rayas paralelas, una encima de sus ojos y la otra encima de sus labios. Los ojos los tiene bonitos, pero se pierden en un conjunto tan desigual. Es verdad que no canta mal, pero en búlgaro, porque en español mezcla las palabras y pronuncia con tantas erres que las canciones parecen una bronca: «¿Qué serrá, qué serrá, qué serráááá? ¿Qué serrááá de mi viiiida, que serrá?».

A pesar de eso tendré que ceder y llevarla al cásting porque que Sornitsa esté enfadada conmigo no es algo menor. En teoría, yo soy la jefa, pero ella podría vivir sin mí mucho mejor que yo sin ella. Ojalá no me despida.

El enfado de Sornitsa, el distanciamiento de Esther, los impagos de Luisma y, sobre todo, el engaño de mi padre me tienen decolocada. No sé qué me molesta más: que no me contara lo de su amante o que se lo contara a mi hermana. Él nunca había hecho diferencias entre nosotras. Yo pensaba que eso era exclusivo de mi madre. Desde luego, tengo que hablar con él porque creo que merezco una explicación, pero antes de hacerlo necesito ver a Lourdes para contarle mis novedades familiares. Mi psicoanalista no es argentina, como casi todas, sino de Burgos. Debe de rondar los cincuenta, es altísima, suficientemente guapa y muy elegante. Al principio parece bastante distante pare ser psicoanalista, aunque lo normal para ser de Burgos. Siempre va con ropa ancha, pantalones y camisas que parecen de hombre. Es morena, tiene los ojos grandes, la piel blanca y unas ojeras marrones que no consigue dimilura bajo el maquillaje. Lo único que lleva en la cara, y no siempre, es una levísima raya en el ojo. Ahora estoy en el diván y ella está, como siempre, detrás de mí con el cuaderno azul en el que apunta mis sueños.

-Tú dirás qué es eso tan importante...

-Mi padre tiene una amante.

-¿Y?

-Que su amante estaba muerta.

-¿Qué?

-Que mi padre tiene una amante.

-Eso ya lo has dicho. Además, no es la primera vez que tiene una amante.

-Sí es la primera vez, porque es Maite.

-¿Maite? ¿La de cuando vosotras erais pequeñas?

-Esa misma.

-Pero si murió en un accidente.

-Pues ha resucitado.

-¡Cuenta, cuenta!

Hablamos de los detalles de la foto y me paso un rato especulando sobre qué pudo ocurrir. Desde que la descubrí he fantaseado con todo tipo de historias, hasta que mi padre pudiera ser un espía en una misión secreta que no puede desvelar su identidad y que

a lo mejor Maite es una agente antiterrorista. Lourdes lleva media hora escuchándome y sé que está a punto de interrumpirme.

-¿Y tú cómo te sientes?

-¡Y yo qué sé cómo me siento!

-¿Engañada?

-¡Engañada y de mala hostia!

-Por ahí vamos mejor.

Aunque todavía tardo demasiado, con Lourdes ya soy capaz de expresar mi estado de ánimo. Me ha costado dos años de tratamiento, a dos sesiones por semana, decir que estoy triste cuando estoy triste, asustada cuando estoy asustada, contenta cuando estoy contenta y de mala hostia cuando estoy como ahora mismo. Le cuento que estoy rabiosa con mi padre, con mi herman, con la tal Maite, a al que no conozco, y hasta con mi madre, que en esta ocasión no ha hecho nada, pero como es mi madre, con ella siempre estoy rabiosa.

-No sé por qué mi padre no me ha contado que Maite estaba viva.

-¿Por qué crees que no lo ha hecho?

-Porque no me toma en serio. Nadie me toma en serio.

-Yo sí te tomo en serio.

-A ti te pago. No cuentas.

-¡Sí que estás enfadada, sí!

-Perdona, Lourdes. Siento lo que acabo de decir.

-No importa.

-Es que mi familia nunca me ha tenido en cuenta. He sido la gordita, la pequeña, la pobre, la hija a la que hay que ayudar porque sola no puede... Por eso mi padre eligió a María para contarle su secreto. María siempre ha sido la elegida para todo...

-Tenemos que ir terminando. Es la hora.

-Siempre igual con la puta hora en el momento en que me salen las cosas.

-Así tiene que ser.

La segunda vez que estuve con Miguel fue en realidad la primera. De eso hace ahora casi un año. Poco después de nuestro primer encuentro recibí un mensaje en el móvil que decía: «Nuestras relaciones sexuales sólo pueden mejorar, je, je. Me gustaría verte, besos, Miguel». Desde el día de mi vómito en el salón nos habíamos cruzado varias veces en la productora, pero en ningún momento habíamos hablado del tema. Nunca hasta ese mensaje. Me gustó su forma de quitarle trascendencia a nuestro penoso encuentro y decidimos que había llegado el momento de olvidarlo tomando algo después de salir de la productora. Era un viernes como cualquier otro y nos fuimos a cenar a la plaza de Santa Ana.

Miguel no es mi tipo, pero hace que las cosas sean fáciles. Ésa es su principal virtud. Yo no tenía nada superado el desastre de nuestro anterior encuentro, pero él logró que poco a poco me fuera relajando y para los postres ya le había quitado toda la importancia al episodio del vómito. Tan bien lo hizo que a lo mejor me relajé demasiado. «La verdad», le dije, «aquellos pantalones de tergal eran horroroso». Menos mal que se lo tomó como una broma, aunque no lo era tanto.

Fuimos a tomar una copa a un bar de la zona en el que ponen falmenquito, que es una manera absurda de denominar al flamenco que no es flamenco. Miguel se sorprendió al verme bailar y a mí me encantó que le gustara. Bailando una rumba me dieron unas ganas incontrolables de besarle. Lo hice y me siguió. Me apetecía acostarme con él. Me apetecía acostarme, por fin, con alguien que no fuera Luisma.

Esta vez no hubo que coger un taxi porque Miguel había llevado su coche. Me alegré de que lo hiciera. Y más aún de que fuera automático. Con la mano izquierda manejaba el volante y con la derecha empezó a subirme muy despacio el vestido. Tenía una falda larga que dejó a la altura de mis muslos antes de separarlos con suavidad. Dejó las piernas separadas, pero no abiertas. Eso prefirió que lo hiciera yo. Puso su palma en mi pierna izquierda, que era la que tenía más cerca, y fue subiendo poco a poco hasta llegar casi a mi ingle. Después fue buscando muy despacio el centro de mi anatomía y justo ahí detuvo su mano. Con un movimiento suave hacia los lados presionó mis muslos,

invitándome a que los abriera un poco más. Con todo mi espacio para él, deslizó su mano hacia mi vientre y desde allí la metió por el interior de mis bragas. Nada más tocarme sin tela de por medio junté las piernas con fuerza y atrapé su mano entre mis muslos. Allí permaneció hasta que Miguel tuvo que sacarla para aparcar justo en la puerta de su casa.

Salimos del coche y subimos. De nuevo la misma escena al cerrar la puerta. Miguel comenzó a besarme sin parar de hacerlo me fue llevando hasta su habitación. Nos desnudamos con desorden y torpeza. Yo debería haberme quitado el vestido por abajo, pero decidí hacerlo por arriba y él tomó una decisión equivocada al intentar quitarse los zapatos sin desabrocharse los cordones. Lo que hacen los nervios. De repente, yo tenía uno de mis brazos hacia arriba pegado a mi cabeza y el otro hacia abajo sin espacio para salir. Él daba saltitos a la pata coja sobre su pierna derecha mientras intentaba quitarse el zapato de la izquierda con los pantalones medio bajados. Finalmente yo utilicé la fuerza para salir de aquel vestido y Miguel la inteligencia para sentarse a los pies de la cama y allí desabrocharse los cordones.

Desnudos sobre la cama, nos besamos. Qué sensación tan extraña me produjo un cuerpo distinto al de Luísa. Después de tantos años con una misma persona es como si su cuerpo fuera casi una parte del tuyo. Estás acostumbrada a sus formas, a su tamaño, a su olor. Cuando tocas a alguien distinto parece que tocas por primera vez. Ese día con Miguel todo era para mí como la primera vez. Estaba nerviosa, con esa excitación que convierte el deseo en una ansiedad que no permite disfrutar. Preocupada por quedar bien, porque sin ropa no se notaran demasiado mis kilos de más, ni mi experiencia de menos. Estaba tan pendiente de tantas cosas que a ratos me olvidé de mí. Me comporté como una amante comedida, quizá demasiado. Él tampoco demostró gran cosa. Me dejé hacer sin participar apenas y acabamos en la más tradicional de las posturas. De esa manera, con él encima y yo debajo, empezamos y terminamos la relación. Aunque terminar, lo que se dice terminar, el único que terminó fue él. No me importó. Era lo más normal en esas circunstancias y más tratándose de mí, que en ese momento ni me acordaba de lo que era tener un orgasmo después del último año que había pasado con Luísa. Estaba acostumbrada a resignarme, pero lo del coche con Miguel prometía mucho más de lo que fue. Después de esa noche, el realizador y yo nos vimos algunas veces más en su cama sin que la cosa mejorara mucho. Fueron un par de meses de encuentros hasta que Miguel se fue del trabajo y yo dejé de llamar. A pesar de todo, la relación – el lío, para ser precisa – que tuve con él me hizo sentir que no era tarde para volver a ser deseada.

Estoy deseando contarle a Esther lo de la amante de mi padre. Va a alucinar. Eso sí, antes tenemos que hablar de lo que ocurrió en Sevilla. Ella ya sabe que estoy enfadada porque la pasada semana me llamó varias veces y no le cogí el teléfono. Hoy, después de la consulta con Lourdes, he decidido llamarla yo para quedar a comer y dejar las cosas claras. Al fin y al cabo, es mi mejor amiga y a las amigas hay que decirles las cosas aunque duelan.

-Estoy muy enfadada contigo por lo que me hiciste en Sevilla.

-¿Qué tú estás enfadada conmigo?

-¡Por supuesto! ¿Tú crees que es normal que te fueras con ellos y a mí me dejaras sola?

-Pero si la que se marchó al hotel fuiste tú.

-¡Venga, Esther! No puedes dejar tirada a una amiga por un tío.

-¿Tú cuántos años tienes? ¿Quince?

-Ni tú ni tus amiguitos me hicisteis caso en toda la noche.

-Fuiste tú la que casi jodes la cena con tu actitud.

-¿Yo?

-¡Sí, tú! Fuiste bastante maleducata con el surfista. Te pasaste toda la cena poniendo cara de aburrimiento cada vez que abría la boca.

-¿Pero qué dices? Si fue él el que me ignoró.

-¿Qué quería que hiciera? Si hasta te reíste de él cuando dijo que escribía poesía.

-¿Me reí?

-Joder, Clara. Te reíste en su cara.

-La verdad es que no me di cuenta. Yo pensaba que...

-El chaval se fue un poco hecho polvo.

-¡Pobre!

-No pasa nada. Ya te disculpé contándoles que estabas en tratamiento psiquiátrico.

-¡Qué cabrona! ¿Y qué te dijeron?

-Que les debería haber avisado antes de quedar a cenar con una loca.

-¡Con razón!

-Ya, pero ellos deberían haber avisado de que el surfero era gay y así no te hubieras hecho ilusiones.

-¿Era gay?

-¡Joder, Clara! Si lo dijo en la cena.

-Me parece que esa noche no me enteré de nada.

-Deberías prestar más atención a la gente que te rodea. Te evitaría disgustos.

Esta tarde he ido con los niños a ver a mi madre y la he encontrado muy mal. Descubrir el engaño de mi padre le ha afectado más de lo que podía imaginar. Al principio ha intentado convencerme de que lo que hiciera «ese señor» - así ha llamado a mi padre - le tenía absolutamente sin cuidado, porque al fin y al cabo hace casi treinta años que se separaron. Esa indiferencia le ha durado hasta que se ha puesto a llorar sin consuelo posible. Mi madre no ha llamado a mi padre para preguntarle por la foto porque, según ella, no piensa volver a dirigir la palabra a «ese señor» nunca más en la vida. Yo he quedado con él para verle mañana después del trabajo y he prometido a mi madre contarle todas las explicaciones que me dé. Al fin y al cabo, ella y yo formamos en esta historia el equipo de las engañadas. Mi padre no sabe de qué vamos a hablar. No he querido anticiparle por teléfono lo de la foto porque prefiero pillarle por sorpresa. A ver qué dice cuando la tenga delante.

Mi madre ha pasado la tarde sin hacer demasiado caso a Mateo y a Pablo, que no han parado ni un momento de enredar por toda la casa. Está triste y sospecho que debe de estar tomando algún tranquilizante por su cuenta porque a ratos la he visto un poco ausente. Creo que sería bueno para ella un poco de compañía y le he propuesto que venga a casa a pasar una temporada con nosotros. No sé si es buena idea, porque mi madre y yo viviendo juntas con dos niños en setenta metros cuadrados es una aventura de final incierto, pero creo que sería bueno para ella y debo convencerla. Me estoy haciendo mayor. Es algo que sientes justo cuando descubres que tu madre necesita tu ayuda. Ese día tu vida cambia definitivamente y no hay vuelta atrás. Las madres no pueden ser vulnerables, no pueden estar desportegidas. Ellas deben saber siempre qué hacer y en qué momento para solucionar los problemas. Las madres no son mujeres, las madres son madres. Así es hasta un día en el que todo cambia y eres tú la que tienes que ayudar. En ese momento te toca a ti ser mayor y te pilla desprevenida. Estás sola, no hay red para

equivocarse y da mucho miedo. Mi madre, de todas formas, no acepta la invitación, aunque me promete que irá por lo menos tres tardes a casa para estar con los niños. Ella sabe igual que yo que nuestra convivencia será muy difícil, pero estoy segura de que mi ofrecimiento le ha gustado.

Es hora de marcharse y después de despedirse de los niños me ha abrazado con fuerza y me ha dado un beso en la mejilla con una ternura que no recordaba. Después ha metido algo en el bolsillo de mi chaqueta. Es un cheque de mil quinientos euros.

-¿Y esto?

-Eso son mil quinientos euros.

-¿Y para qué?

-Para el aparato de Mateo.

-Ni hablar.

-Lo coges y punto. Es un regalo de su abuela y no hay más que hablar.

-Bueno, pero te lo devuelvo en cuanto haga unas cuantas bodas.

-¿Qué vas a devolver? ¿Para que está una madre si no es para ayudar?

-Dame otro beso.

La selección de los niños que participarán en las galas finales de *Menudo Talento* está casi terminada. La única novedad en el trabajo ha sido Roberto, el guionista que sustituyó a Esther, al que han nombrado director del programa. Ahora ya entiendo por qué un guionista de prestigio había aterrizado en un programa así y era porque venía para dirigirlo. Todo el mundo está encantado con él. Es simpático y gracioso, pero con un punto de tío distante que le proporciona magnetismo. Es difícil dejar de mirarle. Me parece que ya no habla tan alto y que no tiene tanto afán de protagonismo como creía los primeros días que empezó a trabajar.

En lo que sí acerté es en que se lo tiene un poco creído, aunque tiene motivos porque físicamente no está nada mal, hay que reconocerlo. Es alto, flaco y moreno. No es guapo, pero tiene unos ojos oscuros y grandes que hacen que eso no sea un problema. Me gusta cómo mira. La que más se ha fijado en él, o mejor dicho, a la que más se la nota, es a Carmen, la jefa, que desde que Roberto está trabajando con nosotras tiene un comportamiento de adolescente que le quita toda la seriedad que se le debe exigir a una productora ejecutiva, que es como se denomina su cargo. Últimamente no está casi nunca en su despacho y se pasea por las mesas de la productora haciéndose la jefa

superenrollada, diciendo frases como «Hola, chicos, ¿cómo habéis pasado el finde?» que no la dejan en muy buen lugar. Está claro que su único objetivo es llamar la atención de Roberto, aunque yo sospecho que él está más pendiente de su nuevo trabajo como director que de liarse con nadie del programa. Y si lo hiciera, no sería con ella, porque de la única que le he notado pendiente es de una niña de redacción de veintiséis años muy rubia y muy estupenda. Carmen es una buena tía y yo le tengo aprecio, pero es la jefa y no tengo la suficiente confianza como para advertirla de que no va por buen camino.

Roberto y yo nos llevamos bien, aunque no tenemos apenas relación. Se sienta enfrente porque sigue ocupando el sitio de Esther, pero no me presta demasiada atención. Eso sí es muy educado cada vez que me llama de otra manera. Yo he sido para él Laura, Lara, Carolina, entre otros. «¡Clara!, eso, ¡Clara!, perdona, es que soy fatal para los nombres».

Con la ayuda de mi madre he podido ponerme un poco al corriente con Sornitsa, a la que debía ya mes y medio. Mi asistenta búlgara está de mejor humor conmigo desde que llevé a Ivanca a *Menudo Talento*, aunque, como era normal, no fuese seleccionada. Le dio igual, lo importante para ella era que yo le hiciera el favor, aunque el cásting de su sobrina fuera un desastre. La niña, además, está encantada porque su puebra, en la que cantaba el *I Will Survive* de Gloria Gaynor embutida – qué término tan preciso – en un vestido rojo largo de licra, salió, como era normal, en todos los programas de zapping, dando a la niña velluda cierta notoriedad en su barrio.

Sornitsa ha vuelto a llamarme «Clarra». Ella puede estar a favor o en contra de todo lo que hago y muestra su aprobación o reproche con una simple mirada o con alguna palabra en búlgaro que, por supuesto, sabe que no entiendo. Sospecho que Sornitsa es una de las personas que mejor me conoce.

-¡Clarra, vas guapa a trabajo últimos días!

-Como siempre, ¿no?

-Gustarte alguien en trabajo, seguro.

-¡Qué va!

-¿Un compañero?

-¡Qué no!

-Cuidado, Clarra, que en trabajo hay que trabajar.

-Pero si no es nadie.

-No es nadie, perro ten cuidado. En tabajo debe trabajar.

-¿Y tú qué no trabajas?

-Erra sólo consejo.

Sornitsa se sabe toda mi vida. La mayor parte se la he contado yo y la otra la ha adivinado ella. Estoy segura de que es un poco bruja porque no es posible que haya descubierto que me gusta alguien del trabajo simplemente porque últimamente me arregle más. ¿O sí? Me miro al espejo y me doy cuenta de que voy demasiado maquillada y vestida como para una fiesta. Me apetece estar guapa, a ver si Roberto por lo menos recuerda mi nombre sin titubear.

He quedado con mi padre en una cafetería al trabajo y he decidido ir caminando. Llevo dentro del bolso la foto en la que él aparece junto a mi hermana y la señora pelirroja con la catedral de la Almudena al fondo. Mientras llego voy pensando en cómo he de comportarme. Tampoco sé muy bien cómo estoy. Hay veces que no reconozco del todo mi estado de ánimo. No sé si será por la conversación con Lourdes o porque ya han pasado algunos días, pero de repente no me sale el enfado que en teoría debería tener con mi padre. Estoy a punto de llegar a la cafetería, ya veo el letreo y lo que tengo ahora es más curiosidad por saber qué pasa con la tal Maite que de reporchar nada a mi padre. Me pasa también cuando se supone que debo estar muy contenta, que cuando llega el momento y no tengo ese sentimiento lo que hago es exagerarlo para que no se note. Eso lo hice en mi boda, que fue la más aburrida que yo recuerdo, y mira si habré ido a bodas. Luisma y yo contratamos un banquete para ciento cincuenta personas, pero nos equivocamos en las previsiones y asistieron cincuenta y ocho, nosotros incluidos. El salón, tan hortera como cualquiera, con sus lámparas de lágrimas, y sus apliques con forma de candelabro, estaba tan desangelado que había eco. Al llegar el baile, los pocos que bailaron lo hacían por compromiso y sin ningún entusiasmo, salvo el tío Tomás, un primo de mi padre que es «el bromista de la familia». En todas las familias hay un tío que es un pesado, impertinente, paleta, salido, machista y sin ninguna gracia al que se le considera «el bromista de la familia». Con el tío Tomás me pasé toda la boda fingiendo estar contentísima, bailando pasodobles y congas y sin parar de gritar «¡Yuju, yuju!» «¡Alegría, alegría!».

Mi padre está sentado en una mesa tomando, como siempre, un café solo. Llego con cara de muy enfadada y después de un beso y un escueto «¡Hola!», saco la foto del bolso y se la pongo delante:

-¿Me puedes explicar qué es esta foto?

Mi padre bene de su taza como queriendo ganar tiempo para responder.

-¿De dónde la has sacado?

-Estaba en casa de María.

-¿Y había más?

-Sí. María tenía una caja con muchas fotos.

-¿Las has visto todas?

-No he tenido tiempo. ¿Qué más hay que ver?

-Maite no murió en el accidente. Mentí porque en aquel momento pensé que era la única forma de que tu madre me perdonara. Después ya no pude rectificar.

-¿Dijiste que Maite estaba muerta para seguir con mamá?

-Aquello fue una estupidez que no sirvió para nada. Tu madre me dejó de todas formas.

-¿Y qué pasó con Maite?

-Se recuperó y nos seguimos viendo.

-¿Durante todos estos años?

-Sí. Nunca nos hemos dejado de ver.

-¿Y quién lo sabía?

-Nadie hasta hace muy poco. Maite estaba casada y yo había dicho que estaba muerta. No era una historia fácil de contar.

-¿Estaba casada?

-Sí, pero su marido murió el año pasado. Maite vive en Barcelona con sus hijos.

-¿Tienes hijos?

-Dos. ¿Seguro que no has visto más foto?

-No he visto nada. ¿De qué fotos me hablas?

-Es que...

-¿Desde cuándo lo sabía María?

-Desde finales del verano pasado. No te lo contó porque le pedí que no lo hiciera. Quería hacerlo yo, pero nunca veía el momento.

-Y si no llego a encontrar esta foto, me quedo sin saberlo.

-Te lo iba a contar después de Navidad, pero al morir María tuve que esperar.

-Y yo pensando que eras un espía en una misión secreta.

-¿Qué?

-Nada, nada.

-Tienes que saber algo más.

-¿Que Maite es una agente antiterrorista?

-¿Cómo?

-Nada, nada. Continúa.

-Uno de los hijos de Maite es mío.

Hay noticias que una nunca está preparada para recibir. La que mi padre me acaba de dar me deja paralizada. En estos momentos deberían salir mis avances de dos años de tratamiento con Lourdes, todos los esfuerzos por conocerme a mí misma, pero no tengo ni idea de lo que siento, no sé qué decir. Hay noticias que no se sabe si son buenas o malas.

Me he marchado de la cafetería indignada y sin despedirme de mi padre, al que he dejado con la palabra en la boca. Regreso a casa caminando y estoy confusa, pero tengo un enorme curiosidad. La necesidad de saber más sobre el hijo de mi padre es el primer pensamiento claro de todos cuantos me pasan por la cabeza. ¿Qué edad tiene ese tío? ¿Se parecerá a mí? ¿Es mi hermano? No. Ése no es mi hermano. ¿Cómo es? A lo mejor también le sobran cuatro o cinco kilos. ¿Conocía a María? ¿Aparecerá en las fotos que hay en la caja? ¿Sabe él que mi padre es su padre? Yo de pequeña siempre quise tener un hermano... ¿Pero qué tonterías dices, Clara? ¿Y mi madre? ¡Joder mi madre cuando se entere! Prometí llamarla después de hablar con mi padre. ¿Llamo a Lourdes o primero llamo a Esther? ¡Verás cuando se lo cuente! ¿Cómo se llamará? A lo mejor se llama Fermín, como mi padre. Pero Fermín es un nombre absurdo. Ya nadie se llama Fermín.

Este sábado tengo doble sesión en el estudio. Tres horas por la mañana fotografiando bodegones de ofertas y una boda por la tarde. Con lo que saque me voy a poner al día de todo. Gracias a este extra y a la ayuda de mi madre voy a superar por el momento el agobio económico y a lo mejor puedo comparle a Mateo la maquinita esa de videojuegos que tienen todos sus amigos.

-¡Mamá, quiero una DS!

-¡Hijo, no tengo ni un duro!

-Mamá, ¿qué es un duro?

La mía es una buena edad, pero para segú qué cosas petenezco a otra generación. Mi hijo no sabe lo que es un duro y maneja Internet mejor que yo. Yo lo utilizo en el trabajo, pero luego no soy capaz de sacarle todo el partido que quisiera. No sé descargarme música, ni películas, y no soporto cuando alguien me dice: «¡Pero, mujer, si es muy fácil!». Esther me cuenta que ella ha tenido algunos rollos con tíos a los que ha conocido en la red, pero yo no estoy todavía familiarizada con esa nueva forma de comunicación. Hay cosas en las que tengo que ponerme al día.

Disfrutar del sexo a través de Internet es una de ellas; disfrutarlo en general es algo que poco a poco voy recuperando. Ya he sido capaz de acostarme con un tío que estaba casado, a las tres horas de conocerle, al que no he vuelto a ver y del que no recuerdo muy bien su car. Todo a la vez. Del nombre sí me acuerdo porque se llamaba Charly, como el perro de una prima mía. Aunque no tenga demasiado bagaje para comparar, lo de aquella noche fue sexo del bueno. Ni con Luisma en nuestro mejor momento recuerdo que me sucediera nada igual.

Mi ex y yo tuvimos alguna época fantástica en la cama en la que llegamos a acoplarnos muy bien. Conocimos el sexo juntos y al otro y nosotros mismos casi a la vez. Aprendimos qué y cómo nos gustaba y a disfrutar dando placer. Íbamos a tiendas eróticas y poco a poco hicimos una colección interesante de aparatos para ambos, juegos con bolitas, esposas y antifaces, nos grabamos en vídeo algunas buenas actuaciones y lo hicimos mientras nos veíamos por la tele. Esto último le gustaba mucho más a él, porque

yo en la tele me veía gordísima. Descubrimos que el cuerpo tiene más sitios que un sitio, que la nata no sólo puede comerse con fresas y que la cama es el mejor lugar únicamente algunas veces.

Yo creía que ya lo había hecho todo, que me había pasado todo, pero no. Después del lío de Miguel estaba dispuesta a conocer a más hombres. El camino había quedado abierto, existía vida después de Luisa y merecía la pena vivirla. El tal Charly me lo confirmó una noche del otoño pasado en un hotel de la Nacional II. Hay estudios que dicen que las mujeres tienen su esplendor sexual entre los treinta y los cuarenta y cinco años. Estoy de acuerdo. Tengo más ganas que nunca y cada vez disfruto más del sexo, incluso sola. Yo tardé bastante en descubrir el sexo en solitario y mucho más en practicarlo y disfrutarlo con normalidad. De eso no hace tanto. Aunque me da vergüenza reconocerlo, tenía más de veinticinco años cuando tuve mi primer orgasmo masturbándome. Nunca lo había logrado porque mientras lo hacía pensaba en cosas poco estimulantes como que mis padres, mis profesores o mis compañeros me estaban viendo. Supongo que cuando me tocaba lo hacía porque tenía ganas, pero como me daba vergüenza, me tocaba como sin querer tocarme. No debía estar sola mientras lo hacía, creo que a mi lado estaba todo mi pudor viendo aquel acto indecoroso y sin querer mirar. Debe de ser por eso que nunca era capaz de tocarme si no era por debajo de las sábanas y me parece que para hacerlo ni tan siquiera abría las piernas. Así no se puede.

Charly y un amigo nos entraron a Esther y a mí una noche después de haber ido las dos a un concierto de fados. Nos regalaron las entradas y decidimos aprovecharlas porque a las dos nos gustaban los fados, o eso creíamos nosotras hasta ese día. Los fados son bonitos, eso es indiscutible, pero de uno en uno y de vez en cuando. Treinta fados seguidos es algo verdaderamente insoportable. Esther y yo salimos del concierto con ansias de oír música estridente y acabamos en una discoteca de moda en la que es fácil encontrarse con muchos famosos.

Esther vio al amigo de tal Charly y con su mirada les invitó a que se acercaran. Después de un rato de conversación las parejas estaban hechas y el plan decidido. Esther se iba a un hotel con el amigo y me animó a que yo hiciera lo mismo con Charly. No sé si todavía estaba aturdida por los fados o es que me vi un poco obligada a no parecer una estrecha, pero el caso es que dije que sí.

Fuimos los cuatro a un hotel en las afueras en el que se alquilan habitaciones por horas. No se me olvidarán los números de las habitaciones, en el primer piso. Esther y su amigo en la 111 y el mío y yo en la 112. La primera media hora en la habitación bebimos

un par de gintonics preparados del minibar y me ocupé de asegurar a Charly que yo no era una chica que se fuera la primera noche con el primero que encuentra. Eso no era propio de mí. No se fuera a pensar que yo era una cualquiera. Charly me escuchaba con poca atención y se le notaba que le daba exactamente igual lo que yo contara. Después de mi charla me explicó que estaba casado, que seguramente no nos volveríamos a ver nunca más después de aquella noche y que lo único que quería era sexo. Tanta sinceridad me liberó y pensé que ya que estaba allí, habría que disfrutarlo.

No hicimos nada que yo no hubiera hecho antes, pero lo que me pasó jamás me había ocurrido. Casi a punto de acabar me puse encima para dominar yo misma el ritmo. El placer era total y tenía la seguridad de que el final sería por fin el que yo esperaba. Después del último año con Luisa y los incompletos encuentros con Miguel había que prolongar el momento para hacerlo más intenso. Charly no se agotaba y había que aprovecharlo. Seguí moviéndome y él me empujaba con sus manos en mis hombros cada vez más adentro. No sé en qué lugar de mi organismo tocó dentro de mí, pero con el orgasmo me desbordé. Literalmente. Había escuchado alguna vez en la tele que eso les sucedía a algunas mujeres, pero no podía imaginarme que yo fuera una de ellas. Me puse roja al sentir todo empapado, pero al momento me dio igual. Creo que Charly se sorprendió tanto como yo, pero se comportó como si eso le ocurriera a cada una de las chicas que estaban con él. Se fue satisfecho, con su orgullo de macho por las nubes y yo me quedé en la habitación a esperar una llamada de Esther, que seguía en la 111. Tengo una buena edad y aunque no domine Internet, sé que nunca es tarde para descubrir quién eres.

Mi padre no ha parado de llamarme desde que nos vimos en la cafetería, pero yo no se lo he cogido. Quiero que se preocupe. Para saber algo más he llamado a mi cuñado Carlos, que, como yo suponía, sí sabía lo del hijo de mi padre. Me ha contado que, a finales del verano pasado, María conoció al chico y a Maite, quien, al quedarse viuda, quiso conocernos a las dos para contarnos que teníamos un hermano. Según Carlos, mi padre tenía miedo a que yo me lo tomara mal y decidió que lo supiera primero María y después contármelo a mí los dos juntos.

El chico tiene veintiocho años y se llama Jaime, como su padre, el que le crió, el que murió sin conocer la verdad. O la mentira, según se mire. En la foto que encontré aparecían mi padre, María y Maite. El que la hizo debió de ser Jaime.

Echo de menos a María. Ahora mismo daría lo que fuera por discutir con ella. Estoy furiosa por no poder hacerlo. No puedo perdonarle que no me contara que mi padre tenía un hijo, que lo conociera y que no lo compartiera conmigo. Si María estuviera viva, ésta hubiera sido la bronca más grande de todas las nuestras. Que se haya muerto no puede ser una excusa para perdonarle que me ocultara una cosa así por mucho que se lo pidiera mi padre.

Ésa es otra, el maldito afán de mi familia de protegerme de todo para no hacerme sufrir. Siempre la pequeña, la que no estaría preparada para afrontar ningún problema. Tenía once años cuando tuve que decirles a mis padres un 5 de enero que no se esforzaran más con lo de los Reyes, que ya lo tenía claro, que ya lo sabía y que no pasaba nada. María también ha jugado toda la vida el papel de hermana protectora que lo sabía todo. Vale que ella hiciera las cosas mejor, que estudiara más, que fuera más delgada y que le saliera de maravilla el negocio de la clínica, pero había veces que se pasaba un poco de lista. Hasta me ha llegado a decir a mí lo que duele un parto. Ella era médico, pero yo he parido y ella no. Mi padre es abuelo gracias a mí, porque su hija mayor, tan ocupada en ser perfecta, no tuvo tiempo de tener hijos. A lo mejor es que los niños te dejan sin ese vientre plano maravilloso y te quitan tiempo para ir todas las tardes a fortalecer los glúteos al gimnasio ese que vale una pasta. Quizá es que limpiar los vómitos del bebé estropea las uñas y no dormir por las noches aumenta las ojeras. Ahora resulta que tenemos un hermano y no me lo cuentan ni ella ni mi padre porque tienen miedo de que me lo tome mal...

-¿Papá?

-¡Hola, hija! ¿Dónde estabas? Te he estado llamando.

-Ya lo sé. Es que no quería cogértelo.

-¡Vaya!

-Quiero que sepas que no voy a perdonarte nunca que no me contaras lo de Jaime...

-¿Ya sabes su nombre?

-Me lo ha dicho Carlos... Y quiero que sepas también que si María estuviera viva, tampoco le perdonaría. A ella todavía menos. Y quiero decir que sois unos...

-Está bien. ¿Puedo hablar?

-Dime.

-Que llevas razón, que siento mucho no habértelo contado antes y no dejar que tu hermana lo hiciera en todos estos meses.

-¡Ésa es otra! Me ha dicho Carlos que María lo sabía desde agosto, pero ¿tú desde cuando sabías que tenías un hijo?

-Hace unos cuatro años. Maite descubrió por casualidad, a través de una pruebas de ADN, que el padre de Jaime no era su marido. Así que tenía que ser yo.

-O no.

-Me aseguré haciéndome las pruebas. Además, en cuanto le veas se te quitarán las dudas. Se parece mucho a ti.

-¿A mí?

-Sí, aunque es pelirrojo.

-¿Tengo un hermano pelirrojo que se parece a mí?

-Sí, ¿qué pasa? Es la genética, que tiene mucha fuerza.

-Que los pelirrojos son gafes.

-¿Pero qué dices?

-Que sí. Yo siempre que veo a uno tengo que cruzar los dedos.

-Pues Maite es pelirroja.

-Pues eso.

-Pues eso, ¿qué?

-Que no quiero tener a estas alturas un hermano pelirrojo y punto.

-¿Ves como no se te puede contar nada?

Mi madre se ha tomado con cierta indiferencia lo del hijo de mi padre. Dice que a ella no le importa nada de lo que haga «ese señor», aunque conociéndola, sé que sólo es apariencia y que por dentro debe de estar hecha una furia. Por la edad de Jaime, es seguro que mis padres estaban juntos cuando mi padre dejó a Maite embarazada. Han pasado muchos años, pero hay cosas que no se perdonan. Además, sé que mi madre no pierde jamás un buen argumento para un reproche por mucho tiempo que haya transcurrido. Lourdes me ha dicho que he frivolidado demasiado la noticia de que tengo un hermano y que será mejor que comience a tomármela en serio. Esther coincide con ella, aunque también le ha hecho gracia eso de que sea pelirrojo. Me ha contado que cuando se ve a un pelirrojo no hay que cruzar los dedos, sino tocarse un botón. Es otra variante de la superstición. Mi amiga me ha recomendado que vaya cuanto antes a conocerlo y sé que tengo que ir, pero de momento no pienso hacerlo.

Estoy cansada de tanto estrés, han sido muchas cosas en pocos meses y me moriría por unas vacaciones. Sé que esta semana que comienza va a ser dura porque la empiezo hecha polvo. La boda del sábado terminó tardísimo porque los novios no empezaron a bailar el vals hasta la una de la mañana. Al final llegué a casa a las tres, y a las ocho tenía que ir a recoger a los niños a casa de los padres de Luisma.

Mi ex no le ha dado demasiada importancia a lo de Jaime. Creo que no me ha prestado mucha atención porque está muy ocupado con su negocio. Al parecer, la tienda de móviles no termina de arrancar y los problemas con su nuevo socio han comenzado a aparecer.

El domingo me lo he pasado en el parque con los niños y para rematar Pablo ha tenido pesadillas y me he tenido que despertar un par de veces por la noche, con lo que luego me cuesta volver a dormirme. Esta mañana no quedaban naranjas para el zumo, está lloviendo, me he dado cuenta de que tengo que depilarme con urgencia y además me he puesto mala. ¿Qué más se le puede pedir a un lunes?

En el programa hay tensión porque se nota que el estreno está muy cerca. Ahora es el momento en el que todo el mundo opina sobre el trabajo de los demás. La cadena que emitirá *Menudo Talento* no está de acuerdo con casi nada de lo que se ha hecho en la productora y hay que hacer bastante cambios. Lo primero que van a quitar es al presentador que estaba pensado porque, según parece, no convence «arriba». No sé si sucederá en otros gremios, pero en la tele se emplea mucho el término «arriba» para hablar de los jefes de manera impersonal y así las decisiones equivocadas no tienen una autoría clara. Además del presentador, «arriba» quieren cambiar el cásting de niños porque dicen que falta un gordito. No puede haber un programa que se precie sin un niño gordito, que emociona más y sube la audiencia.

Roberto y Miguel están trabajando juntos y se llevan de maravilla. Creo que eso me pone nerviosa. Uno como director y otro como realizador están preparando las galas y se pasan el día juntos en el plató. Si cogen mucha confinaza es posible que Miguel le cuente a Roberto que estuvimos liados y como entre en detalles estoy perdida.

Yo me pasaré los próximos días convocando a gente para cerrar definitivamente el equipo. Necesitamos cámaras, algunos redactores, contratar una nueva empresa para el sonido y mozos que hagan un poco de todo. Me gustan los programas cuando se están haciendo. Me sigue impresionando ver a tanta gente trabajando, muchas veces más de cien personas, y que cada una de ellas sepa lo que tiene que hacer. Son éstos a los que los presentadores felicitan cuando recogen un premio con eso de «gracias al maravilloso equipo que hay detrás de las cámaras y que ustedes no ven desde casa». Cuando escuche eso, no se lo crea, porque los presentadores tampoco los ven. Y si los ven, no les dan ninguna importancia. Lo que creen en el fondo es que los importantes de verdad son ellos, los que salen en pantalla. Puede ser aún pero si el presentador de turno añade con tono solemne lo de «sin ellos esto no hubiera sido posible». Si escucha esa frase, desconfíe para siempre de ese tipo.

Hay días que empiezan de buena manera, pero se tuercen a medida que van pasando las horas. Sin embargo, hay otros que como empiezan tan grises, sólo pueden mejorar. Poco antes de comer, Roberto me ha pedido que deje para otro momento la selección de personal y que recupere las fotos de todos los niños gorditos que fueron rechazados en el cásting.

-Si te parece, seleccionas tú los que más te gusten y los repasamos juntos esta tarde para llamar a un par de ellos y hacerles otra prueba.

-Sí, sí, claro.

-Gracias, Clara.

-De nada, Roberto.

-¿Todo bien?

-Sí, sí. Todo bien.

-Vale, pues después de comer nos vemos.

-Fenomenal.

-¿Te parece bien a las cuatro y media?

-Me parece una hora estupenda.

-Pues hasta las cuatro y media, Clara.

-Hasta luego, Roberto.

¿Por qué hoy precisamente no me he arreglado como lo hacía últimamente para venira a trabajar?, ¿por qué he tenido que volver a descuidarme y a coger los cuatros kilos que perdí?, ¿por qué no me depilé en su momento?, ¿por qué tengo tantas ojeras?, ¿por qué razón el tamaño de este grano de mi barbilla ha llegado hoy precisamente a su esplendor? Me he marchado a comera a casa para arreglar el desaguisado y no me ha dado tiempo a comer. No pasa nada, a ver si me desinflo un poco, que tengo la tripa superhinchichada con la regla. Me he pintado y me he puesto la blusa rosa, que, según todo el mundo, me hace muy guapa. Aunque lleve pantalones no me siento bien sin depilar y en el grano no he querido intervenir porque como le meta mano va a ser peor el remedio que la enfermedad. De todas formas, en una hora he logrado mejorar sensiblemente mi aspecto.

De nuevo he vuelto a la productora a toda velocidad y me he puesto a buscar niños gorditos. No sé por qué, pero hay cuatro que me llaman la atención. Selecciono sus fotos, su actividad artística y recupero los vídeos de sus cástings. Son las cuatro y media en punto.

-Hola, Clara, ¿qué tal?

-Hola, Roberto, muy bien.

-¿Tienes eso?

-Sí. He seleccionado los cuatro que más me gustan.

-¡A ver, aver...! Sí. Están bien, pero...

-¿Hay algún problema?

-No, no. Si están bien. Los críos son gorditos. Lo que pasa es que es un poco extraño...

-¿Qué es extraño?

-Que hayas elegido a los cuatro pelirrojos.

-¡Coño, pues es verdad! No me había dado cuenta.

-Yo cuando veo un pelirrojo me toco un botón.

-Yo es que no creo en esas cosas.

-Por si acaso.

Mi cuñado Carlos se ha cogido unas vacaciones en la clínica. Lo ha dejado todo a cargo del gerente y se va a tomar un año sabático. Me ha contado que no está bien y que le resulta insoportable ir cada mañana a la clínica sin María. Me parece que va a empezar por un par de meses en Nueva York y después va a viajar por todo el mundo. Antes de irse me dice que quiere solucionar el papeleo de la casa y que me necesita para ver qué hacemos. No sé a qué se refiere. No entiendo para qué me necesita Carlo a mí y de qué papeleo habla. Hemos quedado el viernes para comer y que me cuente.

Mi hermana y Carlos habían ganado mucho dinero desde que abrieron la clínica hace cuatro años. Ella no hablaba nunca de eso conmigo porque creo que no se sentía bien manejando algunas cifras tan alejadas de mi economía. Hay gente a la que le gusta decir lo mucho que cuesta cada cosa que compran, pero María nunca hablaba de cantidades conmigo porque le daba pudor. Las dos sabíamos que el precio de cualquier mueble auxiliar de su salón era superior al de todos los que había en mi casa, o que lo que cuesta su todoterreno es lo que yo gano en dos años con dos trabajos. Estaba tan claro que no era necesario decirlo.

Carlos ha mejorado algo su aspecto desde la última vez que le vi. Cuando entro en el restaurante ya me está esperando en una mesa del fondo. Se ha vuelto a afeitarse, recuperando el brillo ese tan artificial de su cara rosita, y lleva traje, aunque sin corbata. Nos saludamos con cariño. Aunque dos personas no tengan muchas cosas en común, la pena une mucho y más aún si es por la misma persona. Carlos me cuenta por qué nos hemos encontrado.

-Ya sabes que María murió sin hacer testamento.

-Es normal. Nunca nos esperamos morir a los treinta y ocho años.

-El caso es que como teníamos bienes gananciales, la mitad de todo es de tus padres.

-¿Y eso?

-Eso es lo que dice la ley.

-No tenía ni idea.

-Si una persona muere sin hacer testamento y sin descendencia, los herederos son sus ascendientes.

-¿Sus ascendientes?

-Sus padres, vamos. Y por tanto, los hijos de éstos en el caso de haberlos. Es decir, tú.

-Claro, claro.

-Yo no quiero nada que no sea mío, pero me gustaría venderlo todo lo antes posible para marcharme y si no llego a un acuerdo con tus padres, no puedo hacerlo.

-No creo que te pongan problemas.

-Ya, pero prefiero que se lo expliques tú. Por eso te he llamado.

-Claro, no te preocupes. Y perdona que te pregunte, ¿de qué herencia estamos hablando...? Por hacerme una idea, más o menos.

-Pues... el chalet, un apartamento en la playa en el que invertimos, la clínica y dos plazas de garaje que están alquiladas.

-¿Y eso cuánto es?

-No sé. Ahora no es un buen momento para vender, pero calcula que unos tres millones de euros, menos dos aproximadamente que habrá de hipotecas y lo de hacienda... Más o menos unos cuatrocientos mil euros para cada parte.

Creo que uno de mis problemas ha sido siempre mi tendencia a simplificarlo todo. Para que todo encaje, en el mundo existen dos tipos de personas, las buenas y las malas. O se es de una manera o de otra, no hay términos medio. Las primeras tienen buenos sentimientos y las malas no pueden tenerlos. En mi mente, que quiere simplificarlo todo, las personas estamos mal o bien; nos sentimos tristes o alegres. Así no hay dudas, que las dudas dan mucho miedo. Ese planteamiento es un error porque en la vida nada encaja nunca, es mentira. Nada natural tiene una forma concreta, no es de una única manera y mucho menos para siempre. Las personas somos complejas y no es posible hacer

sencillo el lío en el que se ha convertido mi vida en los últimos meses. No pienso hacerlo porque yo no soy ni buena ni mala; ni estoy triste ni alegre y algunas veces no tengo buenos sentimientos. Tengo treinta y cinco años y un hermano nuevo que no quiero que exista, pero me muero por conocerle; soy una mujer adulta que se ha quedado colgada como una adolescente de un tío con el que no tengo ninguna posibilidad; todos los días me levanto con pena y todos los días hay algún momento en el que soy feliz; daría todo lo que tengo por poder besar una vez más a María, pero su muerte puede darme más de lo que nunca tendría. La única simplificación que me sirve ahora es que las personas están vivas o muertas.

Mateo tiene piojos y Pablo varicela. Ninguna de las dos cosas es grave, pero sí muy incómodas para ellos y para mí. Ninguno de los dos está yendo al cole y aunque está Sornitsa, cuando los niños se quedan en casa nunca me siento bien. Pablo ha pasado de cuarenta de fiebre tres o cuatro veces y no ha bajado de treinta y ocho en cinco días. Ya que el pequeño se tiene que quedar en casa, voy a aprovechar para dejar también a Mateo y despoblar su cabeza sin que al niño le dé vergüenza. No tanto por tener piojos, sino por el olor a vinagre que desprende todo el día. A mí me los quitaban con vinagre y así lo hago yo con Mateo, que no me fío de la eficacia de los productos nuevos que venden en las farmacias y que huelen tan bien.

Si los niños están en el colegio, yo me siento liberada, pero cuando están en casa y no estoy con ellos tengo cargo de conciencia. Es el chip que no termino de quitarme de la cabeza y en eso también me gustaría parecerme a un hombre. La conciencia en los hombres está mucho más avanzada que la nuestra para dos cosas fundamentalmente: el sexo y la paternidad. Hasta que las mujeres no lleguemos al nivel de liberación que tienen ellos en esas dos cuestiones, el feminismo será un término vacío de contenido. No vale pensar, hay que sentir. No es suficiente saber que no eres una mala madre por no estar con tu hijo cuando tiene varicela, sino no sentirte mal por no hacerlo; no es suficiente con comprender que no se necesitan nada más que ganas para acostarte con un tipo, sino ser capaz de utilizarlas para tu placer. Las mujeres, cuando nos vamos a la cama con alguien, por muy liberadas que nos creamos, decimos cosas tan ridículas como: «¡Lo de ayer con ese chico fue mágico!». ¿Qué es eso de mágico? Lo de ayer con ese chico fue un polvazo, asúmelo y sé feliz. ¡Qué mágico ni mágico!

Con los dos niños en casa y yo todo el día en la productora con el estreno del programa, Sornitsa ha echado esta semana más horas de las deseables y lleva tres noches quedándose a dormir. Luisma me ha dicho que ahora él no puede ayudarme, que anda

metido en muchos líos y que no está para niños. Mi madre echa una mano, pero ya no está para muchos troles, así que mi asistenta búlgara es la que se está currando la convalecencia de los niños en casa y la casa entera. Sornitsa, al margen del exceso de erres y la ausencia casi siempre de artículos, tiene más particularidades en la utilización del castellano. Una de ellas es que confunde los refranes y la otra es que no comprende la contundencia de algunas frases o palabras sacadas de contexto.

-Hola, Sornitsa, ¿qué tal el día?

-¡Estoy hasta el coñejo, señorra!

El programa me quita mucho tiempo, pero estamos contentos porque la audiencia del estreno ha ido fenomenal. En la tele depende todo de la audiencia y si es mala el ambiente de trabajo es bastante irrespirable. No ha sido el caso porque la de *Menudo Talento* ha superado la media de la cadena y todos estamos felices, sobre todo «arriba». Quiero compartir mi alegría con Sornitsa, que ayer se quedó en casa a acostar a los niños y después se mantuvo despierta hasta las dos de la mañana para ver el final del programa. Además, me dijo que le gustó mucho: «¡¡Sobre todo, niño gordo de pelo narranja!!».

He quedado con mis padres para contarles mi conversación con Carlos, aunque ellos no saben de qué se trata. No era fácil encontrar un sitio para reunirnos. Yo sólo puedo en fin de semana y en casa estarán los niños; a mi padre le da igual, pero mi madre dice que en su casa no tiene por qué entrar «ese señor» y que en la de «ese señor» no tiene por qué entrar ella. Un sitio público tampoco es buena idea porque sé que los tres acabaremos llorando y no me apetece hacerlo delante de más gente. Así que le he pedido a Esther la llave de su casa y allí he quedado con ellos. A mi amiga le he puesto en bandeja la bromita de «las amigas dejan las casas para acostarse con alguien, no para quedar con sus padres». A pesar de lo obvio del chiste no podía evitar decirlo, que para eso es guionista de humor. Después me ha abrazado fuerte para animarme y con un beso me ha deseado suerte antes de marcharse de su casa y dejarme allí esperando a mis padres.

Los dos suben juntos porque se han encontrado en el ascensor. Mi madre me besa dejando claro que está de mi parte y mi padre lo hace un poco a la defensiva. No quiero que nada contamine la conversación, así que dejo claras las cosas desde el principio, antes de que se sienten: «He quedado con vosotros para hablar de María. Ni de Maite, ni de su hijo, ni de todo eso que ya solucionaremos en otro momento».

No hace falta que insista porque nada más comenzar a hablar de mi hermana el dolor les iguala tanto que es imposible que se reprochen nada. Heredar de un hijo es antinatural, es la última cosa que querrías hacer en la vida. Les cuento lo bien que les iba económicamente a María y Carlos, les enumero sus propiedades y les digo que por ley les corresponde la mitad de todo. Lloran con mucha pena, y todavía más orgullo, por todo lo que había logrado su hija mayor. Yo, que muchas veces no elijo la ocasión oportuna para dar rienda suelta a mis sentimientos, empiezo a ponerme celosa. No es el momento adecuado y mis celos son injustos, pero no los puedo evitar. El éxito de mi hermana, tan evidente y cuantificado en esas cifras abrumadoras, me hace sentir muy pequeña. Intento explicarles que la intención de Carlos es venderlo todo para poder marcharse, pero no atienden a lo que les digo. Sólo hablan de María.

-¡Cuánto valía mi niña!

-¡Siempre se van los mejores!

No puedo reconducir la conversación para que me digan si piensan vender o no, y yo decírselo a Carlos. Me estoy poniendo nerviosa con tanto llanto. Hace un momento mis padres ni se hablaban y ahora están cogidos de la mano recordando que María aprobó Medicina a curso por año. Creo que si en este momento saliera del salón ni se darían cuenta.

-Bueno, ¿qué?, ¿qué vai a hacer?, que yo tengo que irme a casa que me están esperando los niños.

-No sé, hija – dice mi madre secándose las lágrimas.

-Pues habrá que decidirlo y dejarse de tanto llorar.

-No hables así a tu madre – interviene mi padre.

-Tú, mejor cállate, que a ti ya te vale esparciendo niños por el mundo.

-Clara, hija, ¿qué te pasa? – pregunta mi madre.

-¿A mí qué me va a pasar?, ¿qué insinúas?

-Nada, nada, cariño. Estábamos hablando tranquilamente de tu hermana y come te has puesto así...

-¿Así cómo? ¿Estás diciendo que estoy loca?

-Nosotros mejor nos vamos – dice mi padre cogiendo de la mano a mi madre camino de la puerta.

-Eso, mejor nos vamos y ya hablaremos – se despide mi madre.

Cuando por la tarde Esther abrió la puerta de su casa, yo seguía llorando en su sofá, reprochándome ser una persona horrible.

2.2.

LA TRADUCCIÓN AL ITALIANO

Mi sa che arriverò tardi. Come sempre. Devo andare alla camera mortuaria e non so cosa mettermi, non ho idea dell'abbigliamento più appropriato per andare in un luogo del genere. Mi piacerebbe chiamare mia sorella per sentire cosa si metterà lei. Non è la prima volta che ci presentiamo in un posto vestite allo stesso modo. Inoltre, così posso chiederle se preferisce che vada a prenderla o se ci vediamo direttamente là.

Non so mai come comportarmi quando ci sono di mezzo i morti. Mi riferisco a quando devo andare in una camera mortuaria, a un funerale o a una sepoltura. Non so di cosa parlare con la gente, mi sembra che qualsiasi conversazione sia inappropriata; non so se bisogna mostrarsi addolorati o tantomeno se va bene esagerare, soprattutto se il morto non è una persona vicina. Di sicuro mi succede questo perché non è mai morto nessuno a cui volevo veramente bene. Inoltre, mi blocco sempre quando devo fare le condoglianze, non sono in grado di imparare nessuna delle frasi fatte, come «vi sono vicino nel dolore», «profondamente addolorato», «non siamo nessuno» o «così è la vita». Mi innervosisco e m'incasino. Al funerale di mio zio Vicente feci le condoglianze a mia zia dicendole: «Mi dispiace per il tuo dolore, perché la vita non è di nessuno». Mia sorella, che era dietro di me, scoppiò a ridere contagiandomi quasi subito e non riuscimmo a smettere fino a che misero il povero zio Vicente nel loculo. La risata incontrollata, oltre ad essere proibita, deve essere condivisa. Devono esserci almeno due complici per contagiarsi e in questo mia sorella e io siamo delle specialiste. Abbiamo sempre condiviso la risata perché ci piacciono le stesse cose. Non c'è bisogno di parlare o spiegare qualcosa. Se siamo insieme e c'è qualcosa che fa ridere una delle due, è sicuro che all'altra sta succedendo la stessa cosa. Dentro di noi abbiamo lo stesso impulso che fa scattare l'interruttore della

risata per le stesse cose e allo stesso tempo. La risata è la principale cosa in comune che ho con mia sorella. La sua risata è la mia.

Credo che la cosa migliore sia vestirsi di nero perché come sono vestita adesso non mi sento a mio agio. Non ho voglia di niente e mia sorella non risponde.

Mi chiamo Clara e ho trentacinque anni. Mia sorella Maria ha tre anni più di me, è più alta di me, più magra di me e dicono che sia più bella di me. Le prime tre cose sono indiscutibili, mentre l'ultima può non essere così evidente. La verità è che ci assomigliamo abbastanza e se non fosse che lei è più alta di dieci centimetri, molta gente penserebbe che siamo gemelle. È comunque irrilevante, perché tutta la famiglia in generale, e mia madre in particolare, circa trent'anni fa decise che la bella tra le due sorelle era lei e così sarà a vita.

Ovviamente questa non fu neanche lontanamente l'unica decisione della mia famiglia. Decisero anche che io ero più nervosa, lei più intelligente, io più scialba e lei quella che aveva i capelli più belli. In questa divisione dei ruoli, Maria ottenne senza dubbio la parte migliore, tranne per il fatto che sembra che io abbia un miglior senso del ritmo rispetto a lei. Il ballo era l'unica attività in cui la superavo. L'insegnante di danza classica lo disse chiaramente a mia madre quando eravamo piccole, anche se lei rispose: «Peccato sia così grassottella, perché per quanto balli bene, non spicca». È vero che ho sempre avuto tre o quattro chili in più, a volte anche cinque o sei. Cosa ci vuoi fare.

Sono divorziata da due anni da Luisma, il mio ragazzo di tutta la vita e padre dei miei due figli, Mateo e Pablo, le due persone che amo di più al mondo. Poi c'è mia sorella, poi mia madre e mio padre e poi Luisma. Non posso fare a meno di ordinarli dal più al meno importante. Nella mia testa faccio liste dei dischi, dei film o delle città da quelli che mi piacciono di più a quelli che mi piacciono di meno. È una mania. Un'altra. Anche le persone che amo hanno il loro ordine d'importanza.

È venuta un sacco di gente di dove lavoro, il mio capo, i colleghi. Non manca nessuno.

Lavoro in una produzione televisiva, che, per chi non lo sa, è un'impresa in cui si fanno programmi e serie per varie emittenti. Io lavoro nel centro di produzione, in cui a volte sono capo, altre sono assistente, altre segretaria, altre contabile e a volte persino corriere o sarta. Sono una delle più anziane nell'azienda, anche se sono sicura che i proprietari della produzione non sanno nemmeno come mi chiamo. Non ho un orario fisso, però non me ne vado quasi mai prima delle sei. Qualche sera, quando i bambini sono dal padre, lavoro in uno studio di fotografia dove immortalavo quasi sempre cibi per i

cartelloni delle offerte dei grandi magazzini. Se andate in un ipermercato e vedete un cartellone con dei gamberi fotografati dove c'è scritto «gamberi a sette euro il chilo», è molto probabile che quella foto l'abbia fatta io. Attraverso la fotografia faccio uscire il mio lato creativo, anche se non ho ancora avuto molta fortuna con gli incarichi che mi assegna lo studio. Qualche sabato faccio anche servizi fotografici di nozze. Mi occupo delle foto della chiesa, del pranzo e anche delle foto che si fanno dopo la chiesa e prima del pranzo: le foto nel parco. Quelle foto ridicole che la coppia si fa tra gli alberi e le erbacce guardando verso l'infinito con le mani intrecciate. Fotografare i fidanzati mi procura soldi extra e tante risate con mia sorella. Maria tempo fa pensò di tenere le foto più ridicole che scartavo dai miei servizi e ogni volta che le porto una nuova consegna per la sua collezione ci assicuriamo due ore di risate compulsive.

Tra la produzione, le foto e i bambini non ho tempo per niente. Meno male che c'è Sornitsa, la mia domestica bulgara, che ognuno di noi chiama in maniera diversa. Io cerco di pronunciare bene il suo nome, però mi esce un suono strano. Mia madre la chiama Soraya, i bambini la chiamano Sorrita e mio padre Sarcosí. Se non fosse per lei, la mia vita sarebbe molto peggio e qualche volta mi vien voglia di metterla al primo posto nella lista delle persone a cui voglio bene. Nonostante il suo aiuto, passo tutto il giorno a correre e arrivo sempre tardi da tutte le parti.

Dopo essermi separata da Luisma, ho passato dei brutti momenti, però nell'ultimo anno sono un po' più disinibita con gli uomini. È normale dopo tanto tempo con la stessa persona. Avevo quindici anni quando l'ho conosciuto, un anno dopo abbiamo cominciato a uscire ufficialmente e dieci anni dopo ci siamo sposati. Dopo tanti anni ci siamo separati dando la colpa alla monotonia. Una scusa come tante altre, perché la monotonia ci ha accompagnati dal primo giorno, anche se ci abbiamo messo quasi vent'anni a riconoscerlo. Questo tipo di conclusioni le devo in gran parte a Lourdes, la mia psicologa, che vedo da due anni e che mi è di grande aiuto. Le volte in cui la capisco, ovviamente. Perché a volte faccio molta fatica a capire quello che vuole dirmi. Ad ogni modo, sono migliorata e negli ultimi mesi, suppongo anche grazie a lei, sono quasi sempre contenta. Perché no? Ho due figli meravigliosi, un lavoro come chiunque altro, dei soldi extra con le foto, un ex marito con le sue cose, una madre con le sue, una domestica con un nome particolare, quattro chili in più e mia sorella Maria, che amo con tutto il cuore. Ho bisogno che mi risponda.

-Datele un po' d'acqua così si riprende.

-Poverina, è a pezzi.

- È svenuta all'improvviso.
- Dev'essere terribile perdere una sorella.
- E così giovane.
- E in questo periodo.
- Nessun anno nuovo sarà felice per lei.
- E poi erano così unite.
- Guarda, sembra che si stia riprendendo.
- Sollevala e fatela sedere qui.
- Ora si riprende.

Ripresi conoscenza ed ero ancora nella camera mortuaria vestita a festa vicino alla bara di mia sorella Maria.

Ho le calze rotte e ho ancora questa assurda camicia impreziosita di lustrini che si sta scucendo. I lustrini minuscoli che sembrano polverina si staccano dal tessuto uno ad uno, cadono al minimo movimento: qualcuno a terra, la maggior parte sulla mia gonna stropicciata, altri s'incollano alle calze, sempre più logore, e altri sul velluto nero delle scarpe.

Maria e io avevamo deciso di vestirci uguali per festeggiare il Capodanno. Siamo andate a fare shopping la scorsa settimana per scegliere qualcosa alla moda ed entrambe abbiamo scelto la stessa camicia, la stessa gonna e le stesse scarpe. Abbiamo sempre avuto gusti simili, soprattutto nel vestire, ma anche nel cibo e persino con i ragazzi, nonostante la diversità dei nostri fidanzati. Abbiamo deciso di comprarci la stessa cosa, come tante altre volte quando eravamo piccole. L'unica differenza era, come sempre, la taglia: lei la 42 e io la 46. A me hanno dovuto accorciare un po' la gonna in negozio. Maria non doveva mai farsi sistemare i vestiti, solo qualche volta doveva stringere un po' la cintura. Quando da ragazze andavamo a fare shopping e uscivamo dal camerino con gli stessi jeans, un semplice sguardo di mia madre lasciava intendere chiaramente le differenze tra il corpo di Maria e il mio. Lei la guardava con orgoglio e me con la coda dell'occhio, come se non volesse guardarmi. Poi mi consolava dicendo cose del tipo: «Non preoccuparti, cara, anche tu sei molto carina di viso».

Non sarebbe successo niente se eravamo vestite uguali, perché questo Capodanno non ci saremmo viste. Io avrei cenato a casa mia con i miei genitori, Mateo e Pablo, Maria avrebbe cenato a casa sua con la famiglia di Carlos, suo marito. Ho parlato con lei alle undici e mezza per farle gli auguri di buon anno nuovo, poiché dopo mezzanotte le linee sono intasate ed è impossibile comunicare. Non è stato niente di speciale. Maria ha parlato con i bambini, io ho mandato un bacio a Carlos e prima di riagganciare mi ha salutato dicendomi «domani parliamo». Niente di più, niente di importante. La morte non ha dato a Maria nessun segno della sua presenza, non ci ha dato il tempo di dirci addio. Mezz'ora dopo era morta.

I medici hanno detto che è stato un arresto cardiaco. Niente di più. Ci hanno anche detto che la morte improvvisa è più frequente di quanto non sembri. Tra qualche giorno ci invieranno il rapporto completo dell'autopsia, ma non c'è niente di strano nella morte di Maria. Pare che sia svenuta subito dopo aver brindato all'anno nuovo. Aveva ancora il bicchiere di champagne in mano. Il giudice ha autorizzato la sepoltura e non appena arriva il carro funebre andremo al cimitero.

Non ho potuto né voluto cambiare vestiti in questi due giorni. La mia camicia continua a disfarsi e i vestiti di Maria sono dentro una borsa che mi hanno consegnato all'ospedale di cui non riesco a liberarmi. La stessa camicia con i lustrini, la stessa gonna nera e le stesse scarpe di velluto sono dentro questa borsa di plastica che tengo stretta con le mie mani sudaticce. I lustrini non smettono di staccarsi dalla mia camicia. Anch'io mi sto consumando.

Pablo è raggianti mentre salta sul divano con il costume da Spiderman, ma Mateo sa che è successo qualcosa. Uno dei regali che i Re Magi¹ gli hanno portato, è un paio di pattini neri con un'unica fila di ruote, come quelli dei grandi. Dato che sua zia Maria gli aveva promesso d'insegnarli a pattinare, i pattini sono stati i primi ad essere segnati sulla lettera per i Re Magi. Quando questa mattina si è alzato, svogliatamente ha tirato fuori dallo scatolone i vari giocattoli, ma non si è avvicinato ai pattini. Non ancora chiesto della zia Maria.

Mia sorella non aveva figli. È sempre stata troppo occupata per averli. Gli studi di medicina, poi il tirocinio, la specializzazione in traumatologia, fino a ottenere il posto fisso per poi aprire una propria clinica privata. Maria ha sempre fatto tutto al meglio e secondo un ordine. Persino quando si è sposata l'ha fatto con la persona giusta e al momento giusto. Carlos è un traumatologo, come lei, gran lavoratore e molto elegante, secondo mia madre. Porta sempre la cravatta ed è sempre ben pettinato e sbarbato con così tanta cura che il viso splende in maniera artificiale. È grassottello e zoppica un po', però non mi ricordo da che parte. Secondo me ogni volta zoppica da un lato diverso, anche se molto probabilmente sono io che non ci ho prestato molta attenzione. Luisma e lui non sono mai andati d'accordo. Da quando si sono conosciuti, Carlos si rivolge al mio ex chiamandolo Luis Mariano, un nome che Luisma non sopporta. Luisma si vergogna

¹ In Spagna, la tradizione vuole che il 6 gennaio siano i Re Magi (los Reyes) a portare i doni ai bambini.

del suo nome e accetta volentieri che la gente pensi che si chiami Luis Manuel, come quasi tutti i Luisma.

Ai bambini piaceva molto andare a casa della zia Maria. Nel suo quartiere di villette ci sono la piscina, i giardini, un parco con le altalene e un piccolo campo da calcio. Era qui che mia sorella avrebbe dovuto insegnare a Mateo a pattinare. Dentro la villetta tutto è automatico, persino le tende si aprono e si chiudono con un comando a distanza. Ogni volta che andiamo a trovarli c'è un aggeggio nuovo: l'ultimo modello di cellulare, un computer più piccolo o una caffettiera di design. Inoltre, ci sono un sacco di televisori, uno in ogni stanza, appesi alle pareti, mentre a casa nostra c'è una sola televisione in salotto e per aprire le tende bisogna avvicinarsi e spostarle con la mano. Non c'è paragone.

Quando Maria e io eravamo piccole vivevamo nella peggior zona di un bel quartiere. Un quartiere della classe medio-alta che aveva dei blocchi di condomini della classe medio-bassa. In questi ultimi c'era casa nostra. A noi andava un po' meglio rispetto alle altre famiglie che vivevano vicino e un po' peggio rispetto a quelle che vivevano duecento metri più in là, in appartamenti più nuovi e alcuni persino con la piscina. Secondo il mio punto di vista, vivevamo da ricchi per essere alla fine degli anni settanta o all'inizio degli anni ottanta. Per quanto possa ricordare, ho avuto un'infanzia felice. I miei genitori si separarono quando avevo cinque anni, un evento che non mi provocò nessun trauma. A dirla tutta, mi sembrava qualcosa di completamente normale, nonostante in quegli anni, la fine degli anni settanta, i matrimoni non terminassero tanto di frequente. Maria e io abbiamo vissuto con mia madre; mio padre veniva a trovarci tutte le sere. I venerdì, quando uscivamo da scuola, Maria e io andavamo con mio padre a casa dei nonni e dormivamo lì fino alla domenica. I miei genitori andavano talmente d'accordo che nessuno capiva il motivo della loro separazione. Maria e io l'abbiamo scoperto dopo molti anni.

Dalla morte di mia sorella, Luisma si è occupato in tutto e per tutto dei bambini, che erano in vacanza per le feste natalizie. Io sono troppo stanca per stare con loro, perciò il mio ex è rimasto in casa tutti questi giorni. Questa sera, come ogni 6 di gennaio, verranno i miei genitori per vedere cosa hanno portato i Re Magi ai loro due nipoti. Non li vedo dal funerale e temo che sarà dura da superare, anche per i bambini.

-I nonni!- grida Pablo con entusiasmo non appena sente il campanello della porta.

Corre per il corridoio e apre contentissimo.

-Nonni, sono venuti i Re Magi!

Mia madre sembra composta, ma la tristezza ha trasformato l'espressione di mio padre. Quando ci vediamo ci abbracciamo senza dire nulla. Mio padre non vuole guardarmi negli occhi perché sa che se lo farà non sarà in grado di trattenere le lacrime. Mia madre mi dà un bacio sulla guancia. Penso che faccia uno sforzo enorme per muoversi e d'ora in poi dovrà fare uno sforzo ancora più grande per vivere.

Mateo sta guardando i cartoni animati alla TV, gli piace la Pantera Rosa e quasi non si accorge che sono arrivati i nonni. Luisa continua a fare il possibile perché i bambini non notino nulla. Pablo non la smette.

-Nonni, sono Spiderman e posso arrampicarmi su per i muri.

-Certo tesoro- dice mio padre con la voce rotta.

-Mateo, hai lasciato il torrione ai Re Magi?- gli domanda mia madre.

-I Re Magi non esistono! Non esistono!- grida Mateo in maniera isterica prima di cominciare a piangere rabbiosamente, nascondendo la faccia in un cuscino.

I miei genitori e io ci sediamo vicino a lui sul divano. Luisa prende Pablo.

-Cosa succede, amore?- gli chiedo.

-La zia Maria è morta- risponde senza togliere il cuscino dalla faccia.

Mio padre ha gli occhi lucidi. Io non so che dire. Mia madre si decide.

-Sì tesoro, la zia è andata in cielo.

-Ed è ovvio che esistono i Re Magi!- la interrompo -Che sciocchezza è questa? Non vedi che sono passati?

Sono vani i miei tentativi di far recuperare a Mateo un po' di quell'innocenza che ha perso nell'ultima settimana, però riesco a farlo smettere di piangere. Non c'è totale silenzio perché la Pantera Rosa continua a farsi i fatti suoi in TV. È piacevole questa musicchetta.

-Mamma, perché la zia è morta?

-Non lo so, caro.

Mio padre si riprende. -Le persone buone, quando muoiono, vanno in cielo, là si sta a meraviglia.

-Tu ci sei stato?- chiede Mateo, che sembra esser ritornato un bambino di sette anni.

Passiamo la serata in tranquillità. Mateo si è sentito meglio un po' alla volta, mio padre è riuscito a ridere giocando con Pablo, Luisa ha comprato un ciambellone nel

negozio qui sotto e mia madre ha cominciato a criticare il disordine che c'è in casa. Tutti abbiamo bisogno di un pizzico di normalità per dimenticare il dolore, il dolore per l'assenza di Maria. Desidero tornare a lavorare, che i bambini tornino a scuola, che ritorni Sornitsa dalla sue vacanze natalizie in Bulgaria e chiedere una seduta con Lourdes.

Mentre i miei genitori si stanno mettendo il cappotto per andarsene, ci accorgiamo che Pablo si è addormentato sul divano con il dito in bocca, ancora vestito da Spiderman. Alla fine Mateo si avvicina ai pattini e li tira fuori dallo scatolone.

-Guarda nonno. Con una sola fila, come quelli dei grandi.

-Che belli!

-Mi insegni tu a pattinare?

-Certo, tesoro. Ti insegno.

La mia migliore amica da quando mi sono separata da Luisma è Esther. Quando ero sposata non avevo delle buone amiche. Per questo non potevo raccontare a nessuno quanto male stesse andando la mia relazione con lui. Tranne Maria, ma nemmeno con lei mi piaceva approfondire i miei problemi, perché, a raccontarli, mi sentivo un po' inferiore. Siccome a lei andava tutto bene con Carlos... Inoltre, Maria era mia sorella e non conta. Stessa cosa per Lourdes, per quanto io molte volte cerchi d'impegnarmi, la mia psicologa non può essere mia amica.

Esther lavora nella produzione come coordinatrice di sceneggiatura, una specie di capo degli autori. Il nostro rapporto di lavoro, senza considerare che siamo sedute una di fronte all'altra, è dovuto al fatto che Esther è la persona incaricata di trasmettere al centro di produzione, dove io lavoro, tutto il necessario che serve per realizzare ogni programma o puntata delle serie e noi cerchiamo di capire se rientra nel budget.

Per esempio, se gli sceneggiatori decidono che i due protagonisti della serie di adolescenti, che stiamo producendo per Telecinco, fuggono dalle loro case per una settimana perché sognano di visitare la Nuova Zelanda con lo zaino in spalla, noi della produzione dobbiamo dire di no, di riguardare il copione e che la fuga potrebbe essere a Salamanca, un posto più noto al pubblico a cui ci rivolgiamo.

Desideravo ritornare a lavorare. Non ho potuto godermi i tre giorni di ferie che mi spettano a causa della morte di mia sorella. Sono diritti che abbiamo. Che paradosso. È normale vedere le vacanze come qualcosa di positivo e non come qualcosa che ti fotte e t'incasina. La prima settimana tutti in produzione erano preoccupati per me. Nei primi giorni sarò stata invitata a prendere un caffè alla macchinetta più di dieci volte, e ovviamente hanno provocato una rivoluzione nel mio intestino. Il discorso delle fibre nello yogurt è uno scherzo in confronto al caffè della macchinetta. Ogni minuto dovevo precipitarmi in bagno, correndo per il corridoio, e le colleghe interpretavano questa corsa a modo loro.

-Poverina! Non vuole che la vediamo piangere.

Il mio capo ha deciso che farò parte della squadra che andrà a Siviglia la settimana prossima, per fare un casting a dei bambini artisti di tutta l'Andalusia, per un nuovo programma.

Il mio capo si chiama Carmen ed è una brava persona. Se non fosse il mio capo, penso che sarebbe la mia seconda migliore amica, dopo Esther. Carmen vuole che coordini il viaggio in Andalusia, gli hotel, i treni, le riunioni con i bambini artisti e le madri, le auto di produzione, ecc. «Così ti riprendi un po' e tieni la mente occupata con altre cose», mi ha detto.

Non mi piace viaggiare per lavoro perché, fuori dalla produzione, non so bene come comportarmi con i colleghi. Non mi rilasso mai. Voglio sempre sembrare simpatica e coinvolta e passo tutto il giorno con un sorriso stampato in faccia che mi logora. Lourdes, durante le sedute, mi dice sempre che questo bisogno di piacere alle persone è segno di poca fiducia in me stessa. Mi dice che dovrei essere più sgradevole. Ha ragione. Lourdes ha sempre ragione.

Se coordinare il casting dei bambini cantanti non mi va per niente, coordinare i miei suoceri, i miei genitori, Luisa e Sornitsa per far sì che si occupino dei bambini, mi provoca una stanchezza incredibile. Gli orari di Mateo e Pablo sono molto complicati perché uno va alla scuola elementare e l'altro ancora alla scuola materna; non entrano e non escono alla stessa ora, e per esser sicuri che durante la settimana non gli manchi nulla, suo padre ha iscritto Mateo a calcio i lunedì e i mercoledì, e Pablo a nuoto i martedì e i giovedì. Poi la doccia, i compiti, le cene... Sono l'unica che si ricorda tutto a memoria. Se io sono via, può capitare che Pablo finisca a giocare a calcio, che si passi a prendere Mateo un'ora dopo e che entrambi perdano l'autobus per la scuola il giorno dopo. Inoltre, Sornitsa è tornata un po' strana dalle sue vacanze in Bulgaria perché ha avuto un'altra crisi col marito. Suo «marrito», come dice lei. Quando Sornitsa litiga con suo «marrito» si distrae e, fino a che non le passa, mi brucia un paio di camice con il ferro da stiro e rovina i vestiti dei bambini mescolando i colorati con i bianchi. Motiva sempre le sue crisi matrimoniali dicendo che suo marito è infedele, anche se non ha nessuna prova. In ogni caso, lei è «sicura» che il suo uomo abbia un paio di amanti.

La distrazione di Sornitsa non fa di questo momento uno dei migliori per sparire di casa una settimana intera. Inoltre, Mateo è ancora molto sensibile per la questione di mia sorella. Ha gli incubi quasi tutte le notti e viene a dormire nel mio letto. Un po' alla volta migliorerà, ma è ancora presto per lui. È presto per tutti.

Questa mattina sono arrivata alla stazione Atocha molto presto. Il treno ad alta velocità che ci porterà a Siviglia parte alle undici e io sono qui dalle nove e mezza. Arrivo sempre in ritardo da tutte le parti, ma questa mattina Sornitsa ha portato i bambini a scuola e con la metro sono arrivata qui in un attimo. Chiamo mia madre per ripassare gli orari dei bambini.

-Pronto?

-Mamma?

-Dimmi Clara.

-Ciao mamma, sono Clara.

-Lo so che sei Clara. Te l'ho appena detto.

-È vero.

-Eh, allora?

-Tutto chiaro con i bambini?

-Sì, Clara.

-Oggi pomeriggio Mateo ha calcio e Pablo finisce alle sei... Be', non preoccuparti di Pablo, che lo va a prendere Luisma... Be', nemmeno di Mateo, che lo va a prendere Sornitsa... Be', mi raccomando, che mangino bene, ok?

-Sì, Clara.

-Be', volevo essere sicura.

-Ok cara.

-E tu come stai?

-Bene, tiro avanti. Ogni tanto mi viene da piangere e non riesco a smettere.

-Devi uscire di più. Potresti andare dalla parrucchiera e rifarti la tinta, l'altro giorno avevi la ricrescita bianca.

-Va bene, ci andrò.

-Vacci oggi, voglio che i bambini ti vedano bella.

-Va bene, oggi vado. A che ora parte il treno?

-Alle undici.

-Fai attenzione.

-Ciao mamma.

-Ciao Clara. E non mangiare tanti dolci che ti vanno a finire tutti sul culo.

-Cavolo mamma.

-È che anch'io voglio che i bambini ti vedano bella.

Fino a che non salgo sul treno non mi rendo conto che a questo viaggio partecipa anche Esther come responsabile di sceneggiatura. L'ha deciso Carmen all'ultimo minuto e ieri le hanno fatto il biglietto. So che a lei non va per niente, perché doveva scrivere la sceneggiatura di un nuovo programma di sketch e il fatto di essere qui a sopportare bambine che cantano canzoni popolari la rende abbastanza nervosa. Esther è una sceneggiatrice comica. Tutti gli sceneggiatori che conosco si considerano sceneggiatori comici, anche se la maggior parte hanno una comicità abbastanza limitata. Poi vanno a finire in concorsi o nei programmi pomeridiani, che non è male, però non è la stessa cosa. Invece Esther ha veramente una grande comicità. A me fa ridere. Più che lei, mi fa ridere quello che scrive. Dice sempre che le piacerebbe scrivere un romanzo e io sono sicura che un giorno ci riuscirà. La buona notizia di questo viaggio a Siviglia è che ci sia Esther, ma nel ristorante del treno scopro che c'è anche una cattiva notizia, come nelle barzellette.

La cattiva notizia si chiama Miguel, è un produttore ed è tornato a lavorare nella mia produzione. In parole povere, l'hanno chiamato per questo programma, nel quale io coordino la produzione. Miguel e io abbiamo avuto una storia poco dopo che mi sono lasciata con Luisma.

Non so come definire quella relazione con Miguel, forse «avventura» è la definizione migliore. Miguel è alto, forte, moro, con gli occhi verdi e una dentatura bianca e perfetta. È più vicino all'essere bello che brutto e, nonostante questo, non è un tipo attraente. A prima vista si fa notare per il suo fisico imponente, però subito dopo non ti attrae più. Forse è il modo di vestire, sempre con quei pantaloni con la piega con la vita un po' alta; forse è la sua rasatura così curata e la sua mancanza di limiti nella quantità di dopobarba che usa; può essere che non convinca il fatto che porti una collanina d'oro al collo, o i suoi capelli perfettamente tagliati e pettinati. Non so cosa sia, ma a Miguel manca qualcosa. La persona che probabilmente ha definito meglio Miguel dal punto di vista fisico, senza nemmeno conoscerlo, è stata Esther: «Ha la faccia da genero».

La mia relazione con Miguel è stata disastrosa, soprattutto per colpa mia, un fallimento, come dice Lourdes, che quasi avevo dimenticato. Almeno credevo, però Miguel è di nuovo un mio collega di lavoro. È alle mie spalle al bancone del bar del treno e mi tocca la spalla.

-Ciao Clara.

-Ehi Miguel! Non ti avevo visto.

-Mi dispiace per tua sorella. L'ho saputo un paio di giorni fa.

-Grazie.

-Lavoreremo ancora assieme.

-Lo vedo.

-Ci vedremo molto in questi mesi. Così potremo parlare.

-Certo, sì, parleremo.

-Per esempio del perché non mi hai più chiamato.

Questa è la storia: non l'ho più chiamato senza dargli una spiegazione. Cosa potevo dirgli se nemmeno io sapevo cosa mi passava per la testa in quel periodo? Quando ho rotto con Luisma ero turbata. Nello stesso giorno potevo essere sommersa da un'ondata di tristezza e dopo poco essere euforica, ridere e aver voglia di ballare. Mi piace ballare da quando ero piccola e quando sono contenta ballo, con o senza musica. In quei primi mesi da donna separata avevo una voglia terribile di stare con un altro uomo che non fosse Luisma. Voglia e paura, perché al solo pensiero di immaginarmi con qualcuno mi paralizzavo. Sono stata sempre fedele a Luisma. Da quando abbiamo cominciato ad uscire fino alla separazione non sono mai stata con un altro ragazzo. Durante quegli anni ho conosciuto qualcuno che mi piaceva, per la maggior parte compagni di lavoro, però non è mai successo niente con nessuno di loro. Per due volte sono stata sul punto di tradire, ma mi, alla fine, sono tirata indietro. Non ha niente a che fare con una questione di principi e non mi sento particolarmente orgogliosa. Semplicemente non l'ho fatto. Per di più, in questo momento non saprei spiegare perché e se potessi tornare indietro è sicuro che sarei stata infedele almeno una volta. Sarebbe stato normale.

Nell'ultimo anno con Luisma avremo fatto l'amore cinque o sei volte al massimo. Cinque o sei sabati dopo essere usciti a cena con altre coppie. Cinque o sei passi che dovevano essere fatti. E arriverci alla prossima volta. Negli ultimi tempi il sesso non era molto e non era nemmeno buono. Non ricordo per quanto tempo sono rimasta senza avere un orgasmo e se ne ho avuti, non ricordo. Dopo aver rotto con Luisma, avevo paura

di non saper baciare. Questa era la mia più grande paura prima del problema di stare con un altro uomo. Come quando sei adolescente. Era passato molto tempo da quando Luisa e io ci baciavamo come si baciano le persone che si desiderano. È triste che a trent'anni una non sappia baciare, ma è ancora più triste che si sia dimenticata come si fa.

Siviglia mi sembra una bella città, anche se passiamo la maggior parte del tempo in un set che si trova in una zona industriale alla periferia della città. Di sera andiamo a cenare in centro e ho fatto delle foto alla Giralda, la Torre dell'Oro, la Cattedrale e la Plaza de Toros della Maestranza.

I casting dei piccoli artisti procedono con la normale crudeltà. Bambini ricchissimi che non sanno cantare, bambini orribili che sanno cantare, madri che protestano perché secondo loro il giudice ha commesso un'ingiustizia nei confronti della figlia, la figlia che si mette a piangere, la nonna che si emoziona vedendo suo nipote ballare *Il lago dei cigni*. Tutto nella norma. È da tre giorni che sono qui e, con tutti questi bambini, sento la mancanza dei miei. Mi ricordo di loro, e mi ricordo di quando ero piccola io e di mia madre e di Maria. Nella maggior parte dei casi, le madri che portano le loro figlie a fare un casting per la televisione commettono un errore. Molte di loro non sono obiettive e pensano che la propria figlia abbia qualcosa di speciale che in realtà non ha quasi mai. Altre madri vedono nelle proprie figlie un'opportunità per guadagnare soldi facili per poter andarsene da questo posto. Molte lo fanno semplicemente perché le figlie possano fare un'esperienza. Quello che succede quasi sempre è che il denaro non arriva mai e l'esperienza è spesso frustrante. Salvo qualche eccezione, i casting non sono una buona cosa per un bambino. Non sopporto le madri che portano le figlie a fare un casting, mi provocano un forte senso di rifiuto e io, che non discuto mai sul lavoro, ogni volta che dovevo lavorare in un casting per bambini, mi ritrovavo a urlare contro più di qualche madre. È stato un problema che ho dovuto affrontare con Lourdes, la mia psicologa.

-Queste madri umiliano i figli, li usano come merce.

-Tu credi che li umilino?

-Certamente. Mettono in ridicolo i figli e le figlie pensando di diventare ricche.

-Tu credi che sia per questo?

-Se non è per guadagnare soldi, vorranno che la figlia diventi famosa per vantarsi con le vicine.

-Tu credi che non ci sia nessun'altra ragione?

-Non c'è ragione per cui valga la pena. Tormentano le bambine obbligandole a fare cose che in fondo non vogliono fare.

-Tu credi?

-Cazzo, Lourdes! Smettila di chiedermi se penso quello che penso. Te lo sto dicendo: odio queste madri.

-Va bene, va bene. È che c'è qualcosa di queste madri che mi piace.

-Come?

-Tua madre ti ha mai portato ad un casting?

-E questo che c'entra?

-Tu ballavi bene, avrebbe potuto portarti.

-Ai miei tempi non c'erano casting.

-Ti avrebbe portato o no?

-No.

-Perché?

-Non lo so.

-Non ti avrebbe portato perché, secondo te, tua madre pensava che eri una bambina grassa.

-La verità è che ero un po' grassa.

-La differenza è che queste madri che tanto odi pensano che le proprie figlie siano meravigliose.

Da quando siamo arrivati sto evitando Miguel. Durante il giorno lo vedo poco e parliamo solo ed esclusivamente dei casting. Alla sera, quando ceniamo con tutta la squadra, mi siedo all'altro lato della tavola per non stare vicino a lui. So di dover parlare con lui, ma non è ancora il momento.

È da tre notti che sono a Siviglia e le prime due mi sono servite per leggermi un po' di riviste. Per me, divorare *¡Hola!* da sola a letto prima di addormentarmi è uno dei più grandi piaceri della settimana. Tuttavia, ieri notte ho dedicato la mezz'ora prima di dormire a un altro tipo di piacere, sempre solitario. Erano mesi che non lo facevo e ormai era una questione di necessità. Ero sul punto di addormentarmi quando ho sentito una redattrice, che dorme nella camera di fianco, arrivare in compagnia. Le risate mentre aprivano la porta mi hanno svegliato e anche se all'inizio mi sono un poco arrabbiata, mi è sembrato divertente ascoltare quello che stava succedendo dall'altra parte della parete. Ho cercato di capire, attraverso le voci, chi era lui, perché di sicuro era qualcuno della squadra, ma non sono riuscita a identificarlo. Le voci e le risate si sono fermate e, dopo qualche minuto di silenzio, nei quali suppongo si siano dati ai preliminari, si è sentita di nuovo la voce della redattrice. Prima bassa, poi sempre più alta fino a gridare senza problemi. È stato breve, ma alla fine molto intenso. Successivamente, ancora silenzio e dopo pochi minuti, ancora i respiri affannosi della redattrice, che senza dubbio stava per avere il secondo orgasmo. Il fatto che non si sentisse lui mi faceva immaginare quello che stava succedendo e questa immagine mi eccitava molto. Quando la redattrice è arrivata all'orgasmo, nemmeno il mio era molto distante. Dopo poco, la mia vicina ha cominciato un'altra volta, ma stavolta si sentivano anche i respiri del suo amico. Il letto ha cominciato a muoversi e sbattere contro la parete con un ritmo regolare. Ho preso lo stesso ritmo e non l'ho abbandonato fino alla fine. Sono stata la prima a finire, poi ha finito la redattrice, per la terza volta, e poi il ragazzo. Quello di ieri sera è stata la cosa più vicina a un ménage à trois che abbia mai fatto in vita mia. L'amico senza identità se n'è andato presto dalla camera e mi era venuta voglia di uscire per salutarlo. Sono stata talmente bene che sono carica per questa notte e spero succeda qualcosa.

Esther vuole che oggi abbandoniamo la squadra di produzione per andare a cenare in un ristorante argentino con due suoi amici che vengono da Cadice per questa notte. In realtà, lei conosce solo uno dei due, con il quale va a letto un paio di volte al mese. L'altro è un amico che viene solo per fare coppia. Mi sembra molto chiaro. L'amico dell'amico, secondo Esther, dev'essere una bomba. Non ha nessuna prova, tranne il fatto che fa surf a Tarifa. «Tesoro», mi dice, «hai mai visto un surfista che non sia bello?».

Mentre mi trucco per uscire questa sera con l'amico surfista dell'amico di Esther, ripenso a mia sorella Maria. È passato un mese dalla sua morte e mi ricordo di lei mille volte al giorno: mentre lavoro, quando rido, quando mi arrabbio, quando gioco con i bambini. Il suo ricordo e la mia tristezza sono lì tutto il tempo, ma mi sembra veramente di stare con lei quando mi trucco ogni giorno davanti allo specchio. È quasi un'allucinazione e, in quel breve momento, non sono triste. Trucco i suoi occhi, il correttore corregge le sue occhiaie e il rossetto intensifica il rosa delle sue labbra. Questo momento di pazzia mi spaventa un po', ma mi piace talmente tanto che per ora non lo racconto a Lourdes. Non si sa mai che me lo rovini con la terapia.

Mi piace il piano di questa sera della cena di coppia e quest'appuntamento quasi al buio con il surfista. Sono bella e più magra perché nell'ultimo mese ho perso molti chili. Mi piacerebbe che Maria mi vedesse con due taglie in meno, anche se, se lei non fosse morta, non avrei perso peso. Questo pensiero non mi piace. Di questo sì dovrei parlarne con Lourdes.

Nella mia vita non ho avuto molti uomini. Ho baciato tre ragazzi prima di conoscere Luisma. Li ho baciati e mi hanno toccato le tette, ma non gli ho lasciati andare oltre. Io, d'altro canto, non ho mai toccato quei tre adolescenti in nessun'altra parte che non fosse il collo. Maria mi ha insegnato che ai ragazzi bisogna toccare la nuca mentre li si bacia e questo era quello che facevo. Con una mano gli toccavo la nuca e con l'altra gli impedivo di andare più su delle cosce e più giù dell'ombelico. Questo era quello che dovevo fare, non si sa mai che il ragazzo brufoloso pensasse che ero una qualsiasi. Il quarto adolescente che ho baciato è stato Luisma e con lui sono rimasta fino a un paio di anni fa.

Il prezzo di questa scarsissima varietà di uomini l'ha pagato Miguel, il primo con cui sono stata dopo aver lasciato Luisma. Miguel e io eravamo gli ultimi rimasti ad una

festa per festeggiare la fine di non mi ricordo quale programma. Avevamo bevuto più del dovuto e prima che chiudessero la discoteca, abbiamo pomiciato su uno dei divanetti. Dopo uno dei baci più eccitanti, mi propose di andare a casa sua. Io accettai in qualità di donna adulta e indipendente quale sono e così andammo. Nel taxi non la smettevamo di baciarsi e toccarsi. Non mi ricordavo l'ultima volta che ero stata così eccitata. Nonostante la collanina d'oro, i pantaloni marroni di poliestere e la camicia a maniche corte beige abbinata, Miguel era un uomo e in quel momento era più che sufficiente.

Fino a quando uscimmo dal taxi andava tutto bene, ma quando aprì la porta di casa sua e cominciò a spogliarmi subito dopo aver chiuso, mi agitai. L'eccitazione lasciò il posto a una specie di attacco di panico che terminò in una risata compulsiva e stupida che non riuscivo a controllare. Il povero Miguel pensò che stessi ridendo di lui e si fermò mentre stava per slacciarmi il reggiseno. Gli dissi che mi dispiaceva, che ero molto agitata e lui, gentilmente, mi diede un paio di minuti di tregua. Quando mi baciò di nuovo sul collo, invece di eccitarmi, mi fece il solletico e cominciai un'altra volta a ridere, e questa volta Miguel cominciò a infastidirsi sul serio. Si fermò di colpo e mi invitò a sederci sul divano per farmi tranquillizzare un po'. Passò l'agitazione, ma il rilassamento rese ancora più evidente il fatto che quella notte avevo bevuto troppo e cominciai a sentirmi male. Mentre Miguel metteva un po' di musica, lo stomaco mi si attorcigliava. Cercai di nascondere il mio malessere perché lui non pensasse che ero un'idiota, che in realtà era esattamente ciò che sembravo. Mise un CD che non ricordo e si sedette vicino a me per ricominciare il nostro incontro. Mi girava moltissimo la testa, ma niente in confronto a come stava il mio stomaco. Miguel si stava avvicinando per baciarmi con il suo bel viso quando tutti i bicchieri di troppo che avevo bevuto quella notte si presentarono sotto forma di vomito. Gli sporcai il tappeto, le scarpe e i pantaloni marroni di poliestere. Poi cominciai a piangere. Miguel ci mise un po' a riprendersi, ma lo fece con dignità. Senza dire nulla, si alzò, prese un secchio e un mocio e cominciò a pulire il tutto, mentre aspettavo il taxi che lui aveva chiamato per telefono. Io non la smettevo di piangere e di dire che mi dispiaceva e lui non la smetteva di dire di non preoccuparmi. Quella notte Miguel si comportò come un cavaliere. Quella e le notti che ci furono in seguito.

Esther sta bussando alla porta della camera per andare a cenare al ristorante argentino. Io sono mezza vestita e non ho ancora chiamato Sornitsa per farmi dare il

resoconto giornaliero. Voglio parlare con i bambini prima che vadano a letto. Ogni volta che suona il telefono in casa, risponde Pablo.

-Pronto?

-Ciao Pablo. Sono la mamma.

-Non ci sei! Lo sai?

-Certo, tesoro, sono ancora via.

-Quando torni?

-Dopo domani.

-Oggi è venuto il nonno e gli ho fatto un goal.

-Molto bene, tesoro. Sei un campione. Passami Mateo e vai a dormire presto che domani c'è scuola.

-Ciao mamma.

-Ciao Mateo, come stai tesoro?

-Bene. Oggi è venuto il nonno a trovarci.

-E come è andata?

-Ha giocato a calcio con Pablo, ma si è fatto molto male ed è dovuto andar via.

-Come si è fatto male?

-Sì. Quando stava per insegnarmi a pattinare mi ha detto che gli faceva male una gamba e che mi avrebbe insegnato un altro giorno. E gli faceva molto male, mamma, perché si è messo a piangere.

-Non succede niente, tesoro, di sicuro gli sarà già passato.

-Gli ho detto di prendere lo sciroppo.

-Certo, amore, allora sarà già guarito.

Quando riaggancio mi metto a piangere di nuovo pensando a quanto doloroso debba essere per mio padre. Esther mi dice che se non ne ho voglia non usciamo, ma che il piano dei tipi di Cadice mi farà bene. Mi sento subito meglio ascoltando la mia amica. «Finisci di sistemarti e truccati di nuovo gli occhi che questa notte ti si toglierà qualcos'altro oltre al mascara».

Non sono una grande lettrice e questo mi fa sentire un po' in colpa. Quando in qualsiasi conversazione appare il tema libri, non sono all'altezza. Di solito compro best-seller e, ad essere sincera, non riesco a finire di leggerne la maggior parte. Inoltre, quelli che riesco a finire li dimentico e, dopo pochi mesi, non mi ricordo nemmeno di cosa

parlavano. Ovviamente, conosco i nomi degli autori più importanti e riesco a relazionarli con le loro opere, ma con questo riesco a sostenere un paio di minuti di chiacchiere letterarie. Trascorso questo tempo, sparisco dalla conversazione, per non far notare del tutto le mie carenze culturali. È in questo modo che ho passato tutta la sera durante la cena al ristorante argentino: “desaparecida”, scomparsa. Esther, il suo amico e il surfista hanno parlato tutta la sera di libri. L’ultima cosa che volevo. Dall’ultimo Premio Planeta, fino alla poesia di Neruda, passando per una marea di scrittori dei quali non conoscevo neppure il nome.

Sono rimasta ad ascoltare per quasi tutto il tempo, indossando un’espressione interessata e un po’ agitata, per paura che qualcuno chiedesse la mia opinione, per esempio, riguardo agli autori britannici contemporanei che mi piacciono di più. Le uniche frasi che ho pronunciato durante tutta la serata sono state, che io ricordi, in questo ordine: «No, non ho letto nemmeno questo»... «Interessante quello che stai dicendo»... «Versami un po’ di vino»... «Vado un attimo al bagno» e «Perché la chiamano salsiccia di manzo se non è una salsiccia?».

Il surfista, proprio come aveva supposto Esther, era bello, come tutti i surfisti. Per lo meno, appariscente, un bel fisico, magro, abbronzato in febbraio, il naso perfetto, occhi chiari e una calcolata barba di tre giorni. Oltre ad essere sportivo, è colto e creativo, perché, stando a quanto ci ha detto, il suo amore per la letteratura non è solo teoria e sta facendo i primi passi come scrittore di poesie. Sulla carta era il tipo ideale per una notte ideale. Succede però che eravamo già al dolce e il surfista non aveva mostrato il minimo interesse per me. Non ha fatto proprio caso a me, nemmeno un piccolo sforzo per sedurmi, neanche uno sguardo, un dettaglio, un sorriso. Sono cose che succedono.

Dopo cena hanno proposto di andare a bere qualcosa, ma io ho detto che me ne sarei andata in hotel a dormire. Il surfista, come pensavo, non si è offerto di accompagnarmi e ha preferito proseguire la serata con loro. Esther mi ha salutato con un bacio che aveva più dose di compassione di quella che avrei desiderato. Sono arrivata in hotel e mi sono messa a letto. Speravo che i rumori della stanza a fianco mi ispirassero di nuovo, ma questa volta ho sentito la redattrice arrivare in camera senza compagnia. Niente andava per il verso giusto quella notte. Ho spento la TV, ho spento la luce, si sono spente le mie voglie e mi sono sentita nuovamente sola. Mi sono messa a piangere senza sapere il perché. Se per la mia solitudine, per Maria, perché nessuno scopava nella camera a fianco, per mio padre, per il mio dolore, perché nemmeno io scopavo, perché il surfista

colto mi aveva ignorata o perché avevo voglia di piangere. Che ne so perché piangevo, che ne so di cosa mi succede. Voglio solo stare bene... e non ci riesco.

Questa settimana devo passare per lo studio di fotografia per vedere se c'è qualche lavoretto. Non importa che sia una sessione di offerte per il Carrefour o un matrimonio, ma questo mese ho bisogno di soldi per pagare il dentista di Mateo. Luisma ha aperto con un amico un negozio di cellulari che non sta ancora dando abbastanza risultati ed è da tre mesi che non mi passa niente per i bambini. Da quando lo conosco, Luisma ha aperto con amici diversi due pub, un video noleggiato, un'impresa di corrieri e un'altra di pulizie. Gli amici con cui ha aperto questi negozi hanno smesso di esserlo, non ha mai guadagnato soldi con nessuno e ogni volta che arrivava il momento della chiusura se ne stava in casa depresso per un mese.

Luisma è un elettricista di professione, ma non gli piace. Lo fa solo tra un disastro imprenditoriale e l'altro e quelli sono gli unici mesi in cui guadagna qualche soldo. Adesso vive con i miei suoceri fino a quando il negozio di cellulari sarà redditizio. A quel punto, affitterà un appartamento e mi pagherà gli alimenti dei bambini, compresi i mesi arretrati. È un buon piano, se ci credessi, ma siccome il primo pagamento dell'apparecchio di Mateo bisogna farlo questo mese, ho bisogno di trovare un paio di lavoretti. Lo studio mi paga bene per ogni matrimonio che faccio, anche se poi loro chiedono agli sposi il triplo di quello che chiedo io. Io mi occupo di selezionare le foto e consegnarle allo studio perché poi loro montino gli album e facciano pagare gli sposi. Se fotografo nature morte di offerte (gamberoni, vongole, mutande, biciclette...), mi pagano a ore.

A volte ho pensato di mettermi in proprio, però dovrei abbandonare il lavoro nella produzione e investire in un locale, un'altra macchina fotografica, un computer e una stampante professionale che costano un sacco. Tenendo in considerazione i precedenti successi imprenditoriali del mio ex, è meglio non rischiare.

Dal giorno del funerale di mia sorella non ho più visto mio cognato Carlos e, anche se non ne ho per niente voglia, devo farlo. Mi ha lasciato qualche messaggio perché vada a casa sua a prendere un paio di scatole nelle quali ci sono delle cose per me,

soprattutto foto di famiglia, ricordi, qualche scarto dei matrimoni che facevano tanto ridere Maria. Non ho voglia di tornare a casa sua e non credo nemmeno di essere pronta ad aprire quelle scatole che mi faranno più male che altro.

Carlos e io non siamo mai andati d'accordo e tantomeno Maria e Luisma. Il fatto è che Carlos e Luisma non si sopportavano e ognuna di noi stava dalla parte del proprio marito. Queste circostanze, a differenza di quanto possa sembrare, non hanno mai minimamente inciso sulla relazione tra me e Maria. Il fatto di non andare d'accordo col cognato era un po' forzato, penso che fosse più un atteggiamento per compiacere i nostri mariti, parlando male del proprio rivale. Carlos umiliava Luisma pavoneggiandosi del suo successo e dei suoi soldi e Luisma si difendeva prendendosi con il fisico di Carlos e il suo particolare modo di zoppicare da entrambe le gambe.

Mia madre mi ha accompagnato a casa di Maria. Meglio affrontare le difficoltà in compagnia. Mio cognato ci apre la porta, abbastanza trasandato per il suo solito. È sabato e oggi non apre la clinica, ma sono quasi le due del pomeriggio ed è ancora in pigiama. È la prima volta in vita mia che lo vedo con la barba e deve stare così da un po' di giorni. Mi sorprende scoprire che ha molti peli bianchi, così come i capelli, non ancora pettinati. Mia madre si sorprende molto nel vedere in quello stato il più elegante dei suoi due generi.

-Gesù, Giuseppe e Maria! Sei orribile!

-Mamma, per favore!- cerco di correggere la sua mancanza di diplomazia.

La verità è che vedere Carlos in questo modo è scioccante. Sembra un vagabondo che si è infiltrato in una casa così lussuosa.

-Entrate, entrate. Volete qualcosa da bere?

-No, tranquillo. Come stai?- gli chiedo.

-Orribile!- interrompe mia madre, che continua con i suoi modi.

-La verità è che sto di merda- dice Carlos mentre si serve un whisky, che non dev'essere il primo della giornata.

-Sai che puoi venire a casa mia quando vuoi.

-Sì, sì, certo. Come stanno i bambini?

-Bene, oggi sono rimasti col padre.

-Che rottura Luis Mariano! Alla fine è lui quello che ha fortuna.

-Se non ti va, possiamo portarci le scatole a casa e aprirle là.

-No, non preoccupatevi. Sono nell'armadio della stanza di mezzo al secondo piano. Salite e restate tutto il tempo che volete.

Carlos rimane nel salotto a finire il whisky, mentre mia madre e io saliamo le scale di casa fino ad arrivare alla camera centrale.

La casa è ancora meravigliosa. I mobili, i quadri, i dipinti e le lampade mescolano stile classico e moderno con molta classe. Tutto si combina alla perfezione, da un pezzo di antiquariato a un tavolo di design, da un tappeto persiano a un altro verde pistacchio, tutto sembra creato per stare in quel posto preciso della casa. A me la decorazione non riesce bene e casa mia sembra ancora da finire. Le cose che mi piacciono nei negozi, poi a casa mia non stanno bene. Un vaso rosso, per esempio, in casa mia sembra qualcosa di rubato. Lo stesso tavolo di design che c'è nel corridoio della villetta di Maria, a casa mia starebbe malissimo. Dovrei cominciare dall'inizio e dipingere tutto di bianco, levigare le pareti, cambiare la tappezzeria dei divani. Dovrei fare un cambiamento radicale a casa mia.

Nell'armadio semivuoto della stanza di mezzo ci sono due scatole di cartone a righe, di quelle che si comprano, non di quelle che avanzano quando ti consegnano la spesa. Mia madre e io le tiriamo fuori dall'armadio, le mettiamo sopra il letto e respiriamo profondamente prima di aprirle. In entrambe ci sono degli album di foto, borse di plastica con delle buste dentro, qualche anello senza apparente valore che ricordo di aver visto indossati anni fa, qualche disco di vinile, altre buste con foto, in quasi tutte ci siamo Maria e io insieme.

Mia madre e io svuotiamo le scatole senza approfondire il loro contenuto. Sopra al letto si mescolano gli album, le buste, i ricordi di una e dell'altra scatola. Capiamo che se ci mettiamo a controllare tutto quanto nel dettaglio, facciamo notte; così decidiamo di raccogliere tutto e portarlo a casa mia. Rimettendo tutto nelle scatole, mia madre nota una foto che si trova vicino alle altre in una busta. Prende la foto dove ci sono Maria, mio padre e una signora con i capelli rossi. La foto è recente. Mia madre guarda la foto davanti, dietro, la solleva cercando la luce della finestra, l'avvicina e l'allontana dagli occhi. È sorpresa.

-Chi è?- mi interessa riguardo alla signora con i capelli arancioni che c'è nella foto.

-Una morta.

-Come morta?

-È Maite.

-Maite? Maite, quella di papà?

Maite fu un'amante che ebbe mio padre quando noi eravamo piccole e il principale motivo della separazione dei miei genitori. Mia madre lo scoprì quando i Carabinieri chiamarono a casa un sabato sera per comunicare che mio padre aveva avuto un incidente sulla Nacional V, all'altezza di Navalcarnero, dove andava di solito a comprare il vino. Quando mia madre arrivò all'ospedale, scoprì grazie al verbale dei Carabinieri che nell'auto, una Seat 128 Sport bianca, viaggiava anche una donna di nome Maite. Mio padre non si ferì gravemente, solo una gamba rotta e un taglio sulla testa, però Maite era tra la vita e la morte. Era la cameriera del bar sotto casa mia, dove mio padre scendeva ogni giorno per prendere un caffè. Mio padre fu dimesso in un paio di giorni, però Maite non riuscì a guarire dalle ferite dell'incidente e morì una settimana dopo in ospedale. Nonostante a quel tempo la maggior parte delle donne non prendesse questo tipo di decisioni, mia madre lasciò mio padre e diventammo le prime bambine del nostro quartiere con i genitori separati.

-È impossibile mamma.

-Ti dico che è Maite.

-Ma se era morta.

-La verità è che è invecchiata moltissimo.

Se mia madre aveva ragione, Maite era ancora viva e continuava a vedere mio padre. E la cosa più sorprendente era che mia sorella Maria lo sapeva. Stanno lì, tutti e tre sorridendo a una macchina fotografica con la cattedrale di Almudena sullo sfondo.

Nella mia famiglia non possono succedere cose del genere. La mia è una famiglia normale e queste sono cose che succedono solo nei film. Non è normale che mio padre abbia una relazione con una donna dai capelli rossi morta anni fa e io non mi sia resa conto di nulla. Non posso credere che mia sorella lo sapesse e non mi avesse raccontato niente. Forse l'aveva saputo da poco e non aveva avuto il tempo di raccontarmelo. L'unico che può chiarire tutto questo è mio padre.

È da un po' che non vedo Esther. Sono arrabbiata con lei dal viaggio a Siviglia. Quello che ha fatto non mi è piaciuto. Non mi è piaciuto il suo comportamento durante la cena al ristorante argentino. Sapeva che non sto passando uno dei momenti migliori e mi ha abbandonata per un tizio con il quale sarebbe potuta andare a letto qualsiasi altra notte. Adesso la vedo meno perché si sta concentrando sul programma di sketch e ha lasciato *Piccoli Talenti*, così si chiamerà il programma dei bambini artisti.

Esther è stata sostituita come responsabile della sceneggiatura da un certo Roberto, che, per quanto ho potuto osservare in queste settimane, è un tipo che si crede più intelligente di chissà chi. Parla a voce molto alta e ha troppe manie di protagonismo, anche se pare sia uno sceneggiatore molto competente. Questo è quello che dicono, anche se non dev'essere molto bravo se è finito a *Piccoli Talenti*.

In questi ultimi giorni ce l'ho con mezzo mondo. Non solo ho preso le distanze da Esther, ma anche da Luisma, che mi ha stancato per via della sua mancanza di maturità e dei suoi sogni da imprenditore. Come se non bastasse, Sornitsa quasi non mi rivolge parola. Quando la mia domestica bulgara e io ci arrabbiamo, smette di chiamarmi «Clarra» e si rivolge a me con «signorra». Il motivo per cui questa volta si è arrabbiata è perché sua nipote Ivanca vuole partecipare a *Piccoli Talenti* e pretende che io parli con i direttori per aiutarla. Sornitsa non capisce che non posso fare nulla, e non ha nemmeno accennato all'aspetto di sua nipote. Ivanca ha quindici anni, quindi è dentro il limite di età del concorso, che arriva fino a diciassette. Detto questo, è l'unico requisito che ha per poter presentarsi nel programma. Ivanca sarà alta più o meno un metro e quarantacinque centimetri e avrà una settimana di reggiseno. Ha delle tette talmente grandi che non riesci a guardarla in faccia con naturalezza. Non si sa bene in quale posto abbia più peli, se nei baffi o nelle sopracciglia, ma entrambi formano due linee parallele di peli, una sopra gli occhi e l'altra sopra le labbra. Ha dei begli occhi, ma si perdono in un insieme così scombinato. È vero che non canta male, ma in bulgaro, perché nella nostra lingua mescola le parole e pronuncia talmente tante erre che le canzoni sembrano una guerriglia: «Che sarrà, che sarrà, che sarràààà? Che sarrààà della mia vita, chi lo sa?».

Nonostante questo, dovrò cedere e farla partecipare al casting perché è un problema che Sornitsa sia arrabbiata con me. In teoria, il capo sono io, ma mentre lei potrebbe vivere benissimo anche senza di me, io non potrei vivere senza di lei. Speriamo non se ne vada.

L'arrabbiatura di Sornitsa, l'allontanamento da Esther, gli insoliti di Luisma e, soprattutto, l'inganno di mio padre mi lasciano confusa. Non so cosa mi dia più fastidio: che non mi abbia raccontato della sua amante o che l'abbia raccontato a mia sorella. Non aveva mai fatto preferenze tra di noi. Pensavo fosse un'esclusiva di mia madre. Dopo tutto, devo parlargli perché credo di meritare una spiegazione, ma prima di farlo ho bisogno di vedere Lourdes per raccontarle le mie novità familiari. La mia psicoanalista non è argentina, come la maggior parte, ma è di Burgos. Dev'essere attorno ai cinquanta, è altissima, sufficientemente bella e molto elegante. All'inizio sembra un po' distante per essere una psicoanalista, anche se è normale dato che è di Burgos. Si veste sempre con abiti larghi, pantaloni e camicie che sembrano da uomo. È castana, con gli occhi grandi, la pelle bianca e le occhiaie marroni che non riesce a nascondere con il trucco. L'unico trucco che si concede, anche se non sempre, è una leggerissima linea sugli occhi. In questo momento sono sul lettino e lei, come sempre, è alle mie spalle con il quaderno blu nel quale segna i miei sogni.

-Diresti che questo è molto importante...

-Mio padre ha un'amante.

-E?

-La sua amante era morta.

-Cosa?

-Mio padre ha un'amante.

-Questo l'hai già detto. Inoltre, non è la prima volta che ha un'amante.

-Sì, è la prima volta, perché è Maite.

-Maite? Quella di quando eravate piccole?

-Proprio lei.

-Ma se è morta in un incidente.

-Beh, è resuscitata.

-Racconta, racconta!

Parliamo dei dettagli della foto e passo un po' di tempo pensando a cosa sia potuto accadere. Da quando l'ho scoperta ho fantasticato su vari tipi di storie, persino che mio padre fosse una spia in missione segreta che non può rivelare la sua identità e che forse Maite è un'agente antiterrorismo. Lourdes mi sta ascoltando da mezz'ora e so che sta per interrompermi.

-E tu come ti senti?

-Che ne so come mi sento!

-Ingannata?

-Ingannata e incazzata.

-Adesso si ragiona.

Anche se ci metto ancora un po', con Lourdes sono in grado di esprimere il mio stato d'animo. Mi è costato due anni di trattamento, due sessioni a settimana, dire che sono triste quando sono triste, preoccupata quando sono preoccupata, contenta quando sono contenta e incazzata quando sto come sto in questo momento. Le racconto che sono furiosa con mio padre, con mia sorella, con questa Maite, che non conosco, e persino con mia madre, che questa volta non ha fatto nulla, ma siccome è mia madre, con lei sono sempre furiosa.

-Non so perché mio padre non mi abbia raccontato che Maite era viva.

-Perché credi che non l'abbia fatto?

-Perché non mi prende sul serio. Nessuno mi prende sul serio.

-Io sì che ti prendo sul serio.

-Ti pago. Non conta.

-Sei arrabbiata, eh!

-Scusa Lourdes. Mi dispiace per quello che ho detto.

-Non importa.

-È che la mia famiglia non mi ha mai considerato. Sono stata la grassottella, la piccolina, la poveretta, la figlia che deve essere aiutata perché da sola non ce la fa... Per questo mio padre ha scelto Maria per raccontare il suo segreto. Maria è sempre stata scelta per tutto...

-Dobbiamo terminare. È finita l'ora.

-Sempre la stessa cosa con questa cazzo di ora quando riesco a dire le cose.

-Così è.

La seconda volta che dormii con Miguel, in realtà fu la prima. È passato quasi un anno. Poco dopo il nostro primo incontro ricevetti un messaggio sul cellulare che diceva: «La nostra relazione sessuale può solo migliorare, eh, eh. Mi piacerebbe vederti, baci, Miguel». Dal giorno del vomito nel salotto ci eravamo incrociati diverse volte nella produzione, ma in nessun momento avevamo toccato l'argomento. Mai fino a quel messaggio. Mi è piaciuto il suo modo di non dare troppa importanza al nostro penoso incontro e decidemmo che era arrivato il momento di dimenticare tutto andando a bere qualcosa dopo il lavoro. Era un venerdì come tanti altri e andammo a cenare a piazza Santa Ana.

Miguel non è il mio tipo, ma riesce a rendere le cose semplici. Questo è il suo pregio principale. Io non avevo ancora superato il disastro del nostro incontro precedente, ma lui riuscì pian piano a farmi rilassare e, arrivati al dolce, l'episodio del vomito aveva perso importanza. Ci riuscì talmente bene che forse mi rilassai un po' troppo. «La verità», gli dissi, «quei pantaloni in poliestere erano orrendi». Per fortuna che la prese come una battuta, anche se non lo era tanto.

Andammo a bere qualcosa in un bar della zona dove suonano del flamenquito, che è un modo assurdo di chiamare il flamenco che non è flamenco. Miguel si sorprese nel vedermi ballare e mi piacque molto. Mentre ballavo una rumba mi venne una voglia incontrollabile di baciario. Lo feci e lui mi seguì. Avevo voglia di andare a letto con lui. Avevo voglia di andare a letto con qualcuno che finalmente non fosse Luisma.

Questa volta non dovemmo prendere un taxi perché Miguel era venuto con la sua macchina. Fui felice che l'avesse fatto e fui ancora più felice che il cambio fosse automatico. Con la mano sinistra teneva il volante e con la destra cominciò a sollevarmi lentamente il vestito. Portavo una gonna lunga che portò fino all'altezza delle mie cosce prima di separarle con delicatezza. Lasciò le gambe separate, ma non aperte. Preferì che lo facessi io. Mise il palmo della sua mano sulla mia gamba sinistra, che era la più vicina a lui, e salì piano piano fino ad arrivare quasi all'inguine. Poi cercò molto lentamente il centro della mia anatomia e proprio lì fermò la sua mano. Con un movimento dolce verso

l'esterno, fece pressione sulle cosce, invitandomi ad aprirle un poco di più. Con tutto il mio spazio a sua disposizione, fece scivolare la mano verso il mio ventre e da lì la infilò dentro le mie mutandine. Non appena sentì il suo tocco senza il tessuto di mezzo, chiusi con forza le gambe e intrappolai la sua mano tra le mie cosce. Lì restò fino a quando Miguel dovette toglierla per parcheggiare proprio davanti alla porta di casa sua.

Uscimmo dall'auto e salimmo in casa. Una volta chiusa la porta, si ripresentò la stessa scena: Miguel cominciò a baciarmi e, senza smettere, mi portò fino alla sua stanza da letto. Ci spogliammo in maniera goffa e disordinata. Avrei dovuto togliermi il vestito da sotto, ma decisi di levarlo dalla testa e lui cercò erroneamente di togliersi le scarpe senza slegare i lacci. Cosa fa l'agitazione. Come conseguenza, io avevo un braccio verso l'alto incollato alla testa e l'altro verso il basso senza spazio per uscire; lui saltellava sulla gamba destra mentre cercava di togliersi la scarpa sinistra con i pantaloni abbassati. Finalmente usai la forza per uscire da quel vestito e Miguel l'intelligenza per sedersi ai piedi del letto e slacciarsi le scarpe.

Ci baciammo, nudi sopra al letto. Abbracciare un corpo diverso da quello di Luisa mi provocò una sensazione stranissima. Dopo tanti anni con la stessa persona è come se il suo corpo fosse una parte del tuo. Sei abituata alle sue forme, la sua grandezza, il suo odore. Quando tocchi qualcuno di diverso è come se toccassi per la prima volta. Quel giorno, con Miguel, era come se fosse la mia prima volta. Ero nervosa, provavo quell'eccitazione che trasforma il desiderio in ansia e non permette di goderne. Mi preoccupavo di apparire bella, per far sì che senza abiti non si notassero i miei chili di troppo o la mia poca esperienza. Ero così preoccupata per tante cose che a tratti mi dimenticavo di me stessa. Mi comportai come un'amante misurata, forse un po' troppo. Nemmeno lui dimostrò granché. Lascia che facesse, senza troppa partecipazione, e finimmo nella più tradizionale delle posizioni. In questo modo, con lui sopra e io sotto, cominciammo e finimmo il rapporto. Anche se a terminare, quello che si dice terminare, fu lui l'unico. Non mi importò. Era la cosa più normale in quelle circostanze e trattandosi di me, che in quel momento non mi ricordavo nemmeno cosa significasse avere un orgasmo dopo l'ultimo anno passato con Luisa. Ero abituata a rassegnarmi, ma quello che era successo in macchina con Miguel prometteva molto più di ciò che successe in realtà. Dopo quella notte, il produttore e io ci siamo visti qualche altra volta nel suo letto, senza che le cose migliorassero molto. Furono un paio di mesi d'incontri, fino a quando Miguel abbandonò il lavoro e io smisi di chiamare. Nonostante tutto, la relazione –

l'avventura, per essere precisi – che ebbi con lui mi fece capire che non era tardi per sentirmi ancora desiderata.

Vorrei tanto raccontare a Esther la storia dell'amante di mio padre. Resterà sbalordita. Però prima dobbiamo parlare di quello che è successo a Siviglia. Già sa che sono arrabbiata con lei, perché la scorsa settimana mi ha chiamato varie volte e non ho mai risposto. Oggi, dopo la seduta con Lourdes, ho deciso di chiamarla per andare a mangiare insieme e mettere le cose in chiaro. Tutto sommato, è la mia migliore amica e alle amiche bisogna dire tutto, anche se, a volte, è qualcosa di spiacevole.

-Sono molto arrabbiata con te per quello che mi hai fatto a Siviglia.

-Tu sei arrabbiata con me?

-Certo! Credi che sia normale essertene andata con loro e avermi lasciata sola?

-Ma se quella che se n'è andata in hotel sei stata tu.

-Dai Esther! Non puoi abbandonare un'amica per un ragazzo.

-Quanti anni hai? Quindici?

-Né tu né i tuoi amici mi avete considerato per tutta la serata.

-Sei stata tu che hai quasi mandato a monte la cena con tuo atteggiamento.

-Io?

-Sì, tu! Sei stata abbastanza maleducata con il surfista. Per tutta la cena hai avuto un'espressione annoiata ogni volta che apriva bocca.

-Ma cosa dici? Se è stato lui ad ignorarmi.

-Cosa volevi che facesse? Se hai persino riso di lui quando ha detto che scriveva poesie.

-Ho riso?

-Cazzo, Clara. Gli hai riso in faccia.

-La verità è che non me ne sono resa conto. Pensavo che...

-Il tizio si era stancato un po'.

-Povero!

-Non succede nulla. Ti ho giustificata dicendogli che sei sotto trattamento psichiatrico.

-Che bastarda! E che ti hanno detto?

- Che avrei dovuto avvisarli prima che avrebbero cenato con una pazza.
- E ti credo!
- Sì, però loro avrebbero dovuto dirmi che il surfista era gay, così non ti saresti illusa.
- Era gay?
- Cazzo, Clara! Se l'ha detto a cena.
- Mi sa che quella sera non mi sono resa conto di niente.
- Dovresti prestare più attenzione alla gente che ti circonda. Eviteresti spiacevoli incidenti.

Questa sera sono andata a trovare mia madre con i bambini e stava molto male. Scoprire l'inganno di mio padre l'ha colpita più di quanto potessi immaginare. All'inizio ha cercato di convincermi che ciò che aveva fatto «quel signore» – così ha chiamato mio padre – non le importava assolutamente, perché alla fine sono quasi trent'anni che sono separati. Questa indifferenza le è durata fino a quando non si è messa a piangere inconsolabilmente. Mia madre non ha chiamato mio padre per chiedergli della foto, perché, secondo lei, non rivolgerà mai più la parola a «quel signore». Io ho appuntamento con lui domani dopo il lavoro e ho promesso a mia madre di raccontarle tutte le spiegazioni che lui mi darà. In fin dei conti, lei e io siamo la squadra delle ingannate in questa storia. Mio padre non sa di cosa parleremo. Non ho voluto anticipargli la storia della foto per telefono, perché preferisco coglierlo di sorpresa. Vediamo cosa dirà quando se la troverà davanti.

Mia madre ha passato la serata senza fare troppo caso a Mateo e Pablo, che non hanno smesso nemmeno per un momento di correre per tutta la casa. È triste e sospetto che stia prendendo qualche tranquillizzante per conto suo, perché a tratti l'ho vista un po' assente. Penso che le farebbe bene un po' di compagnia e le ho proposto di venire a casa nostra per un po'. Non so se sia una buona idea, perché mia madre e io che viviamo assieme con due bambini in settanta metri quadri è un'avventura dal finale incerto, ma credo che le farebbe bene e devo convincerla. Sto diventando grande. È qualcosa che senti essere giusto quando scopri che tua madre ha bisogno del tuo aiuto. Quel giorno la tua vita cambia definitivamente e non c'è ritorno. Le madri non possono essere vulnerabili, non possono essere indifese. Devono sempre sapere cosa fare e quando farlo, per poter risolvere i problemi. Le madri non sono donne, le madri sono madri. È così, fino

a quando un giorno tutto cambia e sei tu quella che deve aiutare. In quel momento sei tu che devi crescere e sei impreparata. Sei sola, non c'è spazio per sbagliare e spaventa molto. Ad ogni modo, mia madre non accetta l'invito, anche se mi promette che verrà almeno tre sere a casa nostra per stare con i bambini. Come me, anche lei è consapevole che la nostra convivenza sarebbe molto difficile, ma sono sicura che la mia offerta le ha fatto piacere.

È ora di andare. Dopo aver salutato i bambini, mi ha abbracciato con forza e mi ha dato un bacio sulla guancia con una tenerezza che non ricordavo. Poi ha messo qualcosa nella tasca della mia giacca. È un assegno di mille cinquecento euro.

-E questo?

-Sono mille cinquecento euro.

-Per cosa?

-Per l'apparecchio di Mateo.

-Non se ne parla.

-Lo prendi e basta. È un regalo da parte di sua nonna e non c'è altro da dire.

-Va bene, ma te li rendo non appena fotograferò un po' di matrimoni.

-Cosa vuoi restituire? A cosa serve una madre se non per aiutare?

-Dammi un altro bacio.

Le selezioni dei bambini che parteciperanno al concerto finale di *Piccoli Talenti* sono quasi terminate. L'unica novità nel lavoro è stata Roberto, lo sceneggiatore che ha sostituito Esther, che è stato nominato direttore del programma. Adesso capisco perché uno sceneggiatore così prestigioso era piombato in un programma così: per dirigerlo. Tutti sono affascinati da lui. È simpatico e divertente, ma con quell'atteggiamento distaccato che gli dona magnetismo. È difficile smettere di guardarlo. Adesso mi sembra che non parli più a voce alta e che non abbia così tante manie di protagonismo come pensavo i primi giorni che era arrivato a lavorare.

L'unica cosa che ho accertato è che si crede il migliore, anche se ha dei buoni motivi visto che fisicamente non è niente male, bisogna riconoscerlo. È alto, magro e moro. Non è bellissimo, ma ha due occhi scuri e grandi che fanno sì che questo non sia un problema. Mi piace come guarda. Quella che si è invaghita di più di lui, o meglio, quella che si nota di più, è Carmen, il capo, che da quando Roberto lavora con noi, ha un comportamento da adolescente che le toglie tutta la serietà che si esige da una produttrice

esecutiva, che è il suo ruolo. Ultimamente non è quasi mai nel suo ufficio e passeggia tra i tavoli della produzione facendo il capo superinteressato, dicendo frasi del tipo «Ciao ragazzi, come è andato il weekend?», che non la mettono in una buona posizione. È chiaro che il suo unico obiettivo è richiamare l'attenzione di Roberto, anche se sospetto che lui sia più preoccupato del suo nuovo lavoro come direttore piuttosto che di avere un'avventura con qualcuno del programma. E se lo facesse, non sarebbe con lei, perché l'unica a cui sembra interessato è una ragazza della redazione di ventisei anni, biondissima e stupenda. Carmen è una tipa in gamba e ho molta stima di lei, ma è il capo e non ho abbastanza confidenza per avvertirla che le cose non andranno a finire bene.

Roberto e io andiamo d'accordo, anche se non abbiamo quasi rapporti. Si siede davanti a me perché occupa ancora il posto di Esther, ma non mi presta molta attenzione; però è molto educato ogni volta che mi chiama in modi diversi. Per lui sono stata Laura, Lara, Carolina e altri. «Clara!, ecco, Clara!, scusa, ma sono terribile con i nomi».

Con l'aiuto di mia madre, sono riuscita a mettermi un po' in regola con Sornista, a cui dovevo già un mese e mezzo. La mia domestica bulgara è gentile con me da quando ho portato Ivanca a *Piccoli Talenti*, anche se, com'era naturale, non è stata selezionata. A lei non importava, l'importante era che le avessi fatto un favore, anche se il casting di sua nipote era stato un disastro. Inoltre, la ragazza è contenta, perché il suo provino, dove cantava *I Will Survive* di Gloria Gaynor strizzata come una salsiccia – proprio la descrizione adatta – dentro un vestito lungo di licra rossa, naturalmente è stato visto in tutti i programmi di sketch, dando alla ragazza pelosa una certa fama nel suo quartiere.

Sornitsa ha ricominciato a chiamarmi «Clarra». Può essere a favore o contro tutto ciò che faccio e mostra la sua approvazione o il suo rimprovero con un semplice sguardo o con qualche parola in bulgaro che, ovviamente, sa che non capisco. Credo che Sornitsa sia una delle persone che mi conoscono di più.

-Clarra, vai a lavorro sempre vestita bene ultimamente!

-Come sempre, no?

-Piacerti qualcuno a lavorro, sicurro.

-Ma va!

-Un colega?

-Ma no!

-Attenta, Clarra, che a lavorro bisogna lavorarre.

-Ma se non c'è nessuno.

-Non c'è nessuno, ma stai attenta. A lavorro bisogna lavorarre.

-E tu, non lavori?

-Erra solo consiglio.

Sornitsa sa tutto della mia vita. La maggior parte gliel'ho raccontata io e il resto l'ha indovinato lei. Sono sicura che sia un po' una strega, perché non è possibile che abbia scoperto che mi piace qualcuno al lavoro semplicemente perché negli ultimi giorni mi sono data una sistemata. O sì? Mi guardo allo specchio e mi rendo conto che sono troppo truccata e vestita come se dovessi andare a una festa. Mi piace essere bella, non si sa mai che Roberto ricordi almeno il mio nome senza esitare.

Ho appuntamento con mio padre in un bar vicino al lavoro e ho deciso di andare a piedi. In borsa ho la foto dove lui sta insieme a mia sorella e la signora dai capelli rossi con la cattedrale di Almudena alle spalle. Mentre sto andando, penso a come comportarmi. Non so nemmeno come sto. Ci sono volte che non riesco a decifrare il mio stato d'animo. Non so se sia per la conversazione con Lourdes o perché sono passati un po' di giorni, ma non sono arrabbiata con mio padre come dovrei esserlo. Sono quasi arrivata al bar, vedo l'insegna e comincio a provare curiosità piuttosto che voglia di rimproverare qualcosa a mio padre, perché voglio sapere cosa succede con questa Maite. Mi succede anche quando dovrei essere contenta e quando arriva il momento e non provo questo sentimento, tendo ad esagerarlo per far sì che si noti. L'ho fatto il giorno del mio matrimonio, il più noioso che possa ricordare, e ne ho visti di matrimoni. Luisa e io prenotammo un banchetto per cento cinquanta persone, ma ci sbagliammo con le previsioni e vennero solo in cinquantotto, inclusi noi due. Il salone, pacchiano come tanti altri, con i lampadari a goccia e le applique a forma di candelabro, era talmente vuoto che si sentiva l'eco. Quando fu il momento di ballare, quei pochi che ballarono lo fecero perché erano costretti e senza alcun entusiasmo, tranne lo zio Tomas, un cugino di mio padre che è il «burlone di famiglia». In tutte le famiglie c'è uno zio che è fastidioso, impertinente, provincialotto, arrapato, maschilista e senza alcun senso comico, che viene considerato il «burlone di famiglia». Per tutto il matrimonio, quando ero con lo zio Tomas, fingevo di essere contentissima, ballavo paso doble e conga senza smettere di urlare «Iu uh!, iu uh!» e «Allegria! Allegria!».

Mio padre è seduto a un tavolo e beve, come sempre, un caffè liscio. Arrivo con un'espressione molto arrabbiata e, dopo di un bacio e un freddo «Ciao!», prendo la foto dalla borsa e gliela metto davanti:

-Mi puoi spiegare cos'è questa foto?

Mio padre beve dalla tazzina come se volesse prendere tempo per rispondere.

-Dove l'hai presa?

-Era a casa di Maria.

-E ce n'erano altre?

-Sì. Maria aveva una scatola con molte foto.

-Le hai viste tutte?

-Non ho avuto tempo. Cosa c'è ancora da vedere?

-Maite non morì nell'incidente. Ho mentito perché ho pensato che in quel momento fosse l'unico modo per farmi perdonare da tua madre. In seguito non ho potuto rettificare.

-Hai detto che Maite era morta per continuare a stare con la mamma?

-È stata una stupidaggine che non è servita a niente. Tua madre mi ha lasciato comunque.

-E cosa successe con Maite?

-Si riprese e continuiamo a vederci.

-Per tutti questi anni?

-Sì. Non abbiamo mai smesso di vederci.

-E chi lo sapeva?

-Nessuno fino a poco tempo fa. Maite era sposata e io avevo detto che era morta. Non era una storia facile da raccontare.

-Era sposata?

-Sì, ma suo marito è morto l'anno scorso. Maite vive a Barcellona con i suoi figli.

-Ha figli?

-Due. Sicura di non aver visto altre foto?

-Non ho visto nulla. Di che foto parli?

-È che...

-Da quanto lo sapeva Maria?

-Dalla fine dell'estate scorsa. Non ti ha raccontato niente perché le ho chiesto di non farlo. Volevo farlo io, ma non era mai il momento giusto.

-E se non avessi trovato questa foto, non l'avrei mai saputo.

-Te l'avrei raccontato dopo Natale, ma dopo la morte di Maria ho dovuto aspettare.

-E io che pensavo fossi una spia in missione segreta.

-Cosa?

-Niente, niente.

-Devi sapere qualcos'altro.

-Che Maite è un'agente antiterrorismo?

-Come?

-Niente, niente. Continua.

-Uno dei figli di Maite è mio.

Ci sono notizie che non sei mai pronta a ricevere. Quella che mio padre mi ha appena dato mi paralizza. In questi momenti dovrebbero uscire i progressi fatti in due anni di trattamento con Lourdes, tutti gli sforzi per conoscere me stessa, ma non ho la minima idea di cosa sento, non so cosa dire. Ci sono notizie che non sai se sono buone o cattive.

Me ne sono andata dal bar indignata e senza salutare mio padre, che ho lasciato con le parole a mezz'aria. Ritorno verso casa camminando e sono confusa, ma ho un'enorme curiosità. Il bisogno di sapere di più riguardo al figlio di mio padre è il primo pensiero chiaro di tutti quelli che mi passano per la testa. Quanti anni ha questo tipo? Mi assomiglierà? È mio fratello? No. Quello non è mio fratello. Com'è? Forse anche lui ha quattro o cinque chili di troppo. Conosceva Maria? Ci sarà nelle foto che sono nello scatolone? Lui lo sa che mio padre è suo padre? Da piccola avrei sempre voluto un fratello... Ma che sciocchezze dici, Clara? E mia madre? Cazzo, chissà quando lo saprà! Le ho promesso che l'avrei chiamata dopo aver parlato con mio padre. Chiamo Lourdes o chiamo prima Esther? Chissà quando glielo racconterò! Come si chiamerà? Magari si chiama Fermin, come mio padre. Ma Fermin è un nome assurdo. Ormai nessuno si chiama Fermin.

Questo sabato ho una sessione doppia allo studio. Tre ore al mattino per fotografare nature morte di offerte e un matrimonio al pomeriggio. Con ciò che guadagno sistemerò tutte le mie cose. Grazie a questo extra e con l'aiuto di mia madre riesco a superare, per il momento, l'oppressione economica e forse riuscirò a comprare a Mateo l'aggeggio per i videogiochi che hanno tutti i suoi amici.

-Mamma, voglio il Nintendo DS!

-Tesoro, non ho un *duro*²!

-Mamma, che cos'è un *duro*?

Non sono troppo vecchia, ma per alcune cose appartengo a un'altra generazione. Mio figlio non sa cosa sia una peseta e usa Internet meglio di me. Io lo uso al lavoro, ma poi non sono in grado di sfruttarlo a pieno. Non so scaricare musica, o film e non sopporto quando qualcuno mi dice: «Ma se è facilissimo!». Esther mi ha raccontato che ha avuto qualche storiella con dei tipi conosciuti online, ma io non ho ancora familiarità con questa nuova forma di comunicazione. Ci sono cose sulle quali devo aggiornarmi.

Apprezzare il sesso tramite Internet è una di queste; apprezzare il sesso in generale è una cosa che sto recuperando a poco a poco. Sono stata capace di andare a letto con un tizio sposato dopo tre ore che lo conoscevo, che poi non ho più rivisto e di cui non ricordo bene il viso. Tutto in una sola notte. Il nome però me lo ricordo, perché si chiamava come il cane di una mia cugina, Charly. Anche se non ho abbastanza esperienza per fare un paragone, quella notte feci del buon sesso. Non ricordo qualcosa di simile neppure con Luisma nel nostro migliore momento.

Il mio ex e io abbiamo avuto dei periodi fantastici a letto dove ci accoppiavamo molto bene. Abbiamo conosciuto il sesso insieme e un po' alla volta anche noi stessi e l'altro. Abbiamo imparato cosa e come ci piaceva e a godere dando piacere. Andavamo nei sexy shop e, un po' alla volta, abbiamo creato una collezione interessante di aggeggi per entrambi: giochi con palline, manette e maschere; abbiamo registrato dei video con

² Il "duro" è il nome informale che gli spagnoli utilizzavano per indicare la moneta da 5 pesetas.

delle imprese molto interessanti e l'abbiamo fatto mentre ci guardavamo alla TV. Quest'ultima cosa piaceva molto di più a lui, perché io alla TV mi vedevo estremamente grassa. Abbiamo scoperto che il corpo ha molti punti, che la panna non è fatta solo per essere mangiata con le fragole e che solo qualche volta il letto è il miglior posto.

Credevo di aver già sperimentato tutto, che mi fosse già successo di tutto, ma non era così. Dopo l'avventura con Miguel ero disposta a conoscere altri uomini. La strada era ancora aperta, c'era una vita dopo Luisma e valeva la pena di essere vissuta. Il tale Charly me lo confermò una notte dell'autunno scorso, in un hotel della Nacional II. Ci sono studi che affermano che le donne sperimentano il proprio splendore sessuale tra i trenta e i quarantacinque anni. Sono d'accordo. Ho più voglia che mai e ogni volta apprezzo sempre di più il sesso, anche da sola. Ho tardato abbastanza nello scoprire il sesso in solitario e ancora di più nel praticarlo e apprezzarlo con naturalezza. Di fatto, non molto tempo fa. Anche se mi vergogno a riconoscerlo, avevo più di 25 anni quando ho avuto il mio primo orgasmo masturbandomi. Non ci ero mai arrivata perché mentre lo facevo pensavo a cose poco stimolanti, del tipo che i miei genitori, i miei professori o i miei compagni mi stavano guardando. Credo che quando mi toccavo lo facevo perché ne avevo voglia, ma mi vergognavo un po', mi toccavo come se non volessi toccarmi. Non ero sola quando lo facevo; accanto a me c'era tutto il mio pudore che osservava quell'atto indecoroso senza voler guardare. Dev'essere per questo che non sono mai stata in grado di toccarmi se non sotto le lenzuola e mi sa che non aprivo nemmeno le gambe quando lo facevo. Così non va.

Charly e un suo amico si presentarono a Esther e me una sera, dopo essere state ad un concerto di fado. Ci erano stati regalati i biglietti e decidemmo di approfittarne perché a entrambe piaceva la musica popolare portoghese, o almeno era quello che credevamo fino a quella sera. La musica portoghese è bella, questo non si discute, ma un po' alla volta e ogni tanto. Trenta canzoni di seguito è qualcosa di veramente insopportabile. Esther e io uscimmo dal concerto con il desiderio di ascoltare musica stridente e finimmo in una discoteca alla moda dove era facile trovare molta gente famosa. Esther vide l'amico di questo Charly e, con lo sguardo, li invitò ad avvicinarsi. Dopo una breve conversazione, le coppie erano state formate e il piano deciso. Esther se ne sarebbe andata in un hotel con l'amico e mi spinse a fare lo stesso con Charly. Non so se ero ancora stordita dalla musica portoghese o se mi sono vista un po' obbligata per non sembrare bacchettona, ma accettai.

Ce ne andammo tutti e quattro in un hotel della periferia dove si prendevano camere a ore. Non dimenticherò mai i numeri delle stanze del primo piano. Esther e il suo amico nella 111 e il mio e io nella 112. La prima mezz'ora nella camera bevemmo un paio di gin tonic preparati grazie al minibar e assicurai a Charly che io non ero una tipa che se ne va con il primo che incontra. Questo non era proprio da me. Non si sa mai che pensasse che ero una qualsiasi. Charly mi ascoltava con poca attenzione e si notava che non gli interessava ciò che gli dicevo. Dopo le mie chiacchiere mi spiegò che era sposato, che sicuramente non ci saremmo visti mai più dopo quella notte e che l'unica cosa che voleva era il sesso. Tanta sincerità mi fece sentire libera e pensai che già che c'ero ne avrei approfittato.

Non facemmo niente che non avessi già fatto prima, ma mi successe una cosa che non era mai accaduta prima. Verso la fine, mi misi sopra per dominare il ritmo. Il piacere era totale e avevo la sicurezza che il finale sarebbe stato finalmente quello che speravo. Dopo l'ultimo anno con Luisma e gli incontri incompleti con Miguel, dovevo prolungare il momento per renderlo più intenso. Charly non si stancava e dovevo approfittarne. Continuai a muovermi e lui, con le mani sulla mia schiena, mi spingeva sempre più dentro. Non so che parte del mio organismo toccò dentro di me, ma con l'orgasmo tracimai. Letteralmente. Avevo sentito qualche volta per la TV che poteva succedere a qualche donna, ma non avrei mai immaginato di essere una di quelle. Divenni rossa sentendo il bagnato, ma in quel momento non mi importava. Penso che Charly fosse sorpreso tanto quanto me, ma si comportò come se succedesse ad ogni donna che stava con lui. Se ne andò soddisfatto, con il suo orgoglio di maschio e io restai nella stanza aspettando una chiamata di Esther, che era ancora nella 111. Non sono troppo vecchia e, anche se non sono pratica di Internet, so che non è mai tardi per scoprire chi sei.

Mio padre non ha mai smesso di chiamarmi da quando ci siamo visti al bar, ma non gli ho risposto. Voglio farlo preoccupare. Per saperne di più ho chiamato mio cognato Carlos, che, come pensavo, era già al corrente del figlio di mio padre. Mi ha raccontato che, alla fine dell'estate scorsa, Maria ha conosciuto il ragazzo e Maite, che, dopo essere rimasta vedova, ha voluto conoscerci per farci sapere che avevamo un fratello. Secondo Carlos, mio padre temeva che la prendessi nel modo sbagliato e decise di dirlo prima a Maria per poi, insieme, raccontarlo a me.

Il ragazzo ha 28 anni e si chiama Jaime, come suo padre, quello che l'ha cresciuto, quello che è morto senza sapere la verità. O la bugia, a seconda dei punti di vista. Nella foto che ho trovato c'erano mio padre, Maria e Maite. Quello che l'ha scattata deve essere stato Jaime.

Mi manca Maria. In questo momento darei qualsiasi cosa per litigare con lei. Non poterlo fare mi rende furiosa. Non posso perdonarle di non avermi raccontato che mio padre aveva un figlio, che l'aveva conosciuto e che non avesse condiviso la notizia con me. Se Maria fosse viva, questo sarebbe stato il litigio peggiore di tutti quelli avuti. Il fatto di essere morta non può essere una scusa per perdonarle di non avermi detto una cosa del genere, nonostante gliel'avesse chiesto nostro padre.

E c'è dell'altro: la maledetta ansia della mia famiglia nel proteggermi da tutto per non farmi soffrire. Sempre la piccola di casa, quella che non è mai pronta ad affrontare nessun problema. Avevo undici anni quando, un 5 di gennaio, dovetti dire ai miei genitori di non sforzarsi più con la storia dei Re Magi, perché già era chiaro, già lo sapevo e non succedeva nulla. Anche Maria ha interpretato per tutta la vita il ruolo della sorella protettiva che pensava di sapere tutto. È vero che lei faceva le cose in modo migliore, studiava di più, era più magra e la clinica andava a gonfie vele, ma a volte esagerava. È arrivata persino a dirmi quanto sia doloroso partorire. Lei era medico, ma io ho partorito, lei no. Mio padre è nonno grazie a me, perché la sua primogenita, tanto occupata ad essere perfetta, non ha avuto tempo per fare figli. Forse perché i bambini non ti permettono di avere quella pancia piatta meravigliosa e ti tolgono tempo per andare tutte le sere a rinforzare i glutei nella palestra che costa una cifra. Forse pulire il vomito dei bambini rovina le unghie e non dormire alla notte aumenta le occhiaie. Adesso viene fuori che abbiamo un fratello e né lei né mio padre me lo dicono perché hanno paura che me la prenda nel modo sbagliato...

-Papà?

-Ciao figliola! Dov'eri? Ti ho chiamato.

-Lo so. È che non volevo risponderti.

-Dai!

-Voglio che tu sappia che non ti perdonerò mai per non avermi raccontato di Jaime...

-Sai già come si chiama?

-Me l'ha detto Carlos... E voglio che tu sappia anche che se Maria fosse viva, non perdonerei nemmeno lei. Lei ancora meno. E voglio dirvi che siete dei...

-Basta così. Posso parlare?

-Dimmi.

-Hai ragione, mi dispiace molto non averti raccontato tutto prima e non aver permesso che tua sorella lo facesse in tutti questi mesi.

-Questa poi! Carlos mi ha detto che Maria lo sapeva da agosto, ma tu da quanto sapevi che avevi un figlio?

-Da quattro anni circa. Maite l'ha scoperto per caso, grazie a un test del DNA, che il padre di Jaime non era suo marito. Perciò dovevo essere per forza io.

-O no.

-Me ne sono assicurato facendo il test. Inoltre, non appena lo vedrai non avrai dubbi. Ti assomiglia molto.

-A me?

-Sì, anche se ha i capelli rossi.

-Ho un fratello con i capelli rossi che mi assomiglia?

-Sì, che c'è? La genetica ha molto potere.

-Quelli con i capelli rossi portano sfortuna.

-Ma cosa dici?

-Sì. Ogni volta che ne vedo uno devo incrociare le dita.

-Maite è rossa.

-Appunto.

-Appunto cosa?

-Non voglio avere un fratello dai capelli rossi adesso, punto.

-Vedi che non ti si può dire niente?

Mia madre ha appreso con una certa indifferenza la notizia del figlio di mio padre. Dice che non le importa nulla di ciò che fa «quel signore», anche se conoscendola, so che è solo apparenza e che dentro di sé dev'essere furiosa. Dall'età di Jaime, è sicuro che i miei genitori stavano assieme quando mio padre mise incinta Maite. Sono passati molti anni, ma ci sono cose che non si perdonano. Inoltre, so che mia madre non perde mai l'occasione per un rimprovero, anche se è passato molto tempo dall'accaduto. Lourdes mi ha detto che ho sminuito troppo il fatto di avere un fratello e che sarebbe meglio che cominciassi a prendere sul serio la faccenda. Esther è d'accordo con lei, anche se l'ha fatta ridere che abbia i capelli rossi. Mi ha raccontato che quando si vede uno con i capelli rossi non bisogna incrociare le dita, ma toccarsi un bottone. È un'altra variante della superstizione. La mia amica mi ha raccomandato di incontrarlo il prima possibile e so di doverlo fare, ma ora come ora non penso che lo farò.

Sono stanca di tutto questo stress, sono successe molte cose in pochi mesi e muoio dalla voglia di fare una vacanza. So che questa settimana sarà dura perché comincio già stanca morta. Il matrimonio di sabato è finito tardissimo perché gli sposi hanno cominciato a ballare il valzer all'una di notte. Alla fine sono arrivata a casa alle tre, e alle otto dovevo andare a prendere i bambini a casa dei genitori di Luisma.

Il mio ex non ha dato molta importanza alla storia di Jaime. Penso che non mi abbia prestato troppa attenzione perché è molto occupato con i suoi affari. Sembra che il negozio di cellulari non sia ancora decollato e i problemi con il nuovo socio hanno cominciato a farsi sentire.

Ho passato la domenica al parco con i bambini e, come se non bastasse, Pablo ha avuto gli incubi e mi sono dovuta svegliare un paio di volte durante la notte, e poi faccio molta fatica a riaddormentarmi. Questa mattina non c'erano arance per il succo, sta piovendo, mi sono resa conto che devo depilarmi urgentemente e inoltre mi sono venute. Cosa si può chiedere di più a un lunedì?

Nel programma c'è tensione perché si nota che manca poco alla prima. Questo è il momento in cui tutti esprimono la propria opinione sul lavoro degli altri. Il canale che trasmetterà *Piccoli Talenti* non è d'accordo su quasi nulla di ciò che è stato fatto in produzione e bisogna fare alcuni cambiamenti. La prima cosa da cambiare è il presentatore a cui si era pensato, perché, a quanto pare, non convince i «piani alti». Non so se succede in altre professioni, ma nella televisione si utilizza molto il termine «piani alti» per parlare dei dirigenti in maniera impersonale, così le decisioni sbagliate non hanno mai un autore chiaro. Oltre al presentatore, i «piani alti» vogliono cambiare il cast dei bambini, perché dicono manchi un cicciottello. Non può esserci un programma che si rispetti senza un bambino cicciottello, perché fa emozionare di più e fa salire gli ascolti.

Roberto e Miguel stanno lavorando insieme e vanno molto d'accordo. Credo che questo mi renda nervosa. Uno in qualità di direttore e l'altro come produttore stanno preparando le puntate e passano tutto il giorno insieme sul set. Se entrano in confidenza è possibile che Miguel racconti a Roberto che abbiamo avuto una storia e se entra nei dettagli sono finita.

Passerò i prossimi giorni convocando gente per chiudere definitivamente la squadra. Abbiamo bisogno di cameraman, di alcuni redattori, di ingaggiare una nuova impresa per l'audio e dei giovani tuttofare. Mi piacciono i programmi in via di sviluppo. Continuo a impressionarmi nel vedere tanta gente, molte volte più di cento persone, che lavora, e ognuna di loro sa ciò che deve fare. Sono quelli che i presentatori ringraziano quando ricevono un premio con quei «grazie alla squadra meravigliosa che sta dietro le telecamere e che non potete vedere da casa». Quando ascoltate queste parole, non credeteci, perché nemmeno i conduttori la vedono. E se la vedono, non gli danno alcuna importanza. In realtà credono che le uniche persone importanti siano loro, quelli che si vedono sullo schermo. Può essere ancora peggio se il presentatore di turno aggiunge in tono solenne un «senza di loro tutto questo non sarebbe stato possibile». Se sentite questa frase, non fidatevi mai più di quel tipo.

Ci sono giorni che cominciano bene, ma prendono una brutta piega man mano che passano le ore. Tuttavia, ce ne sono altri che, visto che cominciano talmente male, possono solo migliorare. Poco prima di mangiare, Roberto mi ha chiesto di lasciare da parte la selezione del personale e di recuperare le foto di tutti i bambini cicciottelli che sono stati rifiutati durante i provini.

-Se ti va, scegli quelli che ti piacciono di più e li rivediamo insieme questo pomeriggio per chiamarne un paio e fargli un altro provino.

-Sì, sì, va bene.

-Grazie, Clara.

-Di niente, Roberto.

-Tutto bene?

-Sì, sì. Tutto bene.

-Bene, allora dopo mangiato ci vediamo.

-Fantastico.

-Ti va bene alle quattro e mezza?

-Mi sembra perfetto.

-Allora ci vediamo alle quattro e mezza, Clara.

-A dopo, Roberto.

Perché proprio oggi non mi sono sistemata per venire a lavorare come ho fatto nell'ultimo periodo? Perché non mi sono presa cura del mio corpo e ho ripreso i quattro chili che avevo perso? Perché non mi sono depilata quando era il momento? Perché ho così tante occhiaie? Per quale motivo la grandezza del brufolo sul mento ha raggiunto proprio oggi il suo splendore? Sono andata a casa a mangiare per sistemare il disastro e non ho avuto il tempo di mangiare. Meglio così, chissà che mi sgonfi un po', visto che ho la pancia supergonfia per colpa delle mestruazioni. Mi sono truccata e mi sono messa la camicia rosa, che, a detta di tutti, mi fa sembrare bellissima. Anche se ho i pantaloni, non mi sento a mio agio senza essermi depilata e non ho voluto intervenire sul brufolo, perché se ci metto le mani il rimedio peggiorerebbe il problema. Ad ogni modo, in un'ora sono riuscita a migliorare sensibilmente il mio aspetto.

Sono ritornata in produzione a tutta velocità e mi sono messa a cercare bambini grassottelli. Non so perché, ma ce ne sono quattro che richiamano la mia attenzione. Seleziono le loro foto, l'attività artistica e recupero i video dei provini. Sono le quattro e mezza in punto.

-Ciao Clara, come va?

-Ciao Roberto, molto bene.

-Hai fatto?

-Sì. Ho selezionato i quattro che mi piacciono di più.

-Vediamo, vediamo...! Sì. Vanno bene, ma...

-C'è qualche problema?

- No, no. Vanno bene. I bambini sono cicciottelli. È che c'è una cosa strana...
- Cosa c'è di strano?
- Che tu abbia scelto i quattro con i capelli rossi.
- Cazzo, è vero! Non me ne ero resa conto.
- Quando vedo uno con i capelli rossi mi tocco un bottone.
- Io a queste cose non ci credo.
- Non si sa mai.

Mio cognato Carlos si è preso una vacanza dalla clinica. Ha lasciato tutto nelle mani del direttore e ha deciso di prendersi un anno sabbatico. Mi ha detto che non sta bene e che non riesce a sopportare di dover andare ogni mattina alla clinica senza Maria. Mi sembra che vada per un paio di mesi a New York e poi viaggerà per tutto il mondo. Prima di andarsene mi dice che vuole sistemare le scartoffie della casa e che ha bisogno di me per vedere cosa fare. Non so a cosa si riferisca. Non capisco perché Carlos abbia bisogno di me e di che scartoffie parli. Abbiamo appuntamento venerdì a pranzo così mi racconta.

Mia sorella e Carlos avevano guadagnato molti soldi da quando avevano aperto la clinica quattro anni fa. Lei non parlava mai di queste cose con me, perché credo non si sentisse a suo agio a maneggiare certe cifre così distanti dalla mia situazione economica. C'è gente a cui piace dire quanto costi ogni cosa che compra, ma Maria non parlava mai di soldi con me, perché la metteva in imbarazzo. Entrambe sapevamo che il prezzo di qualsiasi mobiletto del suo salotto era superiore a quello di tutti i miei mobili, o che il prezzo del suo fuoristrada è pari a ciò che io guadagno in due anni, facendo due lavori. Era talmente chiaro che non c'era bisogno di dirlo.

Carlos ha migliorato un po' il suo aspetto dall'ultima volta che l'ho visto. Quando entro nel ristorante mi sta aspettando ad un tavolo in fondo. Ha ricominciato a farsi la barba, recuperando quel luccichio artificiale del suo viso roseo, e indossa un vestito, anche se non ha la cravatta. Ci salutiamo con affetto. Anche se due persone non hanno molte cose in comune, il dolore unisce molto, ancora di più se è per la stessa persona. Carlos mi racconta il perché del nostro incontro.

- Già sai che Maria è morta senza aver fatto testamento.
- È normale. Non ci si aspetta mai di morire a trentotto anni.

-Il fatto è che dal momento che avevamo fatto la condivisione dei beni, la metà di tutto è dei tuoi genitori.

-E quindi?

-Questo è ciò che dice la legge.

-Non ne avevo idea.

-Se una persona muore senza aver fatto testamento e senza discendenti, gli eredi sono i suoi predecessori.

-I suoi predecessori?

-I suoi genitori insomma. E quindi, i figli di questi nel caso ne abbiano. Cioè, tu.

-Io?

-Sì, certo. Se non decidono di donare tutto a un asilo, l'unica erede dei tuoi genitori sei tu.

-Chiaro, chiaro.

-Io non voglio niente che non sia mio, ma mi piacerebbe vendere tutto il prima possibile per andarmene e se non giungo ad un accordo con i tuoi genitori, non posso farlo.

-Non credo che ti creeranno problemi.

-Sì, ma preferisco che sia tua a spiegarglielo. Per questo ti ho chiamato.

-Certo, non preoccuparti. E scusa se te lo chiedo, di che eredità stiamo parlando...? Giusto per farmi un'idea, più o meno.

-Dunque... la villa, un appartamento al mare su cui abbiamo investito, la clinica e due posti macchina che sono in affitto.

-E a quanto ammonta il tutto?

-Non lo so. Adesso non è un buon momento per vendere, però calcola circa tre milioni di euro, meno due all'incirca di ipoteca e di proprietà... Più o meno quattrocentomila euro circa a testa.

Credo che uno dei miei problemi sia sempre stata la tendenza a semplificare tutto. Per fare in modo che tutto combaci, al mondo esistono due tipi di persone, le buone e le cattive. O si è in un modo o nell'altro, non ci sono mezzi termini. Le prime hanno sentimenti buoni e le cattive non possono averli. Nella mia mente, che vuole semplificare tutto, le persone stanno bene o male; ci sentiamo felici o tristi. Così non ci sono dubbi, visto che i dubbi mettono molta paura. Questo approccio è errato, perché nella vita non

combacia mai niente, è una bugia. Niente di naturale ha una forma concreta, non può essere in un solo modo e men che meno può essere per sempre. Le persone sono complesse e non è possibile semplificare il casino in cui si è convertita la mia vita negli ultimi mesi. Non penso di farlo perché io non sono né buona, né cattiva; non sono felice o triste, e qualche volta non ho dei sentimenti buoni. Ho trentacinque anni e un nuovo fratello che non voglio che esista, ma muoio dalla voglia di conoscerlo; sono una donna adulta che, come un'adolescente, è persa per un tizio con il quale non ho nessuna possibilità; tutti i giorni mi sveglio triste e tutti i giorni ci sono momenti in cui sono felice; darei tutto ciò che ho per poter baciare ancora una volta Maria, ma la sua morte può darmi più di ciò che abbia mai avuto. L'unica semplificazione che mi serve ora è che le persone o sono vive o sono morte.

Mateo ha i pidocchi e Pablo la varicella. Nessuna delle due cose è grave, ma comunque non piacevoli per loro e per me. Nessuno dei due sta andando a scuola e anche se c'è Sornitsa, quando i bambini rimangono a casa non mi sento mai bene. Pablo ha raggiunto i quaranta di febbre tre o quattro volte e ha trentotto da cinque giorni. Dal momento che il piccolo deve rimanere in casa, ne approfitto per lasciare a casa anche Mateo e spopolare la sua testa senza che si vergogni, non tanto di avere i pidocchi, ma per l'odore di aceto che emana tutto il giorno. A me li toglievano con l'aceto e così faccio anch'io con Mateo, perché non mi fido dell'efficacia dei nuovi prodotti che vendono in farmacia e che profumano così tanto.

Se i bambini sono a scuola mi sento sollevata, ma quando stanno a casa e non sono con loro ho i rimorsi. È il chip che non riesco a togliermi dalla testa e, in questi casi, mi piacerebbe assomigliare a un uomo. La coscienza negli uomini è molto più avanzata rispetto alla nostra per due cose fondamentalmente: il sesso e la paternità. Fino a quando noi donne non raggiungeremo il livello di libertà che hanno loro in queste due tematiche, il femminismo sarà un termine senza senso. Non bisogna pensare, bisogna sentire. Non è sufficiente sapere che non sei una cattiva madre perché non stai con tuo figlio quando ha la varicella, ma non sentirti in colpa perché non lo fai; non è sufficiente capire che basta aver voglia di andare a letto con un tipo, ma essere capaci di utilizzare quella voglia a tuo piacere. Noi donne, quando andiamo a letto con qualcuno, per quanto ci crediamo emancipate, diciamo cose tanto ridicole come: «Ieri con quel ragazzo è stato magico!». Cos'è questa storia del magico? Ieri con quel ragazzo è stato solo sesso, renditene conto e sii felice. Ma che magico e magico!

Con i bambini a casa e io tutto il giorno in produzione per via della première del programma, Sornitsa ha fatto più ore del dovuto questa settimana ed è da tre notti che si ferma a dormire. Luisma mi ha detto che al momento non può aiutarmi, che è incasinato e non è in vena di bambini. Mia madre mi dà una mano, ma ormai non è più in grado di fare

molte cose, così la mia domestica bulgara è quella che si sta prendendo “curra” dei bambini e di tutta la casa. Sornitsa, nonostante l’abbondanza di erre e l’assenza quasi sempre di articoli, ha ulteriori particolarità nell’utilizzo della lingua. Una di queste è che confonde i proverbi e l’altra è che non capisce l’impatto di alcune frasi o parole tolte dal contesto.

-Ciao Sornitsa, come va oggi?

-Ne ho i coniglioni pieni, signorrra!

Il programma mi porta via molto tempo, ma siamo contenti perché gli ascolti della prima puntata sono andati benissimo. In televisione dipende quasi tutto dall’audience e se non va bene, al lavoro si respira un’aria pesante. Questo non è il nostro caso, perché *Piccoli Talenti* ha superato la media del canale e siamo tutti felici, soprattutto ai «piani alti». Voglio condividere la mia gioia con Sornitsa, che ieri è rimasta a casa per addormentare i bambini e poi è rimasta sveglia fino alle due del mattino per vedere la fine del programma. Inoltre, mi ha detto che le he piaciuto molto: «Soprattutto bambino cicciotto con capelli arrancio!!».

Ho appuntamento con i miei genitori per raccontargli della mia conversazione con Carlos, anche se loro non sanno di cosa si tratti. Non è stato facile trovare un posto per incontrarci. Io posso solo durante il fine settimana e in casa ci sono i bambini; per mio padre è indifferente, ma mia madre dice che in casa sua «quel signore» non ha motivo di entrare e in quella di «quel signore» non ha motivo di entrare lei. Nemmeno un luogo pubblico è una buona idea, perché so che tutti e tre finiremo per piangere e non mi piace farlo davanti a troppa gente. Così ho chiesto a Esther le chiavi di casa sua e ho appuntamento lì con i miei genitori. Alla mia amica ho servito su un vassoio la battuta del «le amiche prestano le case per poter andare a letto con qualcuno, non per un appuntamento con i genitori». Nonostante l’ovvietà della battuta, non ha potuto fare a meno di dirla; è per questo che è un’autrice comica. Poi mi ha dato un abbraccio forte per darmi coraggio e con un bacio mi ha augurato buona fortuna prima di andarsene da casa sua e lasciarmi lì ad aspettare i miei genitori.

Entrambi salgono assieme, perché si sono incontrati nell’ascensore. Mia madre mi dà un bacio, chiarendo che sta dalla mia parte e mio padre lo fa un po’ sulla difensiva. Non voglio che niente possa interferire con la conversazione, così chiarisco le cose fin dal

principio, prima che si siedano: «Ho voluto vedervi per parlare di Maria. Non di Maite o di suo figlio, non di tutta questa faccenda che risolveremo in un altro momento».

Non serve nemmeno insistere, che al solo nominare mia sorella il dolore li accomuna, al punto che gli è impossibile rimproverarsi qualsiasi cosa. Ereditare da un figlio è contro natura, è l'ultima cosa che avresti voluto fare nella vita. Gli racconto che a Maria e Carlos le cose andavano benissimo economicamente, gli elenco le loro proprietà e gli dico che per legge gli spetta la metà di tutto. Piangono pieni di dolore, e ancora più di orgoglio per tutto ciò che aveva ottenuto la loro figlia maggiore. Io, che molto spesso non scelgo il momento adeguato per dare libero sfogo ai miei sentimenti, comincio a diventare gelosa. Non è il momento adatto e le mie gelosie sono ingiuste, ma non posso evitarle. Il successo di mia sorella, talmente evidente e quantificato con queste cifre esorbitanti, mi fa sentire molto piccola. Cerco di spiegargli che l'intenzione di Carlos è quella di vendere tutto per poter andarsene, ma non danno retta a ciò che dico. Parlano solo di Maria.

-Che persona di valore era mia figlia!

-Se ne vanno sempre i migliori!

Non riesco a riportare la conversazione al principio per far sì che mi dicano se hanno intenzione di vendere o no, così poi io lo dico a Carlos. Sto diventando nervosa per via di tutti questi pianti. Un momento fa i miei genitori non si parlavano nemmeno e ora sono mano nella mano a ricordare che Maria terminò gli studi di Medicina nei tempi previsti. Credo che se in questo momento uscissi dal salotto non se ne renderebbero nemmeno conto.

-Bene, quindi? Cosa avete intenzione di fare? Perché io devo andarmene a casa che i bambini mi stanno aspettando.

-Non lo so, figlia mia- dice mia madre asciugandosi le lacrime.

-Bisognerà decidere e smettere di piangere.

-Non parlare così a tua madre- interviene mio padre.

-Tu è meglio se stai zitto, che è già abbastanza che vai in giro a spargere figli per il mondo.

-Clara, tesoro, che ti succede?- domanda mia madre.

-Cosa mi succede? Cosa stai insinuando?

-Niente, niente, tesoro. Stavamo parlando tranquillamente di tua sorella e sei diventata così...

-Così come? Stai dicendo che sono pazza?

-È meglio se ce ne andiamo- dice mio padre prendendo mia madre per mano e incamminandosi verso la porta.

-Sì, meglio se ce ne andiamo e parleremo un'altra volta- dice mia madre.

Quando alla sera Esther aprì la porta di casa sua, io stavo ancora piangendo sul divano, rimproverandomi di essere una persona così orribile.

3.

ANÁLISIS DEL TEXTO ORIGINAL

3.1. Nuria Roca: entre televisión y literatura

Nuria Roca Granell, autora de la novela *Los caracoles no saben que son caracoles*, nació en Moncada, Valencia. Se licenció en Arquitectura Técnica en la Universidad Politécnica de Valencia, y luego empezó a trabajar en la televisión española por casualidad, hasta llegar a trabajar en importantes redes televisivas, como TVE, Telecinco y Antena 3. Por su trabajo como presentadora de televisión consiguió también algunos importantes reconocimientos y premios.

En 2007 entró en el mundo de la narrativa publicando su primer libro, *Sexualmente: el libro que tu chic@ no querrá que leas*, que consiste en una serie de monólogos basados en experiencias personales o contadas sobre el tema del sexo. En 2009 publicó su verdadera y primera novela, es decir *Los caracoles no saben que son caracoles*, una novela del género *chick-lit* que llevó a Nuria Roca a la fama también como escritora. De hecho, con este libro, se convirtió en la novelista española más vendida de 2009.

En 2011 y 2012 publicó otras dos novelas, respectivamente, *Para Ana (de tu muerto)* y *Lo inevitable del amor*, ambas escritas con la ayuda de su marido, Juan del Val.

En su producción literaria parece prevalecer la componente de la *chick-lit*, o sea aquel subgénero contemporáneo de la novelística que cuenta las vicisitudes, principalmente amorosas, sexuales y, en general, cotidianas, de mujeres jóvenes que tienen entre los 30 y 40 años, solteras y en carrera.

A través de este género literario, y sobre todo en la novela *Los caracoles no saben que son caracoles*, la autora trata algunos temas que considera importantes, como, por ejemplo, la relación especial entre hermanas, la relación entre madre e hijo, la absurdidad de los programas televisivos actuales y el sexo. La autora afirma que en esta primera

novela ha decidido no utilizar un lenguaje demasiado explícito, sino que ha querido describir las diferentes situaciones con “acierto y fina ironía”.

Después de la publicación de *Los caracoles no saben que son caracoles*, Nuria Roca recibió algunas críticas relativas a la excesiva resonancia que había sido dedicada a su novela. Muchos afirmaron que la popularidad de la obra dependía de su popularidad como presentadora televisiva, ya que la novela no presenta puntos de novedad. Sin embargo, esto no quiere decir que sea una novela pésima; al contrario es una buena novela, pero, como afirma la crítica, lo es porque va sobre seguro, porque presenta todos los elementos típicos del género *chick-lit*, por lo tanto, es una novela previsible. Además, la misma autora no quiso escribir el manifiesto de la liberación femenina, sino una novela agradable, fácil y veloz de leer, con la que cualquier lector pueda identificarse.

Como Nuria Roca afirma, el trabajo es su fuente principal de inspiración a la hora de escribir. Para ella es imposible desprender de sus circunstancias y, por lo tanto, se inspira por naturaleza a lo que ya conoce para poderlo describir de manera más clara y precisa posible.

Escribir, para la autora, no es una verdadera profesión, sino que representa un grande ejercicio de libertad, el cual puede enriquecer y ser agotador al mismo tiempo.

Si consideramos el acto de escribir desde el punto de vista estilístico el lenguaje que Nuria Roca emplea en sus textos es claro y directo; un español contemporáneo, rico también de anglicismos.

Por lo que concierne a los temas tratados, uno de los asuntos recurrentes en sus novelas es el sexo, y la autora se enfrenta con este tema de manera simple y directa, sin utilizar demasiados eufemismos, dobles sentidos o un lenguaje excesivamente vulgar. Como ella misma afirma en una entrevista con el periódico español ABC, “hay una línea muy delgada para no caer en lo soez y lo evidente. Me parece mucho más complicado hablar de sentimientos que de sexo”. El sexo es un tema presente en todos sus libros, probablemente porque, en estos últimos años, es siempre un tema actual y de tendencia. Sin embargo, el tema central de sus novelas es, sin duda, la figura de la mujer: casada, comprometida, divorciada o soltera, que tiene que manejarse entre trabajo, hijos y familia y, en todo esto, intenta descubrir a si misma y aceptarse.

En conclusión, Nuria Roca es una autora contemporánea que cada vez más está entrando en el mundo de la literatura, partiendo de lo que más conoce, de la realidad que le pertenece, que la rodea y que le es familiar.

3.2. *Los caracoles no saben que son caracoles: resumen del texto*

La protagonista de la novela es Clara, una mujer de 35 años, divorciada y con dos hijos. Trabaja en una productora de televisión y, para ganar dinero extra, trabaja también como fotógrafa de bodas y para carteles de ofertas de grandes almacenes.

Al comienzo de la novela, Clara está en un tanatorio, y el lector descubre el por qué solo al final del capítulo: la muerte de su hermana mayor María. Desde este momento la vida de Clara será trastornada por una serie de eventos y de encuentros.

María era la hija perfecta, médico de éxito y hermana mayor sabia y amiga. Creciendo a la sombra de su hermana mayor, Clara desarrolla una personalidad insegura: siempre quiere gustar a los demás y complacer a sus padres, sin gustar nunca a si misma.

Desde la muerte de su hermana, Clara siente que todo lo que la rodea se está deshaciendo. A menudo hace visita a su psicoanalista Lourdes, a la que confiesa sus miedos, sus pensamientos, sus inseguridades y sus envidias.

Gracias a la realización de un programa de televisión por orden de la redacción, Clara conoce y empieza a frecuentar otros hombres, después de la separación de su marido Luisma. De este modo empieza también a descubrirse otra vez desde el punto de vista sexual, algo que había olvidado desde hacia demasiados años. Para Clara los descubrimientos no terminan con el sexo. De hecho, a consecuencia de una foto donde aparecen el padre de Clara, María y una mujer pelirroja, Clara descubre también que aquella mujer, la amante del padre que todo el mundo creía que se había muerto, todavía está viva y sigue viendo a su padre. Por lo tanto, Clara pide explicaciones a su padre, quien le revela que nunca ha dejado de ver a Maite, la mujer pelirroja, y que, de su relación, había nacido un niño, Jaime. Por tanto, Clara descubre que tiene un hermanastro poco más joven que ella. Después de una resistencia inicial, decide conocer a Jaime y descubre que siente una fuerte simpatía por ese hermanastro.

Gracias a esta serie de descubrimientos, encuentros y eventos, más o menos dolorosos, Clara empieza a hacer el descubrimiento más importante, empieza a descubrir a si misma, a entender que una parte de ella se ha ido junto a su hermana y que ese dolor nunca podrá desaparecer, sino que será parte de ella. Durante mucho tiempo Clara no sabía quien era porque no era capaz de verse, de conocerse y de gustarse, así como los caracoles no saben que son caracoles porque no pueden verse.

3.3. El tipo de texto

En el capítulo 1 se han comentado los diferentes tipos de textos. El tipo de texto depende del contenido de la obra y de los propósitos que el autor quiere expresar a través del libro.

Cada texto literario pertenece a un determinado género, el cual expresa características estilísticas y lingüísticas peculiares.

La obra que se ha decidido traducir pertenece al género de la novela, que, en general, se caracteriza por una narración extensa y compleja de algunos hechos que afectan a uno o más de un personaje. Además de contar lo que ocurre a los personajes, en este género, el autor quiere comunicar al lector también lo que estos personajes experimentan y piensan. Las acciones que los personajes cumplen están enlazadas entre ellas y, muchas veces, se orientan hacia un acontecimiento final, la cumbre de la historia.

La novela, por su parte, puede dividirse en una serie muy extendida de subgéneros: desde la novela policíaca hasta la de suspenso, desde la novela romántica hasta la de fantasía y muchas otras.

Como se ha visto en el párrafo 2.1, *Los caracoles no saben que son caracoles* es una novela *chick-lit*. Ese tipo de novela tiene como figura central la mujer contemporánea; por lo tanto es una novela dedicada a mujeres jóvenes que, muy a menudo, pueden identificarse en la vida de las protagonistas. El término “*chick-lit*” se compone de la palabra “*chick*”, que en inglés-americano significa *chica*, y de la palabra “*lit*”, diminutivo de “*literature*” (“literatura”).

Este subgénero de novela presenta elementos en común con la novela romántica, pero la novela *chick-lit* le añade humorismo y una componente post-feminista en la manera de describir la vida y las relaciones sentimentales de las protagonistas. En este tipo de novela, la mujer no está considerada como una víctima de la supremacía de los hombres, sino como un individuo que intenta descubrir su fuerza, que quiere afirmarse en el mundo y comprender a sí misma.

Sin embargo, la crítica literaria sostiene que este subgénero no representa a cualquier mujer moderna, a diferencia de lo que afirman las autoras de este tipo de novelas, sino que describe un modelo de mujer en carrera, perteneciente a la clase medio-alta o alta americana o europea y de etnia caucásica.

Desde el punto de vista estilístico y léxico, este subgénero utiliza tonos divertidos e irreverentes. El tipo de escritura es fresca, veloz y dinámica, gracias también al constante

utilizo de la técnica del diálogo. El lenguaje es un lenguaje contemporáneo y coloquial, con numerosas referencias culturales actuales y fraseología.

3.4. La función del texto

El género literario de la *chick-lit* supone una lectura veloz, sin preocupaciones y sin demasiadas expectativas. A pesar de eso, este género se propone presentar al lector una realidad y hacer reflexionar sobre algunos temas. En el caso de la novela de Nuria Roca, se describen toda una serie de situaciones que la protagonista debe afrontar después de la muerte de su hermana. Al enfrentarse con el dolor por la muerte de una persona querida, la protagonista se siente perdida y tendrá que vivir diferentes experiencias que la llevarán a aceptar a si misma y a aceptar también la muerte y el dolor.

De una novela que, a primera vista, puede parecer sencilla, simple y ligera, el lector puede comprender la realidad social de nuestros días; una realidad que aliena a la mujer, y la carga de responsabilidades y tareas. Todo esto resulta en una confusión interior, reflejo del caos exterior.

En *Los caracoles no saben que son caracoles*, el lector participa en la transformación de la protagonista, que parte de un evento trágico, o sea la muerte de su hermana, y termina con un evento contrario, el nacimiento de una nueva vida.

3.5. El lector modelo

Con el desarrollo de la novela moderna, cambió también la figura del lector; se creó lo que Wolfgang Iser (en Onetti, 1976:77) llama “lector cómplice”, es decir aquel lector que en su mente crea el mundo que el autor está describiendo en la novela, de modo que el lector mismo entra a formar parte de la historia.

En el caso de *Los caracoles no saben que son caracoles*, la autora ha elegido narrar la historia desde el punto de vista de la protagonista, en primera persona. Por lo tanto, resulta inevitable para el lector identificarse con la protagonista misma y con su punto de vista. A través de este recurso literario, la autora pretende que el lector siga con la lectura, y, por consiguiente, con el descubrimiento de si mismo como si fuera él el protagonista.

La novela *Los caracoles no saben que son caracoles*, como se ha dicho precedentemente, está dirigida a un público adolescente y adulto, por la presencia de temas de natura sexual. Normalmente, la literatura *chick-lit* está dedicada a un público femenino, pero, como afirma la misma autora en una entrevista en el programa “Asuntos Propios” de la Radio Nacional (RNE), para esta novela no hay distinciones de género en el lector, porque la protagonista de la historia es una figura femenina que, al mismo tiempo, presenta también muchas características típicas de los hombres.

3.6. El estilo y el registro

La obra se compone de partes narrativas a las que se alternan partes dialogadas. En general, los términos utilizados pertenecen al lenguaje coloquial; así que el registro de la obra resulta informal, también porque la autora utiliza palabras vulgares para dar mayor énfasis al enunciado.

La historia está narrada en primera persona por la protagonista Clara; por tanto, el narrador está dentro de la historia; es un narrador-protagonista, que puede describir sólo lo que ve, siente y experimenta y no puede tener un conocimiento total y completo de los hechos.

La autora utiliza verbos en presente y en pasado y esto, como afirma Giovanna Mapelli (en Calvi, 2009:65) “confiere al texto cierto dinamismo y se crean relaciones causales entre los acontecimientos”.

La narración se desarrolla de forma lineal, con una presentación de los hechos en orden cronológico y con el uso, a veces, de *flashback* que permite explicar los eventos. Un ejemplo aparece a continuación, cuando Clara recuerda a su hermana antes de su muerte:

1. María y yo habíamos decidido vestirnos igual para celebrar la Nochevieja. Fuimos de compras la semana anterior para elegir un modelazo y a las dos nos gustó la misma blusa, la misma falda y los mismos zapatos. (p.15)
Maria e io avevamo deciso di vestirci uguali per festeggiare il Capodanno. Siamo andate a fare shopping la scorsa settimana per scegliere qualcosa alla moda ed entrambe abbiamo scelto la stessa camicia, la stessa gonna e le stesse scarpe.

Otro ejemplo es cuando la protagonista cuenta de la amante que tuvo su padre, después de descubrir una foto en casa de su hermana María:

2. Maite fue una amante que tuvo mi padre cuando nosotras éramos pequeñas y el principal motivo de la separación de mis padres. Mi madre lo descubrió cuando la Guardia Civil llamó por teléfono a casa un sábado por la tarde para comunicar que mi padre había tenido un accidente en la Nacional V [...]. (p.48)

Maite fu un'amante che ebbe mio padre quando eravamo piccole e il principale motivo della separazione dei miei genitori. Mia madre lo scoprì quando i Carabinieri chiamarono a casa un sabato sera per comunicare che mio padre aveva avuto un incidente sulla Nacional V [...].

Un elemento estilístico muy importante y presente a menudo es el diálogo. Dentro de la novela los diálogos permiten una lectura más rápida del texto y aportan un mayor dinamismo al texto, dado que se desarrollan siempre entre Clara y otros personajes con los que tiene mucha confianza, como, por ejemplo, sus padres, sus hijos, sus compañeros de trabajo o su ex marido. Es por esta razón que en la mayoría de los diálogos aparecen coloquialismos o términos vulgares, como, por ejemplo, cuando la protagonista Clara habla con su analista Lourdes:

3. a. -¿Y tú cómo te sientes?
-¡Y yo qué sé cómo me siento!
-¿Engañada?
-Engañada y *de mala hostia*. (p.53)

-E tu come ti senti?
-Che ne so come mi sento!
-Ingannata?
-Ingannata e *incazzata*.

Como afirma Augusto Ponzio (2004:211), a través del uso del diálogo, sobre todo en la novela, es posible reconocer la “parola *altra*”, o sea la palabra que no es la del autor-escritor, que, como él no escribe en primera persona, sino utilizando los ojos de otro personaje, consigue entender y representar lo que elude a la observación directa.

El texto presenta también numerosas referencias culturales, esto es *realias*, que se analizarán en el próximo capítulo.

Una peculiaridad morfo-sintáctica de la novela traducida, y que se va a profundizar en el capítulo 3, es la presencia del fenómeno del leísmo, o sea el utilizzo del clítico dativo *le* en lugar de la forma *lo* para el objeto directo. Ese fenómeno es típico de los dialectos del centro de España y ha sido ya aceptado por la Real Academia Española, pero sólo para referirse a complementos directos de género masculino.

Como ya se ha visto, *Los caracoles no saben que son caracoles* es una novela contemporánea que utiliza un español contemporáneo, y por eso presenta una serie de influencias lingüísticas de otros países, en particular varios anglicismos, además de galicismos y unos germanismos. Las características de estos términos y su relativa traducción al italiano se profundizarán en el capítulo 3.

El estilo informal y coloquial de la novela se puede deducir también de la abundante presencia de locuciones coloquiales, que serán analizadas de manera específica en el próximo capítulo.

Por lo que concierne al registro, el libro está caracterizado por un registro fuertemente coloquial. Esta informalidad viene principalmente del utilizzo de términos vulgares.

Por lo que concierne a la sintaxis, hay una considerable prevalencia de oraciones breves que se alternan a diálogos. Las frases complejas se caracterizan por una estructura hipotáctica.

4.

ANÁLISIS DEL TEXTO DE LLEGADA

4.1. EL LÉXICO

En este capítulo se analizará los aspectos léxicos más relevantes que caracterizan al estilo de la obra y que han causado problemas a la hora de traducir la novela. El análisis se centrará, en particular, en las referencias culturales o *realias*, los extranjerismos, los nombres propios – antropónimos, topónimos y acrónimos – las interjecciones y las locuciones, comentando, asimismo, las opciones de traducción al italiano que se ha elegido.

Sin embargo, antes de afrontar estos aspectos, se presentarán algunos de los procedimientos de traducción que se han utilizado, como la transposición, la modulación, la adaptación, la omisión y la explicitación, propuestos por Torre (1994:127) adoptando la clasificación de Vinay y Darbelnet (1973), Vázquez-Ayora (1977) y Mounin (1978).

4.1.1. La transposición

Según la definición de Torre (1994:127), la técnica de la transposición consiste en:

sustituir una palabra o segmento del TLO por otra palabra o segmento del TLT, que conserve plenamente su contenido semántico absoluto; pero sin respetar su categoría gramatical ni, eventualmente, su función sintáctica.

Por lo tanto, se trata de un cambio a nivel de categorías gramaticales y que puede afectar todo tipo de palabra.

Un ejemplo de transposición que se ha efectuado es el siguiente:

1. Si estamos juntas y sucede algo que a una le provoca *risa*, es seguro que a la otra le está sucediendo lo mismo. (p.10)

Se siamo insieme e c'è qualcosa che fa *ridere* una delle due, è sicuro che all'altra sta succedendo la stessa cosa.

En esta oración la colocación *provocar risa* ha sido traducida mediante el verbo italiano *fare* acompañado por el verbo *ridere*. Una posible traducción literal sería *se c'è qualcosa che provoca una risata*, pero esta construcción no sería natural en italiano.

Un segundo ejemplo es el siguiente:

2. El juez ha autorizado *enterrarla* [...]. (p.16)

Il giudice ha autorizzato la *sepoltura* [...].

En este caso, el verbo español con clítico *enterrarla* ha sido traducido mediante el sustantivo italiano correspondiente *sepoltura*. Si se hubiera mantenido el verbo también en la versión italiana, se habría tenido que utilizar una frase secundaria subordinada: “il giudice ha autorizzato che venisse sepolta”. Se ha decidido por una nominalización para crear una versión italiana menos compleja.

Otro caso en el que se ha efectuado una transposición de verbo a nombre en la traducción italiana es el siguiente:

3. No se puede *comparar*. (p.18)

Non c'è *paragone*.

Como se puede observar, se ha preferido traducir la oración española *no se puede comparar* con la correspondiente italiana *non c'è paragone*, donde, en lugar del verbo léxico aparece el sustantivo *paragone*. Esta elección se debe al hecho de que una traducción literal italiana de la oración exigiría la realización de un complemento directo que, en cambio, en español puede no realizarse.

Newmark (2006:122) señala que el ejemplo más típico de transposición es el pasaje de singular a plural de los sustantivos. Un ejemplo de este caso es el siguiente:

4. a) Cuando Sornitsa se pelea con su «marrido» se distrae y [...] destiñe ropa de los niños al mezclar *la de color y la blanca*. (pp.25 – 26)

Quando Sornitsa litiga con suo «marrito» si distrae e [...] rovina i vestiti dei bambini mescolando *i colorati con i bianchi*.

En esta oración, en el texto original los términos *color* y *blanca* aparecen en singular porque modifican al sustantivo elidido *ropa*. En la traducción italiana, los dos términos, aparecen en plural porque referidos al sustantivo *vestiti*.

b) La *selección* de los niños que participan en las galas finales [...]. (p.63)

Le *selezioni* dei bambini che parteciperanno al concerto finale [...].

También en este ejemplo aparece un caso de transposición del singular *selección*, al plural *selezioni*. Se ha elegido esta solución porque en la lengua italiana es más común, en el ámbito de los concursos y de los cástings, el uso de la forma plural.

4.1.2. La modulación

Torre (1994:128) sostiene que la modulación “introduce un cambio en las categorías del pensamiento. Supone una diferencia en el punto de vista”, como, por ejemplo, cuando pasamos de lo abstracto a lo concreto o viceversa.

La modulación puede también manifestarse en un cambio de posición de los términos que constituyen una unidad fraseológica.

A continuación aparecen algunos ejemplos en los que se ha aplicado la técnica de la modulación en la traducción al italiano de *Los caracoles no saben que son caracoles*. El primer caso es el siguiente:

5. -Y en estas *fechas*. (p.14)

-E in questo *periodo*.

El término *fechas*, cuyo correspondiente italiano es *date*, se ha traducido con el término *periodo*, porque en el texto se refiere al momento en que la hermana de la protagonista ha muerto, es decir durante las vacaciones de Navidad.

6. A mi padre *se le humedecen los ojos*. (p.20)

Mio padre *ha gli occhi lucidi*.

El verbo *humedecerse* tiene un correspondiente en italiano, es decir *inumidirsi*. Sin embargo, en esta oración se ha preferido sustituir el verbo con la expresión italiana *avere gli occhi lucidi*, que corresponde al sentido original de la oración en español. De

hecho, una traducción literal, como podría ser *occhi inumiditi*, habría resultado demasiado pesada en el contexto informal de la novela.

Otro ejemplo es el siguiente:

7. [...] decidimos que había llegado el momento de olvidarlo tomando algo *después de salir de la productora*. (p. 55)
[...] decidemmo che era arrivato il momento di dimenticare tutto andando a bere qualcosa *dopo il lavoro*.

La oración temporal *después de salir de la productora*, en el texto original, se refiere al acto de salir del puesto de trabajo. En la traducción al italiano se ha decidido omitir esta referencia concreta para evitar una construcción sintáctica compleja y optar por una nominalización más general.

Otro caso es:

8. [...] y Miguel la inteligencia para sentarse a los pies de la cama y allí *desabrocharse los cordones*. (p. 57)
[...] e Miguel l'intelligenza per sedersi ai piedi del letto e *slacciarsi le scarpe*.

En esta oración se ha pasado de la enunciación de una parte (*los cordones*) al todo (*le scarpe*, los zapatos). Esto, para evitar la cacofonía que se produciría al traducir literalmente la oración *slacciarsi i lacci*.

Otro ejemplo es:

9. [...] su prueba, en la que cantaba el *I Will Survive* de Gloria Gaynor *embutida* – qué término tan preciso – en un vestido rojo largo de licra [...]. (p.65)
[...] il suo provino, dove cantava *I Will Survive* di Gloria Gaynor *strizzata come una salsiccia* – proprio la descrizione adatta – dentro un vestito lungo di licra rossa.

Según la definición de la versión digital del Diccionario de la Real Academia (DRAE), *embutir* significa “llevar, meter algo dentro de otra cosa y apretarlo”. Sin embargo, el primer significado que aparece es el de “hacer embutidos”. El término italiano correspondiente sería *insaccata*, pero este no reproduce la idea y la imagen del término español. Por esta razón se ha decidido utilizar un símil en italiano para reproducir tanto la imagen de lo apretado, como la de lo embutido.

4.1.3. La adaptación

Torre (1994:131) define la adaptación como un fenómeno de traducción que ocurre cuando una situación descrita en el texto de partida no existe en la cultura de la lengua de llegada. Por lo tanto, gracias al método de la adaptación, el traductor decide sustituir “la situación de la LO por una situación análoga de la LT, o la menos alejada posible”.

En el texto traducido se ha aplicado esta técnica en el siguiente ejemplo:

10. [...] Luisa ha subido un *roscón* de la tienda abajo. (p.21)

[...] Luisa ha comprato un *ciambellone* nel negozio qui sotto.

El *roscón* es un dulce español en forma de corona, decorado con fruta confitada y relleno de nata o crema, que se suele comer el 6 de enero para celebrar los Reyes. Se ha decidido traducir este término con el término italiano *ciambellone*, que es el término más cercano en la cultura de llegada. De hecho, la tradición de las celebraciones italianas durante el 6 de enero es muy diferente de las españolas.

Esta elección ha comportado una pérdida cultural, porque el término original ha sido traducido utilizando un término con un significado semejante pero no equivalente.

Otro ejemplo significativo de adaptación, es el siguiente:

11. Es verdad que no canta mal, pero en búlgaro, porque en *español* mezcla las palabras [...]. (p.51)

È vero che non canta male, ma in bulgaro, perché nella *nostra lingua* mescola le parole [...].

Se ha decidido traducir de esta manera para mantener una coherencia general y una naturalidad en la lectura. El lector italiano sabe que la novela es un texto traducido ambientado en España, pero si en la traducción se hubiera mantenido la expresión *en español*, traduciendola con *in spagnolo*, se habría tenido que quedar la oración que aparece inmediatamente después en español y no sabemos si el público de lectores conoce el idioma español. Además, se habría interrumpido la naturalidad del discurso.

4.1.4. La omisión

Mediante la técnica de la omisión, el traductor elimina algunos términos por razones estructurales y gramaticales.

En la traducción de *Los caracoles no saben que son caracoles*, esta técnica se ha utilizado bastantes veces, como se puede observar en los siguientes ejemplos:

12. A pesar de su cordón de oro *en el cuello* [...]. (p.37)

Nonostante la collanina d'oro [...].

La palabra italiana *collanina* tiene relación con la palabra *collo* (*cuello*), de modo que sería redundante traducir la expresión *en el cuello* en la versión italiana. Por esta razón se ha decidido omitir la expresión española, porque se habría creado una oración cacofónica.

Otro caso de omisión es el siguiente:

13. [...] una niña de redacción de veintiséis años muy rubia y *muy* estupenda. (p.64)

[...] una ragazza della redazione di ventisei anni, biondissima e stupenda.

En esta oración se ha decidido omitir el intensificador *muy* que, en el texto original precede a *estupenda*. Además, el *muy* que modifica a *rubia* se ha decidido traducirlo mediante una forma de superlativo absoluto del adjetivo: *biondissima*. La misma elección no se ha podido aplicar en el caso del adjetivo *estupenda*, porque, al ser un adjetivo elativo, no puede ser modificado en grado en italiano.

Un último ejemplo de omisión es:

14. *De nuevo* he vuelto a la productora [...]. (p.83)

Sono ritornata in produzione [...].

En este caso la omisión de la expresión *de nuevo* depende del hecho de que en italiano existe la forma verbal *ritornare* en la que el prefijo verbal italiano *ri-* indica la repetición de una acción.

4.1.5. La explicitación

Con el término explicitación se indica la técnica mediante la cual se explica al lector del texto de llegada lo que en el texto de partida es implícito y puede deducirse del

contexto. Con esta técnica también se pueden omitir o añadir palabras, pero sin que estas elecciones estén determinadas de razones estructurales o gramaticales.

Un ejemplo de explicitación que se ha efectuado en la traducción puede ser el siguiente:

15. -¡Mamá, quiero una DS! (p.71)
-Mamma, voglio il *Nintendo* DS!

En esta oración la explicitación se manifiesta a través de la expresión de la palabra *Nintendo*. En efecto, en la cultura italiana esta consola portátil para videojuegos es más conocida al público con el nombre completo y los niños italianos la conocen como *Nintendo* y no como *DS*.

16. [...] porque a las dos nos gustaban los *fados* [...]. (p.73)
[...] perché a entrambe piaceva la *musica popolare portoghese* [...].

El término *fado* indica una música popular portuguesa cantada por una persona acompañada por la guitarra española y la portuguesa. Los temas principales de esta música son la melancolía, la nostalgia, el fatalismo y la frustración. Se ha quedado el término original en la traducción italiana en su primera aparición. Después, para evitar insertar una nota a pie de página, se ha decidido sustituir el término *fado* en el texto original con su explicación simple en el texto traducido, es decir *musica popolare portoghese*. De esta manera, hay una pérdida desde el punto de vista terminológico, porque se omite la palabra *fado*, pero la traducción gana desde el punto de vista cultural, gracias a la explicitación de un término poco conocido en la cultura italiana. Además, el lector que no conoce las costumbres musicales portuguesas puede entender sin problemas de qué se está hablando.

4.2. Extranjerismos, préstamos y calcos

Según la definición de la versión electrónica del DRAE, el *extranjerismo* indica una “voz, frase o giro que un idioma toma de otro extranjero”. El extranjerismo, por tanto, consiste en una transferencia de una palabra o una unidad léxica de un idioma a otro. En cambio, si se observa cierto grado de adaptación de la palabra extranjera al sistema fonético y morfológico de otro idioma, se habla de *préstamo*. Los préstamos

derivan siempre de extranjerismos que, después de varias adaptaciones a la fonética y a la grafía de la nueva lengua, llegan a incorporarse al vocabulario de la lengua de llegada.

A diferencia del préstamo, el *calco* consiste en una transferencia de significado. El DRAE define el calco como una “adopción del contenido semántico de una palabra o expresión extranjera, traduciendo su significado mediante unidades lingüísticas propias de la lengua de recepción”.

Durante los siglos, España ha tenido numerosos contactos con pueblos y culturas muy diferentes de la suya. Estas interferencias se encuentran en la lengua española contemporánea.

Una de las primeras influencias lingüísticas es la influencia francés, por proximidad geográfica y afinidad cultural. En el léxico español se encuentran numerosos galicismos.

A lo largo de la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* se encuentran bastantes ejemplos de galicismos, entre ellos:

17. La profesora de *ballet* [...]. (p.11)

L'insegnante di *danza classica* [...].

En esta oración, el término *ballet* es un extranjerismo o préstamo crudo, porque no ha experimentado ningún tipo de adaptación al sistema fonográfico español. En italiano se ha traducido el término con *danza classica*, porque el término correspondiente, *balletto*, denota la representación o la compañía que interpreta este tipo de danza.

18. Todavía tenía la copa de *champán* en la mano. (p.16)

Aveva ancora il bicchiere di *champagne* in mano.

El término *champán* se corresponde a un préstamo del francés porque esta palabra se ha adaptado al sistema fonético del español.

En la traducción italiana, el término correspondiente no ha sufrido adaptaciones: *champagne*, en italiano, es un extranjerismo; en italiano, a diferencia del español, las palabras extranjeras que entran en el léxico muy pocas veces sufren adaptaciones.

En español se encuentran también extranjerismos que proceden del alemán. La mayoría de estos términos pertenecen al léxico de las instituciones, pero hay algunos que pertenecen al léxico común, como, por ejemplo, *vals*. Esta palabra, que aparecen en el texto traducido y que procede del término alemán *walzer*, se ha traducido al italiano con el correspondiente adaptado *valzer*.

En la lengua española, la mayor parte de los extranjerismos modernos proceden del inglés, que como afirma González (en San Vicente, 2002:149) a partir de mediados del siglo XX, se convirtió en “lengua franca o de intercambio que permite una comunicación rápida y eficaz”. Los campos semánticos en los que la lengua inglesa ha establecido su hegemonía son muchos, con la preferencia del campo económico y tecnológico; sin embargo, en la actualidad, muchos términos coloquiales ingleses se están difundiendo, sobre todo entre el habla de los jóvenes.

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles*, se encuentran las siguientes tipologías de anglicismos, adoptando propuesta por San Vicente (2001:156).

Anglicismos crudos o patentes, es decir, aquellos que mantienen la grafía inglesa. En el texto traducido, hay muchos ejemplos de este tipo: entre ellos destacan *aftershave*, traducido al italiano con *dopobarba*; además *surf*, *best-seller*, *whisky* y *chip* que también en italiano resultan ser anglicismos crudos.

Anglicismos con adaptación en la grafía. Es el caso de *cásting* que lleva acento gráfico según las reglas de la gramática española, y *fútbol*, que está adaptado según la fonética de la palabra inglés: [ˈfotbo:l].

Calcos semánticos. Se producen cuando una palabra existente en el vocabulario español adquiere nuevos significados debido a su semejanza formal con palabras inglesas. Es el caso de la palabra *audiencia*, que en la obra traducida denota el “público que atiende los programas de radio y televisión” según la definición del DRAE. Este término existía en el léxico del español, porque deriva de la voz latina *audentiā* que se utiliza en ámbito jurídico para indicar un “tribunal de justicia” o el “acto de oír las personas de alta jerarquía”. A través de la influencia del término inglés *audience*, el término *audiencia* ha adquirido también el significado inglés, gracias a la semejanza léxica entre las dos palabras. En la traducción al italiano se ha decidido traducir *audiencia* con el término inglés *audience* y también con el término italiano correspondiente *ascolti*.

Según González (en San Vicente, 2002:166) los calcos propiamente dichos pueden ser clasificados según varios criterios y él propone el calco “libre” que “consiste en la traducción de solo una parte de forma que proporciona un equivalente más libre para el resto de los elementos”. Es el caso que encontramos en el texto de la novela cuando se habla de *tiendas eróticas*, que es una traducción literal del inglés “sex shop”. En italiano se ha traducido la expresión con *sexy shop*, una entre las varias expresiones que se pueden utilizar en italiano para referirse a las tiendas eróticas.

4.3. Los realia

M. V. Calvi (en Luque Toro, 2007:51) afirma que los realia:

están representados por palabras que, al remitir a un referente específico de un determinado espacio cultural, no tienen correspondiente en otras lenguas.

En general, se pueden detectar tres posibilidades para la traducción de los realia (Rega, 2001:168): la primera es la de mantener la palabra en el texto de llegada, introduciendo una nota; la segunda es la de utilizar un calco; y la tercera es la de buscar un referente más o menos semejante en la lengua de llegada.

Para ordenar esta categoría léxica, los realia se han dividido en diferentes categorías que van de la etnográfica a la meteorológica, de la religión a la moda hasta llegar a las entidades políticas e institucionales.

En *Los caracoles no saben que son caracoles* se puede detectar una serie de realias, en particular realias que pertenecen al ámbito etnográfico. Un ejemplo es el *roscón de Reyes*, un dulce típico de Navidad de la tradición española. Este término se ha decidido traducirlo al italiano mediante la palabra *ciambellone* para evitar la inclusión de una nota explicativa al pie de la página.

Otro término de la categoría etnográfica que se encuentra en el texto es *duro*, que indica la moneda de cinco pesetas que se utilizaba en España antes del euro. En el texto italiano se ha dejado el término español y en una nota a pie página se ha explicado su significado. En el texto aparece también el término *fado* que describe un género de música popular portuguesa interpretada por una voz acompañada por la guitarra española. En la traducción se ha mantenido el término en su primera aparición, pero las siguientes apariciones han sido explicitadas con la estructura *musica popolare portoghese*, para evitar la introducción de una nota.

En cuanto a los realia de tipo institucional, en el texto se encuentra el término *Telecinco* que indica un canal de televisión privado español. Se ha decidido dejar el término original también en la traducción porque es un canal televisivo conocido por el público italiano que puede verlo mediante los canales del satélite.

4.4. Los nombres propios

Según algunas teorías sobre la traducción (cfr. Newmark (2006:289) y Torre (1994:99)), los nombres propios, en general, no se traducen, sino que se mantienen en su forma original. Constituyen una excepción los nombres que expresan una determinada connotación y son fundamentales para la comprensión del texto.

En *Los caracoles no saben que son caracoles* se encuentran antropónimos, topónimos y también acrónimos.

4.4.1. Los antropónimos

La categoría de los antropónimos comprende todos aquellos nombres propios que se refieren a una persona física.

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* se ha decidido transferir los nombres del español al italiano sin aportar ninguna modificación o naturalización hacia la lengua de llegada. Se ha elegido esta propuesta de traducción principalmente porque los nombres de los varios personajes no tienen ninguna connotación particular para la comprensión de la novela. Además, son nombres españoles muy notos también a un público italiano; algunos de esos, como “Clara”, “Esther” y “Roberto”, pertenecen incluso al vocabulario italiano como nombres propios de persona.

4.4.2. Los topónimos

A diferencia de los antropónimos, los topónimos, es decir los nombres de ciudades, estados y puntos geográficos, se traducen si en la lengua de llegada existe una voz correspondiente que está incluida en el diccionario. En el caso en que no existe una traducción aceptada del término, el topónimo se deja en su forma original, evitando de crear neologismos. En efecto, como afirma Miquel Vidal (2006), “cambiar un nombre es variar la percepción de la realidad”.

En la obra traducida se encuentran topónimos de ciudades y comunidades autónomas, como, por ejemplo, *Nueva Zelanda*, *Sevilla*, *Andalucía*, *Cádiz* y *Nueva York*. Todos estos se han traducido al italiano porque existe una forma correspondiente, es decir, *Nuova Zelanda*, *Siviglia*, *Andalusia*, *Cadice* e *New York*. En cambio, otros nombres

de ciudades españolas, como *Burgos* y *Navalcarnero*, que no tienen una traducción italiana reconocida y aceptada, se han mantenido idénticos en la traducción al italiano.

Además de nombres de ciudades, en la obra aparecen también nombres de referencia geográfica que indican calles y carreteras. Según cuanto afirma Torre (1994:102), los nombres de las carreteras y de las calles no se deben traducir. Hay que traducir solo aquellas calles muy conocidas por el público internacional. En el texto de *Los caracoles no saben que son caracoles* este problema de traducción se ha presentado cuando se citan dos carreteras de la Red de Carreteras del Estado español: la *Nacional V* y la *Nacional II*. En este caso se ha decidido dejar los dos nombres en español, aunque el correspondiente italiano sería *Strada Statale* pero se habría creado un error cultural, porque, en el atlas de carreteras de España, no existe ninguna carretera con el nombre de *Strada Statale*.

También los nombres de las plazas o de los monumentos deberían mantenerse en su forma original si no existe una forma aceptada en la lengua de llegada. En la obra se citan algunos monumentos de la ciudad de Sevilla, como la *Giralda*, la *Torre del Oro*, la *Catedral* y la *Maestranza*. En cuanto al nombre *Giralda*, este se ha mantenido también en la traducción, mientras que *la Catedral* se ha traducido con el correspondiente italiano *la Cattedrale*. En cuanto al monumento de *la Torre del Oro*, se ha traducido al italiano la forma *del*, dando la *Torre dell'Oro*. En fin, en el caso de *Maestranza* se ha adoptado la técnica de la explicitación, poniendo en la traducción al italiano *Plaza de Toros de la Maestranza* que es el nombre con el que el edificio *Plaza de Toros de la Real Maestranza de Caballería de Sevilla* aparece en muchas guías de viaje italianas.

4.4.3. Los acrónimos

Como afirman Barbero y San Vicente (2006:78), los acrónimos se forman “mediante la unión del valor fonético de cada una de las letras iniciales del enunciado o sintagma”. Newmark (2006:203) observa que las siglas o los acrónimos aparecen sobre todo en algunos lenguajes de especialidad, como, por ejemplo, el de la medicina y el de la tecnología. Por lo que concierne a la traducción de estos elementos léxicos, lo que se propone es buscar un término equivalente o, si este no existe, intentar explicar su significado y su función, evitando de crear neologismos o nuevos acrónimos.

En *Los caracoles no saben que son caracoles* aparecen algunos acrónimos que se van a comentar a continuación.

El primero se refiere al ámbito semántico de la medicina, en particular de los estudios que una persona cumple para llegar a ser médico.

19. Los estudios de medicina, luego el *MIR* [...]. (p.17)

Gli studi di medicina, poi il *tirocinio* [...].

El acrónimo *MIR* significa *Médico Interno Residente* y define el periodo de formación que los graduados de las facultades de especialización de medicina hacen dentro de un hospital. En italiano no existe un acrónimo que denote este tipo de actividad, que, en cambio, se denomina *tirocinio*. Por tanto, en la traducción al italiano, en lugar de explicar el significado y la función del acrónimo *MIR*, se ha decidido traducirlo directamente mediante la palabra *tirocinio* que tiene mismo significado y misma función.

Otra sigla que se puede encontrar en la novela es *Ave*, el acrónimo que indica el *Alta Velocidad Española* en el ámbito del transporte ferrocarril. Al principio, se había pensado traducir *Ave* con los términos italianos *Frecciarossa* o *Eurostar*, pero se habría creado un choque cultural. Por lo tanto, se ha decidido explicitar el contenido del acrónimo original mediante la expresión italiana *treno ad alta velocità*.

El último acrónimo que aparece en la obra traducida es *ADN*, que indica el ácido desoxirribonucleico. También en italiano este ácido nucleico se llama “*acido desossiribonucleico*”, pero el acrónimo correspondiente procede del inglés *DNA* (deoxyribonucleic acid). Por tanto, en la traducción al italiano se ha decidido utilizar el acrónimo *DNA*.

4.5. Las interjecciones

Según la definición de Barbero y San Vicente (2006:129), “la interjección es una palabra o grupo de palabras cuya función puede tener diferentes finalidades”. Sin embargo, algunos lingüistas no clasifican las interjecciones como elementos gramaticales y léxicos, sino que los definen como “manifestación espontánea”. Uno de estos lingüistas es Ambrosio Rabanales, que afirma que las interjecciones son “movimientos psicossomáticos expresivos” (en Soldevila y Montmany, 1990:108), es decir algo primitivo que nace antes del lenguaje mismo. Sin embargo, no hay acuerdo en cuanto a la categoría gramatical a la que estos elementos pertenecen. Ramón Amela (en Soldevila y Montmany, 1990:108) afirma que la interjección debe considerarse como una palabra por

“no ser descomponible en resultados independientes, por comportar un cierto tipo de significado y ser susceptible de ser empleada aisladamente”.

En la oración escrita, la interjección se reconoce porque se representa entre los dos signos de exclamación. De hecho, son expresiones tónicas que requieren una determinada y específica entonación.

Según Barbero y San Vicente (2006:129), las interjecciones se utilizan para:

- expresar sentimientos o sensaciones;
- apelar o llamar la atención del oyente;
- saludar, despedir, felicitar, agradecer, etc. algo;
- evocar un ruido o un movimiento.

Según la clasificación de Barbero y San Vicente (2006:130), se encuentran interjecciones propias, impropias y locuciones interjectivas.

Las interjecciones propias son aquellas que no proceden de palabras empleadas en el léxico común, sino son interjecciones propiamente dichas. Pueden también ser sonidos onomatopéyicos.

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles*, se pueden encontrar principalmente interjecciones impropias. Esta tipología de interjecciones son “las que proceden de palabras o expresiones que existen en la lengua, pero que se han gramaticalizado, es decir, que han perdido su significado original y han adquirido el valor de interjección” (Barbero y San Vicente, 2006:130).

Las interjecciones impropias pueden aparecer como *sustantivos*:

20. a. ¡*Hombre*, Miguel! No te había visto. (p.29)

Ehi Miguel! Non ti avevo visto.

b. ¡*Jesús*, *María* y *José*! (p.45)

Gesù, *Giuseppe* e *Maria*!

c. ¡*Coño*, pues es verdad! (p.84)

Cazzo, è vero!

En el ejemplo (20a) es posible observar que en la traducción al italiano se ha efectuado un cambio en el tipo de interjección. De hecho, se ha pasado de una interjección impropia a una interjección propia. Eso ocurre porque en italiano se suele expresar asombro a través de una interjección propia, es decir aquellas interjecciones que

tienen simplemente un valor interjetivo. Este tipo de interjecciones, en italiano, presentan dentro de la palabra, el grafema [h] para no confundirlas con preposiciones compuestas, conjunciones o pronombres.

En el ejemplo (20b) la interjección española se ha traducido con la correspondiente en italiano, donde, como se puede observar, se asiste a un cambio en el orden de los términos.

En el ejemplo (20c) se puede observar que también las palabrotas y los improperios constituyen base de interjecciones. El uso de estas expresiones vulgares como interjecciones se emplea sobre todo como intercalar y para proporcionar al diálogo una mayor carga coloquial.

Las interjecciones impropias pueden también aparecer en forma de *verbo*:

21. a. ¡Venga, Esther! No puedes dejar tirada a una amiga por un tío. (p.59)

Dai Esther! Non puoi abbandonare un'amiga per un ragazzo.

b. ¡Vaya! (p.77)

Dai!

c. ¡Joder, Clara! Si lo dijo en la cena. (p.60)

Cazzo, Clara! Se l'ha detto a cena.

El uso del verbo *ir*, en las formas de *venga* y *vaya* en los ejemplos (21a) y (21b), se ha traducido en italiano con otro verbo, el verbo *dare*, que se utiliza a la forma imperativa *dai* para expresar una exhortación.

En cuanto al ejemplo (21c), el verbo *joder* se utiliza en su significado vulgar “para expresar enfado, irritación, asombro, etc.”, (cfr. la definición electrónica del DRAE). En la traducción italiana para mantener el mismo tipo de afectación y la componente vulgar, se ha optado por el empleo de un nombre, *cazzo*.

En la obra traducida se encuentran también interjecciones impropias con valor de *adjetivos*:

22. ¡Pobre!, no quiere que la veamos llorar. (p.24)

Poverina! Non vuole che la vediamo piangere.

En esta oración, el adjetivo *pobre* se ha traducido con su correspondiente italiano, pero en forma diminutiva. De hecho, como expresa la versión electrónica del vocabulario

italiano Treccani, el adjetivo “poverino” se usa sobre todo cuando se quiere expresar aflicción cariñosa, compasión y participación.

En la novela se encuentran también algunos ejemplos de locuciones interjectivas, es decir interjecciones que están formadas por grupos de palabras o por frases:

23. a. ¡*Con razón!* (p.60)

E ti credo!

b. ¡*Qué va!* (p.65)

Ma va!

En el ejemplo (23a), la locución interjectiva se utiliza para expresar que una persona no está sorprendida por lo que acaba de decir su interlocutor. En italiano, se ha traducido la expresión con otra locución interjectiva más compleja, es decir, con una frase.

La interjección del ejemplo (23b), “es una interjección de uso coloquial para denotar incredulidad o negación”³. Esta se ha traducido al italiano con otra locución interjectiva semejante, donde en lugar del operador *qué* aparece la conjunción adversativa *ma*.

4.6. Las locuciones

Según el DRAE, las locuciones son “combinación fija de varios vocablos que funciona como una determinada clase de palabras”.

Para reconocer las locuciones de las demás construcciones lingüísticas, Corpas Pastor (1996) y García-Page Sánchez (2008) han propuesto una serie de propiedades que las caracterizan. Estas son:

- **PLURIVERBALIDAD.** Las locuciones se componen de dos o más términos. Pero, esta condición, como afirma Sánchez (2008:24) es “necesaria pero no privativa”.
- **FIJACIÓN.** Las locuciones son combinaciones fijas o estables de palabras. Sin embargo, tampoco esta propiedad debe considerarse como definitiva. En efecto, muchas locuciones admiten la introducción de modificadores, que suelen ser elementos intensificadores.

³ <http://www.elcastellano.org/consultas.php?Tag=interjecci%F3n>

- IDIOMATICIDAD. Como sostiene Corpas (1996:26), “el significado global no es deducible del significado aislado de cada uno de sus elementos constitutivos”.
- INSTITUCIONALIZACIÓN. La locución entra a formar parte del vocabulario de una determinada lengua y se convierte en un “producto cultural”, como afirma Sánchez (2008:29).

Al traducir las locuciones de una lengua a otra, lo primero que se hace es buscar una locución equivalente en la lengua de llegada. Sin embargo, si este equivalente no existe, la locución, como afirma Ruiz Gurillo (2001:93), “podrá ser traducida por una perífrasis literal”. Corpas (en Gurillo, 2001:93), propone 4 estrategias para traducir las locuciones:

- a) Traducción mediante una unidad equivalente en la lengua meta, ya sea una sola palabra o una unidad fraseológica.
- b) Traducción mediante paráfrasis del contenido de la unidad fraseológica en el texto original.
- c) Omisión en el texto meta de una unidad fraseológica del original.
- d) Compensación en otras partes del texto meta mediante la introducción de unidades fraseológicas no presentes en el texto original.

Las locuciones se distinguen en varias categorías, según la función que desempeñan. En un texto se pueden encontrar locuciones adjetivas, adverbiales, nominales, verbales, conjuntivas, etc.

En *Los caracoles no saben que son caracoles* se encuentran muchos ejemplos de estas unidades fraseológicas, como se comentará en los apartados siguientes.

4.6.1. Las locuciones verbales

El tipo de locuciones que aparece con más frecuencia en la novela es el de las locuciones verbales. Estas unidades fraseológicas funcionan como núcleos verbales y pueden estar formadas por “verbo + objeto directo con complementación opcional” o por “verbo más partícula asociada a éste, con complementación opcional” (Corpas, 1996:103), como en los siguientes ejemplos sacados del texto original:

24. a. Bailando una rumba *me dieron unas ganas* incontrolables de besarle. (p.56)
Mentre ballavo una rumba *mi venne una voglia* incontrollabile di baciarlo.

b. [...] pero luego no soy capaz de *sacarle todo el partido* que quisiera. (p.71)
[...] ma poi non sono in grado di *sfruttarlo a pieno*.

c. Mi padre fue *dado de alta* a los dos días [...]. (p.48)
Mio padre fu *dimesso* in un paio di giorni [...].

En los ejemplos (24a y b), la locución española ha sido traducida con una locución italiana correspondiente. Sin embargo, mientras en el ejemplo (24a) la traducción de la unidad fraseológica es casi literal, en el ejemplo (24b) el campo semántico cambia, aunque el significado se mantiene, dado que tanto la locución española, como la italiana significan “obtener beneficio o provecho de algo”.

En el ejemplo (24c), la locución verbal *dar de alta* se ha traducido con un verbo simple en italiano, *dimettere*, que tiene el mismo significado que la locución española, es decir “declarar curada a la persona que ha estado enferma”.

Dado el registro informal y coloquial de la novela, se encuentran también locuciones verbales de “estilo bajo” (Corpas, 1996:127), como se puede observar en los siguientes ejemplos:

25.a. Me pongo muy nerviosa y *me hago un lío*. (p.10)
Mi innervosisco e *m'incasino*.

b. [...] un ordenador y una impresora profesional que *valen una pasta*. (p.44)
[...] un computer e una stampante professionale che *costano un sacco*.

c. Mejor *pasar el trago* acompañadas. (p.45)
Meglio *affrontare le difficoltà* in compagnia.

d. A mi amiga *le he puesto en bandeja* la bromita [...].
Alla mia amica *ho servito su un vassoio* la battuta [...].

Donde posible, se ha traducido la locución con una locución correspondiente en italiano, como en el caso de (25d), donde hay correspondencia tanto literal como semántica. En cambio, en el ejemplo (25b), la locución italiana pertenece siempre al lenguaje coloquial, pero el campo semántico es diferente. En los ejemplos (25a) y (25c) se ha, en cambio, optado por una paráfrasis, porque no existen locuciones

correspondientes; por tanto, no se ha podido mantener el tono coloquial de la expresión original.

En la novela aparecen otras locuciones verbales coloquiales, como por ejemplo:

26.a. Luisa y él nunca *se han llevado bien*. (p.18)

Luisa e lui non *sono mai andati d'accordo*.

b. [...] y casi *no se da cuenta de que* han llegado los abuelos. (p.20)

[...] e quasi *non si accorge che* sono arrivati i nonni.

c. [...] pero al final *me eché atrás*. (p.30)

[...] ma alla fine *mi sono tirata indietro*.

d. Le *puse perdida* su alfombra [...]. (p.38)

Gli *sporcai* il tappeto [...].

e. [...] es un tipo que *se lo tiene más creído de* lo aconsejable. (p.50)

[...] è un tipo che *si crede più intelligente di* chissà chi.

f. [...] no elijo la ocasión oportuna para *dar rienda suelta* a mis sentimientos. (p.91)

[...] non scelgo il momento adeguato per *dare libero sfogo* ai miei sentimenti.

También en estos casos, como en los ejemplos precedentes, las respectivas locuciones se han traducido con una locución italiana correspondiente donde posible. En los ejemplos (26b) y (26d), la locución española se ha traducido con un verbo que posee el mismo significado, aunque no posee el mismo tono coloquial de la locución española. Finalmente, en el ejemplo (26e), se ha optado por una paráfrasis de la locución española para mantener el mismo sentido.

4.6.2. Las locuciones adverbiales

Según Ruiz Gurillo (2001:55), las locuciones adverbiales “modifican a un verbo, a un adjetivo o a otro adverbio”. Es decir que son expresiones fijas que cumplen las mismas funciones que un adverbio.

La mayoría de las locuciones adverbiales están introducidas por preposiciones y las más frecuentes son “a”, “con” y “de”.

En *Los caracoles no saben que son caracoles* hay varios ejemplos de estos tipos de locuciones:

27. a. Estaba *a punto de* quedarme dormida [...]. (p.34)

Ero *sul punto di* addormentarmi [...].

b. Que no quiero tener *a estas alturas* un hermano pelirrojo y punto. (p.78)

Non voglio avere un fratello dai capelli rossi *adesso*, punto.

En el ejemplo (27a) se ha traducido la locución española con su correspondiente italiana. En (27b), la locución española se ha traducido con un adverbio temporal, que expresa el mismo valor de localización en el tiempo.

En la novela se encuentran también ejemplos de locuciones adverbiales “formadas por sintagmas cuyo núcleo es un adverbio” (Corpas, 1996:101). Es el caso de la locución *más de la cuenta*, traducida al italiano con su correspondiente *più del dovuto*.

4.7. LA SINTAXIS

Como afirma Gómez Torrego (2002:14), la sintaxis estudia “las funciones que las palabras o grupos sintácticos desempeñan en las oraciones”.

En este capítulo se comentará los aspectos morfosintácticos más relevantes que caracterizan la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* y su relativa traducción y adaptación al sistema sintáctico italiano. En particular, se ha centrado la atención sobre el fenómeno lingüístico de las perífrasis verbales, el uso del pronombre *lo* no enfático, el valor de algunos marcadores del discurso, el fenómeno del *leísmo* y el uso del gerundio con función de adjunto.

4.8. Las perífrasis verbales

Barbero y San Vicente (2006:308) propone la siguiente definición para el término perífrasis verbal:

es una construcción formada por dos o más verbos, de los cuales el primero (auxiliar) se construye en forma personal y pierde total o parcialmente su significado original; el segundo es una forma no personal.

Estas construcciones pueden clasificarse según el modo en el que está conjugado el verbo léxico o según el valor que este expresa desde un punto de vista semántico. En el primer caso, las perífrasis verbales pueden ser de infinitivo, gerundio y participio, mientras que, en el segundo caso, adoptando lo que propone Luis García Fernández (2012:44-48), las perífrasis verbales pueden dividirse en temporales, aspectuales, modales, de voz pasiva y de disposición, argumentales o escalares.

A continuación se comentarán algunas de las perífrasis verbales que aparecen en la novela traducida, adoptando la propuesta de subdivisión de Luis García Fernández.

4.8.1. Las perífrasis temporales

La perífrasis temporal española que aparece con más frecuencia en la novela es *ir a + infinitivo*, que expresa un valor de futuro inmediato. Este aspecto de inmediatez “puede referirse a la realidad física temporal o [...] a una realidad psicológica” (Gómez Torrego, 1988:67).

Algunos ejemplos de este tipo de perífrasis son:

28.a. [...] a partir de ahora les *va a costar* demasiado esfuerzo vivir. (p.20)

[...] d’ora in poi *dovranno fare* uno sforzo ancora più grande per vivere.

b. -*Vamos a trabajar* junto otra vez. (p.29)

-*Lavoreremo* ancora assieme.

c. [...] y *se va a tomar* un año sabático. (p.84)

[...] e *ha deciso di prendersi* un anno sabbatico.

Como se puede observar en los ejemplos precedentes y como afirma Fernández (2012:59), “el italiano carece de una forma perifrástica equivalente” a la de *ir a + infinitivo*. Por lo tanto, en algunos casos, como en los de (28a) y (28b), se ha utilizado el futuro simple en italiano. En cambio, en el ejemplo (28c), se ha optado por la expresión italiana compuesta por el verbo *decidere di + infinito*. Aunque el verbo italiano está

conjugado en pretérito perfecto, la construcción verbal consigue transmitir la misma idea de intención futura.

Se encuentran también casos en que la perífrasis *ir a + infinitivo* aparece en frases exclamativas, cuando se quiere expresar resignación (Fernández, 2012:60), como en el siguiente ejemplo:

29. Qué *se le va a hacer*. (p.11)

Cosa ci vuoi fare.

En italiano este caso se ha traducido mediante la construcción *Cosa ci vuoi fare* que se utiliza para expresar el mismo valor de resignación.

Otra perífrasis temporal que aparece con mucha frecuencia es *acabar de + infinitivo*. Según lo que afirman Fernández (2012:61) y Gómez Torrego (1988:125), esta perífrasis puede tener valor de “final reciente o inmediato de la acción” o valor “aspectual de fase terminativa”. Ejemplos del uso de esta perífrasis son:

30.a. [...] y *me acaba de tocar* la espalda. (p.29)

[...] e *mi tocca* la schiena.

b. La que mi padre *me acaba de dar* me deja paralizada. (p.70)

Quella che mio padre *mi ha appena dato* mi paralizza.

En italiano no existe un correspondiente de esta perífrasis española. Así que el valor terminativo que *acabar de + infinitivo* confiere a la oración se expresa en italiano con un tiempo verbal al pasado o con el uso del adverbio *appena*, como se observa en el ejemplo (30b).

4.8.2. Las perífrasis aspectuales

Las perífrasis aspectuales son aquellas perífrasis que describen el “desarrollo del evento” (Fernández, 2012:44). Estas pueden diferenciarse según el tipo de valor aspectual que expresan. Así que, según la distinción propuesta por Fernández (2012:44-46), podemos encontrar perífrasis:

- progresivas. Se describe una parte del desarrollo del evento, excluyendo el inicio o el final;

- cotinuas. Se describe la continuidad en el desarrollo en un evento;
- continuativas. Describen un evento desde su inicio hasta un punto central de su desarrollo;
- resultativas. Se describe el resultado de una acción previa;
- prospectivas. Describen la fase que precede el evento;
- incoativas. Se focalizan en el inicio de una acción o proceso;
- terminativas. Se focalizan en el momento final de una acción o de un evento.

En *Los caracoles no saben que son caracoles* aparecen muchos ejemplos de perífrasis aspectuales. A continuación se proponen algunos casos:

31.a. [...] *tenemos garantizadas* dos horas de risa compulsiva. (p.13)
 [...] *ci assicuriamo* due ore di risate compulsive.

b. Mateo *está viendo* los dibujos por la tele [...]. (p.20)
 Mateo *sta guardando* i cartoni animati alla TV [...].

c. Esther *está llamando* a la puerta de la habitación [...]. (p.39)
 Esther *sta bussando* alla porta della camera [...].

d. [...] pero sí logro que *deje de llorar*. (p.21)
 [...] però riesco a *farlo smettere di piangere*.

e. Es el chip que no *termino de quitarme* de la cabeza [...]. (p.88)
 È il chip che non *riesco a togliermi* dalla testa [...].

f. [...] es un realizador y *ha vuelto a trabajar* para mi productora. (p.28)
 [...] è un produttore ed è *tornato a lavorare* nella mia produzione.

g. [...] *vuelvo a pensar* en mi hermana María. (p.36)
 [...] *ripenso* a mia sorella Maria.

h. Cuando *volvió a besarme* el cuello [...]. (p.38)
 Quando *mi baciò di nuovo* sul collo [...].

Donde posible, como en los ejemplos (31b) y (31c), se ha traducido la perífrasis española con otra construcción perifrástica en italiano. De hecho, la perífrasis *estar + gerundio*, en estos casos, describe una acción imperfectiva, así que ha sido posible traducirla al italiano con la perífrasis *stare + gerundio*.

Por lo que concierne al ejemplo (31a), la perífrasis *tenemos garantizadas*, o sea *tener + participio*, como afirman Barbero y San Vicente (2006:321) “indica acciones repetitivas o insistentes”. Además de este significado, *tener + infinitivo* puede señalar “el resultado de una acción previa” (Fernández, 2012:75). En italiano no ha sido posible encontrar un correspondiente, así que se ha traducido solo el participio *garantizadas* con *ci assicuriamo*.

En los ejemplos (31d) y (31e), se encuentran dos ejemplos de perífrasis terminativas: *dejar de + infinitivo* y *terminar de + infinitivo*. Se llaman terminativas porque indican la interrupción o la conclusión de un proceso o una acción. El ejemplo (31d) se ha traducido con otra construcción perifrástica, o sea *far smettere di*. En el ejemplo (31e), se ha decidido traducir la perífrasis *no termino de quitarme*, que significa acabar, terminar algo, con la construcción italiana *non riesco a togliermi*, que indica una capacidad en algo, ser capaz de hacer algo.

En los ejemplos (31f), (31g) y (31h), la perífrasis *volver a + infinitivo* se ha traducido con otra perífrasis italiana compuesta por *tornare a + infinito* (en 31f), que indica la continuación de una acción que se había efectuado en precedencia; con el prefijo reiterativo italiano *ri* delante del verbo *pensare*; con el adverbio italiano *di nuovo* que se utiliza para referirse a acciones o eventos que se repiten.

4.8.3. Las perífrasis modales

Las perífrasis modales “expresan necesidad o posibilidad” (García Fernández, 2012:47) y pueden dividirse en tres grupos: las que expresan obligación, las que expresan posibilidad o conjetura y las que expresan aproximación (Barbero y San Vicente, 2006:310).

Entre las perífrasis modales, las que aparecen con más frecuencia en la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* son aquellas formadas por *deber de + infinitivo*, *tener que + infinitivo* y *haber que + infinitivo*, como muestran los ejemplos siguientes:

32.a. [...] y para correr las cortinas *hay que acercarse* a ellas [...]. (p.18)

[...] e per aprire le tende *bisogna avvicinarsi* [...].

b. No hace falta apenas hablar, *no hay que explicar* nada. (p.10)

Non c'è bisogno di parlare o spiegare qualcosa.

- c. [...] a las amigas *hay que decirles* las cosas aunque duelan. (p.59)
 [...] alle amiche *bisogna dire* tutto, anche se è qualcosa di spiacevole.
- d. [...] y *se ha tenido que ir*. (p.39)
 [...] ed è *dovuto andar via*.
- e. Cada rato *tenía que salir* precipitadamente al baño [...]. (p.24)
 Ogni minuto *dovevo precipitarmi* in bagno [...].
- f. [...] y eres tú la que *tienes que ayudar*. (p.62)
 [...] e sei tu quella che *deve aiutare*.
- g. *Debe de ser* terrible perder a una hermana. (p.14)
Dev'essere terribile perdere una sorella.
- h. [...] y sospecho que *debe de estar* tomando algún tranquilizante [...]. (p.61)
 [...] e sospetto che *stia* prendendo qualche tranquilizzante [...].
- i. [...] y que por dentro *debe de estar* hecha una furia. (p.79)
 [...] e che dentro di sé *dev'essere* furiosa.

La perífrasis *haber que + infinitivo* expresa una obligación “con respeto a un código, una ley, una autoridad, etc.” (García Fernández, 2012:86). Dado que en italiano no existe una perífrasis correspondiente, en la traducción se ha utilizado el verbo impersonal *bisognare*, como demuestran los ejemplos (32a) y (32b).

La perífrasis *tener que + infinitivo* expresa una obligación “externa e ineludible” (García Fernández, 2012:85). En italiano esta se ha traducido con el verbo modal *dovere*, que expresa necesidad.

La perífrasis *deber de + infinitivo* expresa “conjetura, hipótesis, posibilidad” (Gómez Torrego, 1988:87). En italiano, como muestran los ejemplos (32g) y (32i), se ha traducido con su correspondiente *dovere*. En el ejemplo (32h), no se ha traducido la perífrasis, y se ha optado por utilizar el verbo léxico que aparece en subjuntivo porque dominado por el verbo *sospettare*. Esto permite a toda la construcción expresar hipótesis o posibilidad.

4.9. *Lo* no enfático

El español contemporáneo posee una forma neutra de artículo: *lo*. En la gramática española este elemento puede tener dos valores: el valor enfático, donde el *lo* funciona “como modificador de grado sobre adjetivos o adverbios” (Real Academia Española, 2009:1074); y el valor no enfático, o referencial, cuando el *lo* “encabeza grupos nominales que expresan entidades no animadas definidas” (Real Academia Española, 2009:1074) y no tiene valor exclamativo. Según el análisis Bosque y Moreno (1990), el *lo* no enfático debe considerarse como la forma débil del pronombre personal “ello”. Esta naturaleza débil, o clítica, es lo que obliga la presencia de sintagmas tónicos a los que este elemento debe apoyarse.

El *lo* no enfático, además, aparece siempre en posición argumental dentro de la oración y se diferencia en tres subgrupos; el *lo* no enfático con valor cuantitativo, con valor cualitativo, y con valor identificativo o individuativo.

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* aparecen casos de *lo* no enfático que expresan el segundo y tercero valor.

33.a. [...] a mi me parecía todo de *lo más normal* [...]. (p.19)

[...] mi sembrava qualcosa di *completamente normale*.

b. Le dio igual, *lo importante* para ella era que yo le hiciera el favor [...]. (p.64)

A lei non importava, *l'importante* era che le avessi fatto un favore [...].

c. A pesar de *lo obvio* del chiste [...]. (p.90)

Nonostante *l'ovvietà* della battuta [...].

d. *Lo normal* es asociar las vacaciones con algo bueno [...]. (p.24)

È normale vedere le vacanze come qualcosa di positivo [...].

e. *Lo último* que yo me esperaba. (p.41)

L'ultima cosa che volevo.

f. *Lo único* que lleva en la cara [...]. (p.52)

L'unico trucco che si concede [...].

g. *Lo primero* que van a quitar es el presentador [...]. (p.80)

La prima cosa da cambiare è il presentatore [...].

Como el italiano no posee una forma parecida, en la traducción se ha recurrido a diferentes soluciones. En los casos (34b) y (34c) se ha sustantivado el adjetivo

modificador por el *lo*. Otras veces, como muestran los ejemplos (34e) y (34g), se ha optado por explicitar como núcleo del sintagma nominal el sustantivo *cosa*, o como en el caso de (34f), el sustantivo *trucco*, que en el texto original se corresponde al referente.

El *lo* no enfático identificativo puede introducir oraciones de relativo, como muestran los siguientes ejemplos:

34.a. [...] la muerte súbita es más frecuente *de lo que parece*. (p.16)

[...] la morte improvvisa è più frequente *di quanto non sembri*.

b. [...] luego les cobran a los novios el triple *de lo que yo cobro*. (p.44)

[...] anche se poi loro chiedono agli sposi il triplo *di quello che chiedo io*.

c. [...] pero no tengo ni idea *de lo que siento* [...]. (p.70)

[...] ma non ho la minima idea *di cosa sento* [...].

En estos casos, en las traducciones al italiano se ha utilizado un pronombre italiano en los ejemplos (35a) y (35b), para traducir el *lo* de la oración comparativa. En el ejemplo (35c), el *lo* se ha traducido con *cosa*, que corresponde al pronombre interrogativo *che cosa*.

4.9.1. El *lo* como introductor de sintagma preposicional

El artículo neutro *lo* puede aparecer también en estructuras con “*lo* + de + infinitivo” y “*lo* + de + artículo/posesivo + nombre” (Barbero y San Vicente, 2006:148). Estas estructuras gramaticales pueden emplearse para referirse “a algo que está sobrentendido o no queremos nombrar de un modo expreso” (Barbero y San Vicente, 2006:148).

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* se pueden encontrar muchos ejemplos de estas construcciones:

35.a. *Lo de la fibra* de los yogures es una broma [...]. (p.24)

Il discorso delle fibre nello yogurt è uno scherzo [...].

b. Además, Mateo sigue estando demasiado sensible con *lo de mi hermana*. (p.26)

Inoltre, Mateo è ancora molto sensibile per *la questione di mia sorella*.

c. ¿Tiene claro *lo de los niños*? (p.27)

Tutto chiaro *con i bambini*?

d. *Lo de llevarse mal* con el cuñado era un poco forzado [...]. (p.45)

Il fatto di non andare d'accordo con il cognato era un po' forzato [...].

e. *Lo de mi casa* debería ser un cambio radical. (p.46)

Dovrei fare un cambiamento radicale a casa mia.

f. [...] pero *lo del coche* con Miguel prometía mucho más de lo que fue. (p.58)

[...] ma *quanto accaduto in macchina* con Miguel prometteva molto più di ciò che successe in realtà.

g. No he querido anticiparle por teléfono *lo de la foto* [...]. (p.61)

Non ho voluto anticipargli *la storia delle foto* per telefono [...].

En la mayoría de los ejemplos precedentes la forma “*lo + de*” se ha traducido añadiendo un sustantivo en la traducción italiana, como en los ejemplos (36a) y (36g), donde el *lo* se ha traducido respectivamente con *il discorso* en el ejemplo (36a), y con *la storia* en el ejemplo (36g). En el ejemplo (36e) se ha omitido el *lo*, porque, en la traducción italiana, se ha cambiado el sujeto. Mientras en español el sujeto de la oración era la expresión *lo de mi casa*, en italiano el sujeto sobreentendido es la primera persona singular, es decir la protagonista que habla.

4.10. Los marcadores del discurso

Según la definición de Barbero y San Vicente (2006:415), los marcadores del discurso son:

unidades lingüísticas que nos ayudan de modo general a argumentar y a comprender los procesos de inferencia del significado, pero también a ordenar el discurso, a poner de relieve determinadas partes, a explicar, precisar o rectificar lo que estamos diciendo, a mantener la conversación o bien a concluirla.

Además, estas unidades lingüísticas son invariables y presentan “un significado que alude a instrucciones para adjudicar un sentido al texto” (Barbero y San Vicente, 2006:415).

Los marcadores del discurso se dividen en diferentes categorías según su función (Barbero y San Vicente, 2006:416-424). Así que se encuentran: marcadores conversacionales, que tienen la función de iniciar la conversación y pueden ser empleados también para indicar un cambio de tema; estructuradores comentadores, que se usan para introducir nuevos comentarios en la oración; conectores aditivos, que unen dos miembros discursivos; conectores contrargumentativos, que pueden subrayar un contraste entre dos miembros discursivos; reformuladores, que se emplean para expresar mejor lo que se ha dicho anteriormente; estructuradores ordenadores, que indican el orden en una secuencia discursiva; y estructuradores digresores, que interrumpen el discurso para añadir un comentario lateral.

Algunos ejemplos de estas unidades que aparecen en *Los caracoles no saben que son caracoles* son los siguientes:

36.a. *Además*, María era mi hermana y no cuenta. (p.23)

Inoltre, Maria era mia sorella e non conta.

b. *Además*, me dijo que le gustó mucho [...]. (p.90)

Inoltre, mi ha detto che le è piaciuto molto [...].

c. *Sin embargo*, hay otros que como empiezan tan grises, sólo pueden mejorar. (p.82)

Tuttavia, ce ne sono altri che, visto che cominciano talmente male, possono solo migliorare.

d. Mateo se acerca *por fin* a los patines y los saca de la caja. (p.21)

Alla fine Mateo si avvicina ai pattini e li tira fuori dallo scatolone.

e. *-Bueno*, pero te lo devuelvo en cuanto haga unas cuantas bodas. (p.62)

-Va bene, ma te li rendo non appena fotograferò un po' di matrimoni.

f. *-Por ejemplo*, de por qué dejaste de llamar. (p.30)

-Per esempio del perché non mi hai più chiamato.

g. *-Pero* si murió en un accidente. (p.53)

-Pues ha resucitado.

-Ma se è morta in un incidente.

-Beh, è resuscitata.

h. *Pues...* el chalet, un apartamento en la playa [...]. (p.86)

Dunque... la villa, un apartamento al mare [...].

i. *A ver* qué dice cuando la tenga delante. (p.61)

Vediamo cosa dirà quando se la troverà davanti.

Como se puede observar, en la traducción al italiano, los marcadores españoles se han traducido, donde posible, con los marcadores correspondientes. En los ejemplos (37a) y (37b), el marcador *además* es el típico ejemplo de marcador conector aditivo, porque, como afirman Barbero y San Vicente (2006:421), une “un miembro discursivo a otro anterior con la misma línea argumentativa”. Se ha traducido con *inoltre*, el conector aditivo correspondiente.

El marcador *sin embargo*, del ejemplo (37c), es un marcador conector contrargumentativo, porque introduce una oración que elimina la conclusión deducible del periodo precedente. Su correspondiente italiano es *tuttavia*.

El marcador del ejemplo (37d), *por fin*, es un marcador estructurador ordenador, que indica “el final de una serie discursiva” (Barbero y San Vicente, 2006:424). Se ha decidido traducirlo con su correspondiente *alla fine*.

El marcador *bueno* tiene diferentes valores, pero en el caso (37e) funciona como “introducción de la conclusión de la conversación” (Barbero y San Vicente, 2006:423). En italiano, se ha traducido con la expresión *va bene*, que es una fórmula de aprobación.

Un caso interesante es el del marcador *pues*, que puede tener diferentes usos: en el ejemplo (37g), el *pues* es un “pues comentador” (Barbero y San Vicente, 2006:420), mientras que, en el ejemplo (37h), el *pues* es un “pues iniciador de una respuesta pensada” (Barbero y San Vicente, 2006:420). En italiano, el *pues* del ejemplo (37g) se ha traducido con la interjección *beh* que, en este caso, tiene un valor contrargumentativo. El *pues* del ejemplo (37h) se ha traducido con *dunque*, una conjunción italiana.

4.11. El leísmo

Como afirma Inés Fernández Ordóñez (en Bosque 1999:1319), el español ha mantenido parcialmente el sistema causal del latín en el paradigma de los pronombres

personales demostrativos, acusativos y dativos de tercera persona. En la gramática española existen empleos de estos pronombres que infringen los requisitos sintáctico-funcionales que se determinan dentro de una oración. Estos fenómenos se denominan *leísmo*, *laísmo* y *loísmo*.

El *loísmo* es el fenómeno lingüístico menos común de los tres, y constituye en el uso de *lo* en lugar de *le* para referirse a un nombre masculino en caso dativo. El *laísmo* consiste en el empleo de *la* en lugar de *le* para referirse a un antecedente dativo. Se utiliza sobre todo para referirse a antecedente femenino de persona, pero no faltan también casos de antecedentes de cosa.

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* se encuentran con frecuencia ejemplos de *leísmo*. Según la definición de Fernández Ordóñez (en Bosque 1999:1319), el *leísmo* es “el uso de la forma “le” en lugar de “lo” como pronombre para referirse al complemento directo”. La Real Academia Española permite y acepta este uso incorrecto del pronombre átono “le” solo para referirse a una persona de género masculino. Este tipo de *leísmo* se denomina “leísmo de persona” y no se admite para referirse a una persona de género femenino.

Estos fenómenos lingüísticos se encuentran en distintas áreas de España. En cuanto al *leísmo*, este fenómeno se observa principalmente en el área de Madrid y en las zonas del centro peninsular, pero algunas áreas de uso se encuentran también en el Sur de América.

Algunos ejemplos del *leísmo* que aparecen en la obra traducida son los siguientes:

37. a. Tenía quince años cuando *le* conocí [...]. (p.13)

Avevo quindici anni quando l’ho conosciuto [...].

b. Durante el día *le* veo poco [...]. (p.34)

Durante il giorno lo vedo poco [...].

c. *Les* besé y me tocaron las tetas, pero no *les* dejé pasar a mayores. (p.36, 37)

Li ho baciati e mi hanno toccato le tette, ma non li ho lasciati andare oltre.

d. Ya he sido capaz de acostarme con un tío que estaba casado, a las tres horas de conocerle [...]. (p.72)

Sono stata capace di andare a letto con un tizio sposato dopo tre ore che lo conoscevo [...].

En todos los ejemplos precedentes, el pronombre *le* se ha traducido al italiano con el pronombre personal *lo*, dado que el referente recibe caso acusativo.

En el ejemplo 1.c se encuentra un léismo de persona plural, que, según las palabras de Barbero y San Vicente (2006:186), es menos frecuente con respecto al singular.

En el texto hay también ejemplos de como el léismo de persona femenino no es aceptado, de hecho:

38. [...] porque a ratos la he visto un poco ausente. (p.61)
[...] perché a tratti l'ho vista un po' assente.

Aquí la autora utiliza el pronombre atono correcto para referirse a un complemento directo femenino.

4.12. Construcciones con el gerundio

En español, el gerundio rige oraciones que pueden tener valores típicos de otros elementos gramaticales, como los adverbios, los verbos y los adjetivos. En efecto, el gerundio puede tener diferentes valores semánticos y puede funcionar “como complemento circunstancial en oraciones subordinadas causales, modales, temporales” (Barbero y San Vicente, 2006:233).

En la novela *Los caracoles no saben que son caracoles* se pueden encontrar los siguientes ejemplos de construcciones con el gerundio:

- 39.a. [...] me paso todo el día corriendo y siempre llego tarde a todas partes. (p.13)
[...] passo tutto il giorno a correre e arrivo sempre tardi da tutte le parti.
- b. Después de tantos años nos separamos echándole la culpa a la monotonía. (p.13)
Dopo tanti anni ci siamo separati dando la colpa alla monotonia.
- c. Pablo está radiante saltando en el sofá [...]. (p.17)
Pablo è raggianti mentre salta sul divano [...].
- d. Regreso a casa caminando [...]. (p.70)
Ritorno verso casa camminando [...].
- e. –Y yo *pensando* que eras un espía en una misión secreta. (p.69)
–E io *che pensavo* fossi una spia in missione segreta.

Como se puede observar, en el ejemplo (40a) el adjunto en gerundio *corriendo* se ha traducido al italiano mediante una oración en infinitivo, introducida por *a*, *a correre*. En el ejemplo (40c), el gerundio español se ha convertido en un presente de indicativo italiano, así que de complemento circunstancial en español se convierte a verbo de la oración adjunta con valor temporal en italiano.

En el ejemplo (40d), se ha decidido mantener el gerundio *caminando* de la oración española también en italiano, con *camminando*. En este caso el gerundio cumple la función de adverbio de modo, porque describe el modo en el que se desarrolla la acción principal.

Conclusión

El objetivo de este trabajo ha sido el de entrar en el mundo de la traducción literaria, afrontando los problemas que este proceso supone e intentando encontrar soluciones para resolverlos.

Según una lectura superficial, la novela de *Los caracoles no saben que son caracoles* puede parecer simple y fácil de entender. Sin embargo, si se lee la obra con más atención, se encuentran algunos aspectos que no han sido fáciles de traducir.

Después de una breve introducción en la que se ha hablado del proceso de la traducción en general, de los diferentes principios que el traductor debe adoptar, como, por ejemplo, el de la fidelidad, y de la traducción literaria, se ha presentado una propuesta de traducción de una parte de la novela, intentando respetar y mantener el registro informal de la obra, el estilo de la autora y lo que ella quería transmitir.

Las principales dificultades que se han encontrado a lo largo de la traducción, descritas en particular en el capítulo 3, han sido aquellas relativas al léxico. En particular, la traducción de los nombres propios, de los realia, de los extranjerismos, de las interjecciones y de las diferentes locuciones. En el capítulo 3, dedicado al análisis traductológico de la obra, se ha también analizado el aspecto morfo-sintáctico de la novela, los problemas que se han encontrado y las soluciones que se han propuesto, respetando el significado original e intentando, al mismo tiempo, adaptarlo a una cultura diferente de la de partida.

La difícil tarea del traductor consiste precisamente en esto: adaptar los aspectos culturales que se describen en una lengua diferente de la suya, a su propia cultura, que es la misma del lector del texto de llegada. Para hacer eso, el traductor, además de respetar el texto de partida y ser fiel a este, debe poseer un profundo conocimiento de la lengua de partida y de la lengua de llegada, y debe también poseer un amplio conocimiento de ambas culturas. En efecto, como afirma Katan (1999:14), el traductor es un mediador, es como un puente entre dos lenguas, dos culturas y dos maneras diferentes de ver el mundo.

Esto supone que un buen traductor, además de una buena técnica, debe tener pasión por lo que hace.

Desde mi punto de vista, este trabajo me ha ofrecido la posibilidad de profundizar mis conocimientos en el ámbito de la traducción literaria y mejorar mis técnicas básicas para poder llevar a cabo una buena traducción.

Glosario

ESPAÑOL	ITALIANO	INGLÉS
LOCUCIONES		
Dar de alta	Dimettere (med.)	To discharge a patient
Dar el pésame	Fare le condoglianze	To offer one's condolences
Dar rienda suelta a algo	Dare libero sfogo a qualcosa	To give free rein to something
Dejar a algn en mal lugar	Mettere qualcuno in una brutta posizione	To put somebody in an awkward position
Dejar tirado a alguien	Abbandonare	To leave somebody behind
Entrar un ataque de risa	Avere un attacco di riso	To get fits of laughter
Estar a la altura	Essere all'altezza	To match up to
Estar hecho una furia	Essere furioso	To be furious
Estar para + inf.	Essere in vena di + inf.	To be in the mood for
Hacer gracia (caer en gracia)	Piacere	Make someone laugh
Hacer sus pinitos	Fare i primi passi	Take first step
Hacerse un lío	Incasinarsi	To get into a mess
Ir de negro	Vestirsi di nero	To wear black clothes
Meterse en un lío	Essere incasinato	To get into trouble
No estar para muchos trotes	Non essere in grado di fare molte cose	To not be up to many things
Pasar a mayores	Andare oltre	To become serious
Pasar de listo	Esagerare, passare il limite	To go too far
Poner al día	Aggiornare	To get up to date
Ponerse perdido	Imbrattarsi, sporcarsi	To get covered with something
Ponerse mala	Avere le mestruazioni	To have one's period

Quedarse colgado por alguien	Essere perso per qualcuno	To have a crush on someone
Saberselo todo	(Pensare di) sapere tutto	To know every trick in the book
Sacar todo el partido	Sfruttare a pieno	To make the most of sth
Tener cargo de conciencia	Avere i rimorsi	To feel remorse
Tener sin cuidado	Non interessarsi	Do not matter in the slightest
Tenerselo creído	Credersi più bello di, credersi più intelligente di	To be full of himself/herself
Valer una pasta	Costare un sacco	To cost bags of money
A estas alturas	Adesso	This late, by now (sentido temporal)
A la vez	Allo stesso tempo	At the same time
De mala hostia	Incazzata	Pissed-off
De por medio	Fra, tra	In between
De por vida	Per la vita	For life
Más de la cuenta	Troppo, più del dovuto	Too much
Por si acaso	Non si sa mai, in caso	Just in case
A juego	Abbinato	Matched
Bar de copas	Pub	Pub
ADJETIVOS		
Abrumador	Esorbitante	Overwhelming
Embutida	Strizzata	Squeezed
Hortera	Pacchiano	Tacky, kitsch
Liberada	Emancipata	Liberated
Salido	Arrapato	Horny
VERBOS		
Cojear	Zoppicare	To limp

Correrse	Venire (rif. sessuale), togliersi	To come (sexual meaning), to run off
Frivolar	Sminuire, togliere importanza	To trivialize, to play down
Lucir	Spiccare	To show off
Pintarse	Truccarsi	To put make-up on
Reparar en algo	Prestare attenzione	To notice sth
Ser un cañón	Esser una bomba	To be smoking hot, to be a bombshell
Y para rematar	E come se non bastasse	And to crown, to cap it all
SUSTANTIVOS		
ADN	DNA	DNA
Afán	Ansia	Eagerness
Afuera	Periferia	Outskirts
Agobio	Oppressione, soffocamento	Oppression
Asistenta	Domestica	Cleaning lady
Auxiliar	Assistente	Assistant
Ballet	Danza classica	Ballet
Bienes gananciales	Condivisione dei beni	Shared possessions
Bronca	Lite	Row
Cadena (de televisión)	Canale televisivo	Channel
Café solo	Caffè liscio	Plain coffee
Cámara	Cameraman	Cameraman
Canas	Peli bianchi	White hair
Columpio	Altalena	Swing
Copla	Canzone popolare	Popular folk song
Desaguisado	Disastro	Mess
Diseño	Design	Design

Duro	Moneta da cinque peseta	Five peseta coin
Estreno	Prima, première	Premiere
Fallo del corazón	Arresto cardiaco	Heart failure
Galas	Serate, puntate	Evenings
Gremio	Professione	Trade, profession
Hacienda	Proprietà	Property
Lámpara de lágrimas	Lampadario a goccia	Chandelier
Letrero	Insegna	Sign
Magacín de tarde	Programma pomeridiano	TV program
MIR (Medico Interno Residente)	Tirocinio	Internship
Mozo	Giovane	Young boy/girl
Mueble auxiliar	Mobiletto	Occasional table
Nena	Tesoro	Honey, darling
Nicho	Loculo	Niche
Paleta	Bifolco, cafone, provincialotto	Country bumpkin
Papeleo	Scartoffie	Paperwork
Pasta	Soldi	Money
Planteamiento	Approccio	Approach
Plató	Set	Set
Plaza de garaje	Posto macchina	Parking place
Pudor	Imbarazzo	Embarassement
Realizador	Produttore	Producer
Regla	Mestruazioni	Period
Sobresueldo	Soldi extra	Extra money
Superficie de alimentación	Ipermercato	Superstore

Todoterreno	Fuoristrada	Four-wheel-drive vehicle
Vals	Valzer	Waltz

Bibliografía

- AA.VV., (1993). *Diccionario práctico de locuciones*. Barcelona: LAROUSSE.
- Alviani, Annalee, (2004). *I verbi spagnoli*. Milano: Alpha test.
- Barbero, Juan Carlos y San Vicente, Félix, (2006). *Actual. Gramática para comunicar en español*. Bologna: CLUEB.
- Bassnet, Susan, (1991). *Translation studies*. New York: Routledge.
- Bosque, Ignacio y Violeta Demonte (ed.), (1999). *Gramática descriptiva de la lengua española*, vol. 1, Madrid: Espasa.
- Calvi, Maria Vittoria, (2007). “Los términos culturales en los diccionarios bilingües de español e italiano: el caso de “autonomía”. En Luque Toro, Luis. *Lexico español actual: actas del 1. Congreso internacional de lexico español actual, Venecia-Treviso, 14-15 de marzo de 2005*. Venezia: Cafoscarina. (pp.49-54)
- Corpas Pastor, Gloria, (1996). *Manual de fraseología española*. Madrid: Gredos.
- Dardano, Maurizio y Trifone, Pietro, (1997). *La nuova grammatica della lingua italiana*. Bologna: Zanichelli editore.
- Dardano, Maurizio y Trifone, Pietro, (1999). *Grammatica italiana con nozioni di linguistica – terza edizione*. Bologna: Zanichelli editore.
- García Fernández, Luis, (2012). *Las perífrasis verbales*. Madrid: Castalia.
- García-Page Sánchez, Mario, (2008). *Introducción a la fraseología española: estudio de las locuciones*. Barcelona: Anthropos.
- Gentzler, Edwin, (1998). *Teorie della traduzione: tendenze contemporanee*. Torino: UTET.
- Gómez Torrego, Leonardo, (1988). *Perífrasis verbales*. Madrid: Arcos/Libros.
- Gómez Torrego, Leonardo, (2002). *Gramática didáctica del español*. Madrid: SM.

Katan, David, (1999). *Translating Cultures: an introduction for translators, interpreters and mediators*. Manchester: St. Jerome Publishing.

Luchting, Wolfgang A., (1976). “El lector como protagonista de la novela”. En Onetti, Juan Carlos. *Los adioses*. Buenos Aires: Editorial Calicanto. (pp.77-90)

Luiz Gurillo, Leonor, (2001). *Las locuciones en español actual*. Madrid: Arco/Libros.

Luque Toro, Luis, (2005). *Verbi con preposizione in italiano e spagnolo*. Modena: Logos.

Mapelli, Giovanna, (2009). “Texto y género”. En Calvi, Maria Vittoria. *Las lenguas de especialidad en español*. Roma: Carocci editore. (pp.59-73)

Medina López, Javier, (1998). *El anglicismo en el español actual*. Madrid: Arco Libros.

Newmark, Peter, (2006). *Manual de traducción*. 5ª edición. Madrid: Ediciones Cátedra.

Nilson, David C., (2006). “Il traduttore”. En Puggioni, Roberto. *Teoria e pratica della traduzione letteraria*. Roma: Bulzoni Editore. (pp.227-240)

Pittano, Giuseppe, (1993). *Così si dice (e si scrive). Dizionario grammaticale e degli usi della lingua italiana*. Bologna: Zanichelli editore.

Ponzio, Augusto, (2004). *Linguistica generale, scrittura letteraria e traduzione*. Perugia: ed. Guerra.

Real Academia Española, Asociación de Academias de lengua española, (2009). Morfología, Sintaxis 1. En *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Libros.

Real Academia Española, Asociación de Academias de lengua española, (2009). Sintaxis 2. En *Nueva gramática de la lengua española*. Madrid: Espasa Libros.

Rega, Lorenza, (2001). *La traduzione letteraria: aspetti e problemi*. Torino: UTET.

Roca, Nuria, (2011). *Los caracoles no saben que son caracoles*. Madrid: Espasa.

San Vicente, Félix, (2002). *L'inglese e le altre lingue europee: studi sull'interferenza linguistica*. Bologna: CLUEB.

San Vicente, Félix, (2001). *La lengua de los nuevos españoles*. Zaragoza: Libors Porticos.

Scarpa, Federica, (2001). *La traduzione specializzata – Lingue speciali e mediazione linguistica*. Milano: Hoepli.

Serianni, Luca, (1991). *Grammatica italiana. Italiano comune e lingua letteraria*. Torino: UTET.

Soldevila, Soledad y Montmany, Begoña, (1990). *Elementos interjectivos en español. Su didáctica*. En II Congreso Nacional de ASELE. Español para extranjeros: Didáctica e Investigación. Madrid.

En línea: http://cvc.cervantes.es/ensenanza/biblioteca_ele/asele/pdf/02/02_0105.pdf

Soliński, Wojciech, (1992). *Traduzione artistica e cultura letteraria: comunicazione e metacomunicazione letteraria*. Fassano: Schena.

Torre, Esteban, (1994). *Teoría de la traducción literaria*. Madrid: Editorial Síntesis.

Valero Garcés, Carmen, (1995). *Apuntes sobre traducción literaria y análisis contrastivo de textos literarios traducidos*. Alcalá de Henares: Universidad.

Vidal, Miquel, (2006). “Traducir (o no) los topónimos”. En *Puntoycoma n° 100*.

En línea: http://ec.europa.eu/translation/bulletins/puntoycoma/100/index_es.htm

Zeuli, Giuliana, (2006). “Il traduttore letterario: eterno apprendista e maestro della sua arte”. En Puggioni, Roberto. *Teoria e pratica della traduzione letteraria*. Roma: Bulzoni Editore. (pp.210-225)

Diccionarios

AA.VV., (2002). *El nuevo VOX MAYOR. Diccionario de la lengua española con in appendice lo SPAGNOLO minore*. Barcellona: Spes Editorial, S.L. Milano: Zanichelli editore s.p.a.

Clave, (2006). *Diccionario del uso del español actual*. Madrid: Ediciones SM.

Tam, L., (2000). *Dizionario Spagnolo Italiano Diccionario Italiano Español*. Milano: Hoepli.

Sitografía

<http://frasisms.wordpress.com/tag/condoglianze-formali/> (settembre 2012)

<http://it.wikipedia.org/wiki/Fado> (ottobre 2012)

http://es.wikipedia.org/wiki/Nuria_Roca (febbraio 2013)

Página oficial de Nuria Roca.

En línea: <http://nuriaroca.tv/> (febbraio 2013)

Diccionario electrónico de la Real Academia Española

En línea: <http://www.rae.es/rae.html> (settembre 2012 - aprile 2013)

<http://www.wordreference.com/> (settembre 2012 – settembre 2013)

Diccionario electrónico de italiano Treccani

En línea: <http://www.treccani.it/vocabolario/> (settembre 2012 – settembre 2013)

<http://www.google.it/> (settembre 2012 – settembre 2013)